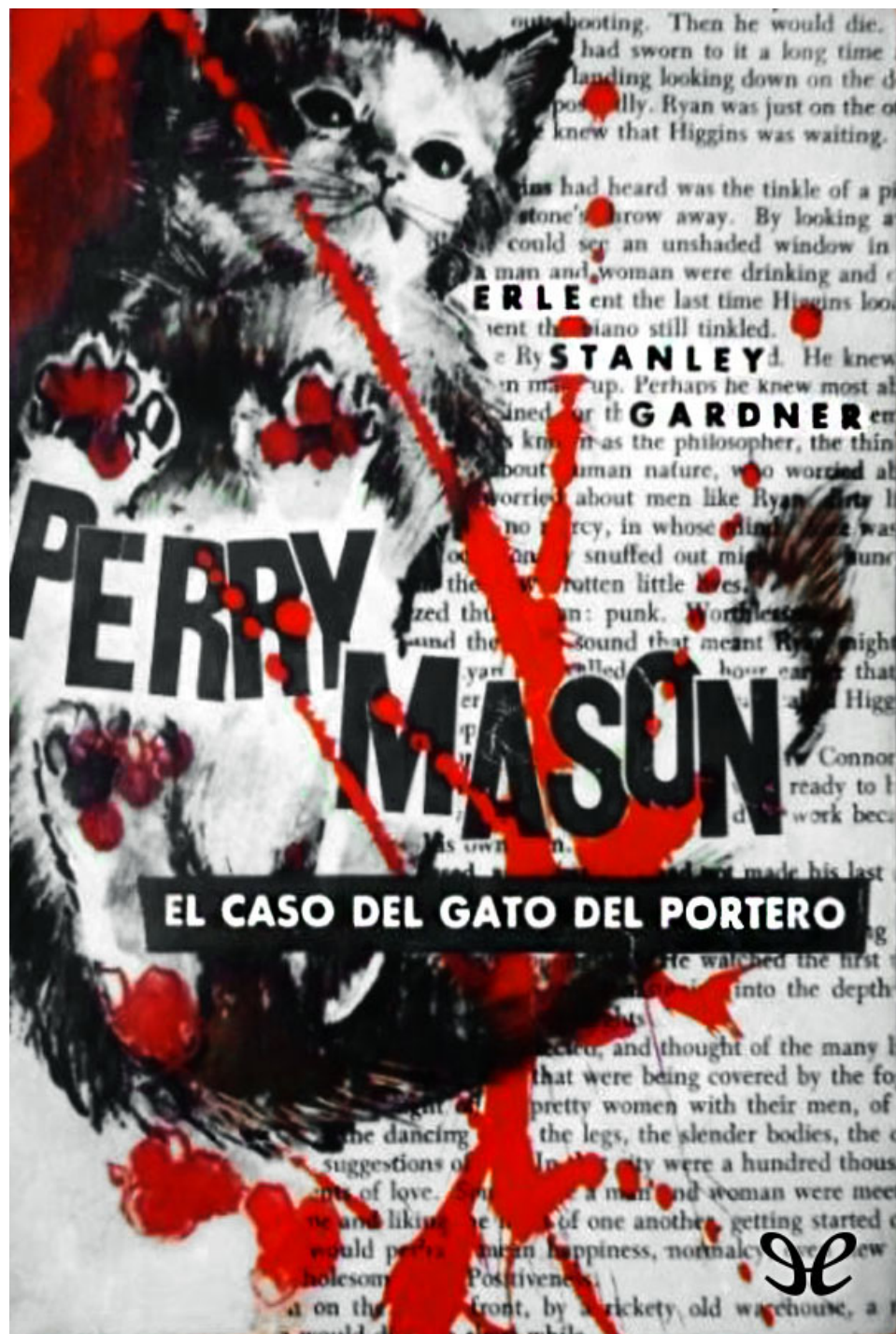




outshooting. Then he would die.
had sworn to it a long time
standing looking down on the d
possibly. Ryan was just on the o
knew that Higgins was waiting.

had heard was the tinkle of a pi
stone's throw away. By looking a
could see an unshaded window in
a man and woman were drinking and c
ERLE ent the last time Higgins look
ient the piano still tinkled.

STANLEY. He knew
n make-up. Perhaps he knew most ab
ained for th GARDNER en
known as the philosopher, the thin
about human nature, who worried ab
worried about men like Ryan. Dirty li
no mercy, in whose mind there was
looked snuffed out might as well
the wrotten little lies.

ized this man: punk. Worthless
and the sound that meant Ryan might
yan rolled over an hour earlier that
er had called Higgins.

Connor
ready to b
work beca

made his last
g

He watched the first
into the depth
s.

ected, and thought of the many l
that were being covered by the fo
pretty women with their men, of
the legs, the slender bodies, the c

In this city were a hundred thous
a man and woman were meet
ne and liking the look of one another, getting started c
would perhaps mean happiness, normalcy. A few
holesome. Positiveness.

a on the front, by a rickety old warehouse, a
would be a while.

EL CASO DEL GATO DEL PORTERO

se

En su testamento, Peter Laxter dispuso que su fiel guardián podría seguir viviendo y trabajando en la mansión de por vida. Pero Sam, el nieto de Laxter, dice que el acuerdo no incluye al gato del portero y que éste deberá deshacerse de él. En contra de los consejos de su asistente y su secretaria Della Street, Perry Mason decide llevar el caso.

Lo que está en juego no es sólo si un gato puede quedarse en una casa, hay más: un millón de dólares en efectivo y algunos diamantes. Mason se ve envuelto en una red de codicia y traición entre los herederos, y tiene que hacer frente a las maniobras de un abogado sin escrúpulos.



Erle Stanley Gardner

El caso del gato del portero

Perry Mason - 07

ePub r1.1

Ronstad 16.10.2014

Título original: *The Case of the Caretaker's Cat*

Erle Stanley Gardner, 1935

Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.1



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ASHTON Carl: Portero de Laxter y su hombre de confianza.

BABSON: Ebanista, fabricante de muletas.

BRANDON Jim: Chófer y mayordomo de los Laxter.

BURGER Hamilton: Fiscal.

CLAMMERT Watson: Hermanastro de Ashton, según asegura éste.

DE VOE Edith: Enfermera del anciano Laxter.

DRAKE Paul: Director de la agencia de detectives Drake.

GLASSMAN Tom: Funcionario de la policía.

HOLCOMB: Sargento de policía.

INMAN Harry: Pretendiente que fue de Winifred Laxter.

JACKSON Carl: Ayudante de Mason.

JASON: Médico forense.

KEENE Douglas: Prometido de Winifred.

LAXTER Peter: Viejo abogado, millonario, avaro, muerto carbonizado en el incendio de su quinta.

LAXTER Samuel: Nieto del anterior y uno de sus herederos.

LAXTER Winifred: Hermosa muchacha, también nieta del citado.

MASON Perry: Célebre abogado criminalista, protagonista de esta novela.

OAFLEY Frank: Otro nieto de Peter Laxter.

PENNYMAKER: Juez, presidente de un tribunal de justicia.

PIXLEY Thelma: Ama de llaves de los Laxter.

SHUSTER Nathaniel: Abogado de los herederos de Peter Laxter.

STREET Della: Bella y simpática secretaria de Perry Mason.

TRUSLOW Dick: Fiscal suplente.

Capítulo 1

Perry Mason, abogado criminalista, miró a Carl Jackson —uno de sus ayudantes— frunciendo el entrecejo. A una esquina de la mesa, cruzada de piernas y con el lápiz posado sobre su bloc de notas, hallábase sentada Della Street, secretaria del abogado, mirando a los dos hombres con ojos contemplativos.

Mason tenía en la mano una nota escrita a pluma.

—Acerca de un gato, ¿eh? —dijo.

—Sí, señor —contestó Jackson—. Se empeña en verle a usted personalmente. Es un maniático. Yo, en su lugar, señor, no perdería el tiempo hablando con él.

—Tiene una pierna estropeada y lleva muleta, me parece que dijo usted —murmuró Mason, consultando la nota.

—Justo. Tendrá unos sesenta y cinco años de edad. Dice que fue víctima de un accidente de automóvil hace unos dos años. Su señor conducía el coche. A Ashton, pues así se llama el hombre que desea verle acerca del gato, se le fracturó la cadera y se le cortaron algunos de los tendones de la pierna derecha. A su amo, Laxter, se le rompió la pierna derecha por encima de la rodilla. Laxter no era joven ni mucho menos. Creo que tenía unos sesenta y dos años cuando murió; pero se le curó divinamente la pierna. Ashton no tuvo tanta suerte como él. Ha tenido que andar con muleta desde el accidente.

»Supongo que ése sería uno de los motivos que impulsaron a Laxter a tener cuidado en asegurar el porvenir de su portero en el testamento. No le legó cantidad alguna a Ashton; pero estipuló que los herederos dieran a Ashton trabajo permanente de portero mientras pudiese trabajar y que, cuando ya no pudiera, le amueblaran una casa.

Perry Mason dijo, frunciendo el entrecejo:

—Es un testamento ése muy poco usual, Jackson.

El pasante asintió con un movimiento de cabeza.

—Vaya si lo es —dijo—. Laxter era abogado. Dejó tres nietos: dos varones y una mujer. A la nieta la desheredó. Los dos varones se repartieron los bienes en partes iguales, naturalmente.

—¿Cuánto hace que murió?

—Hace cosa de dos semanas, según creo.

—Laxter... Laxter... ¿no publicaron los periódicos algo acerca de él? ¿No leí yo algo de un incendio relacionado con su muerte?

—Así es. Se decía que Peter Laxter era un avaro. No cabe la menor duda, desde luego, que era un excéntrico. Tenía un palacio aquí, en la ciudad, pero no quería vivir en él. Dejó a Ashton de portero en el mismo, para que lo cuidara. Laxter vivía en una quinta, en Carmencita. La casa se incendió de noche y Laxter murió carbonizado. Los tres nietos y varios criados se hallaban en el edificio en el momento del siniestro. Todos se salvaron. Ashton dice que el incendio empezó en la alcoba o cerca de la alcoba de Laxter.

—¿Se encontraba el portero allí en aquellos momentos?

—No. Estaba encargado de cuidar el palacio aquí, en la ciudad.

—¿Están viviendo en él los nietos ahora?

—Dos de ellos, sí... los que heredaron: Samuel C. Laxter y Frank Oafley. La nieta desheredada, Winifred Laxter, no se halla con ellos. Nadie sabe dónde se encuentra.

—Y... ¿Ashton está aguardando en el despacho exterior?

—Sí. Se niega a hablar con todo el que no sea usted.

—¿Qué le ocurre exactamente?

—Sam Laxter reconoce que, de acuerdo con el testamento, está obligado a darle a Ashton empleo como portero; pero asegura que no tiene obligación alguna de permitir un gato de Angora, muy grande. Le profesa mucho cariño. Laxter ha dicho que se deshaga del gato o que, de lo contrario, morirá envenenado. Yo *podría* encargarme del asunto; sólo que Ashton dice que si no habla con usted no quiere hablar con nadie. Yo no le haría perder el tiempo hablándole del asunto siquiera; pero usted se empeña en saber todo lo que hace referencia a clientes que se presentan y se niegan a permitir que nosotros nos hagamos cargo de sus asuntos.

Mason movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Ha hecho usted bien en hablarme. A veces, lo que parece trivial se convierte en algo de importancia. Recuerdo la vez en que Fenwick intentó pasarle el asunto a uno de sus empleados y el hombre se marchó furioso. Dos meses después de haber sido ahorcado el cliente de Fenwick, éste descubrió que el hombre que le había visitado quería pedirle que hiciera detener al testigo de cargo por haberle maltratado de palabra y de obra como consecuencia de un accidente de automóvil. Si Fenwick hubiese hablado con aquel hombre, habría descubierto que el testigo de cargo no podía haber estado donde había declarado estar en el momento del asesinato.

No era aquélla la primera vez que Jackson oía la historia. Asintió cortésmente, con un movimiento de cabeza. Y en tono que expresaba claramente que, en su opinión, las preocupaciones del señor Ashton habían consumido más tiempo de lo que merecían, inquirió:

—¿Quiere usted que le diga al señor Ashton que no podemos encargarnos de su asunto?

—¿Tiene dinero? —preguntó Mason.

—No lo creo. El testamento le lega un empleo de portero mientras viva. Dicho empleo le rinde cincuenta dólares al mes, casa y comida.

—Y... ¿es un anciano?

—Bastante anciano. Es un maniático, si quiere que le dé mi opinión.

—Pero ama a los animales —observó Mason.

—Le profesa mucho cariño a su gato, si es lo que quiere usted decir.

Mason afirmó lentamente con la cabeza, y dijo:

—Eso es lo que quiero decir.

Della Street, más familiarizada con el humor de Mason que el pasante, metió baza en la conversación con la familiaridad de quien trabaja en un despacho donde se estilan poco los convencionalismos.

—Acaba usted de terminar un caso de asesinato, jefe. ¿Por qué no dejar que los pasantes se encarguen de los asuntos mientras usted hace un crucero por Oriente? Así tendrá un poco de reposo.

Mason la miró y la risita bailaba juguetona en sus ojos.

—¿Quién diablos se cuidaría del gato de Ashton, entonces? —inquirió.

—El señor Jackson.

—Se niega a hablar con Jackson.

—Pues que busque otro abogado. La población está infectada de ellos. No puede usted perder el tiempo ocupándose de un gato.

—Un anciano —musitó Mason—; un maniático... probablemente sin amigos. Su benefactor ha muerto. El gato representa el único ser vivo por quien siente cariño. La mayoría de los abogados le echarían de su bufete a carcajadas. Si alguno se hiciese cargo del asunto, no sabría por dónde empezar. Bien sabe Dios que no existe precedente alguno que le sirva de guía.

»No, Della. Éste es uno de esos casos que tan triviales le parecen al abogado, pero que significan tanto para el cliente. Un abogado no es un tendero que puede vender o dejar de vender sus mercancías a capricho. Le ha sido concedido el don de la habilidad para que lo administre en beneficio de los desgraciados.

Della Street, comprendiendo lo que iba a seguir, hizo un gesto con la cabeza y le dijo al pasante:

—Puede usted decirle al señor Ashton que pase.

Jackson sonrió de mala gana, recogió sus papeles y salió del cuarto. Al cerrarse la puerta tras él, Della Street asió a Perry Mason de la mano.

—Usted sólo acepta el caso, jefe, porque sabe que no puede pagar otro abogado para que se encargue del asunto.

Mason, riendo, replicó:

—Tendrá usted que reconocer, por lo menos, que un hombre que tenga una pierna estropeada, un genio difícil, un gato de Angora y que carezca de dinero, tiene derecho a que se preocupen de él alguna vez.

Los ruidos de la muleta y de un paso se sucedieron alternándose por el largo pasillo. Jackson mantuvo abierta la puerta con el aire de quien, habiendo desaconsejado un acto poco prudente, se mantiene claramente al margen de las posibles consecuencias.

El hombre que entró en el despacho estaba apergaminado de puro viejo. Tenía labios delgados, cejas canas pobladísimas, cabeza

calva y facciones rígidas.

—Ésta es la *tercera* vez que vengo a verle —dijo con irritación.

Mason le indicó un asiento.

—Siéntese, señor Ashton. Lo siento mucho. He estado atendiendo un caso por asesinato. ¿Cómo se llama usted?

—*Escoria* —contestó Ashton, sentándose en la cómoda butaca tapizada de cuero negro, colocando la muleta derecha delante de él y asiéndola fuertemente con las dos manos.

—¿Por qué *Escoria*? —inquirió Mason.

Ni el fantasma de una sonrisa apareció en los ojos ni en los labios del hombre.

—Un poco de humorismo —dijo.

—¿Humorismo?

—Sí; estuve encargado de encender el fuego de una caldera. La escoria es un estorbo. Se mete en todas partes y lo obstruye todo. Al principio de tener el gato, le llamé *Escoria* porque siempre estaba en el paso... siempre estorbaba y lo obstruía todo.

—¿Le profesa usted cariño?

—Es el único amigo que me queda en este mundo —contestó el cojo con voz algo ronca.

Mason enarcó las cejas.

—Soy un portero. Un portero no trabaja en realidad. Se limita a vigilar. La casa grande lleva cerrada muchos años. El amo vivía en una quinta, en Carmencita. Yo no hacía más que andar por la casa grande, limpiar el patio y barrer los escalones de la entrada. Tres o cuatro veces al año el amo hacía limpiar la casa de arriba abajo. El resto del tiempo las habitaciones estaban todas cerradas con llave, y todas las ventanas tenían echadas las persianas.

—¿Nadie vivía en ella?

—Nadie.

—¿Por qué no la alquilaba?

—No era costumbre suya hacer esas cosas.

—Y... ¿dejó un testamento en el que se cuidaba del porvenir de usted?

—Sí, señor. El testamento estipula que no me quede sin empleo mientras pueda trabajar y que nada me falte para vivir cuando ya no pueda hacerlo.

—¿Los herederos son los nietos?

—Tres. Pero sólo menciona a dos en el testamento.

—Hábleme de lo que ocurre.

—El amo murió carbonizado cuando se incendió la quinta. Yo no me enteré hasta que me lo dijeron por teléfono a la mañana siguiente. Después de su muerte, Sam Laxter se hizo cargo de todo. Tiene cara de buena persona y le engaña a uno si uno se deja; pero no le gustan los animales y no me gusta que la gente no se lleve bien con los animales.

—¿Quién se hallaba en la casa en el momento del incendio?

—Winifred... es decir, Winifred Laxter. Es la nieta. Además, estaba Sam Laxter y Frank Oafley... los nietos. Estaba allí la señora Pixley, que es el ama de llaves. Y una enfermera... Edith de Voe.

—¿Alguien más?

—Jim Brandon, el chófer. Un vivo. Se arrima al árbol que da mejor sombra. ¡Si viera usted cómo cepilla a Sam Laxter...!

Ashton golpeó el suelo con la muleta, para patentizar su disgusto.

—¿Quién más? —inquirió Mason.

Ashton contó con los dedos las personas que había nombrado. Luego agregó:

—Nora Abbingdon.

—¿Qué tal está? —preguntó Perry, divirtiéndose evidentemente viendo los distintos personajes por los cínicos ojos del portero.

—Es una vaca. Un pedazo de carne con ojos... dócil, confiaba, bondadosa... Pero no estaba allí cuando ardió la casa. Iba a trabajar a la quinta durante el día.

—Después de haberse quemado la casa..., ¿va no hubo trabajo para ella?

—No, ya no volvió después de eso.

—Así, pues, supongo que podremos eliminarla del cuadro. En realidad no figura en el asunto.

—No figuraría —dijo Ashton expresivamente— si no fuera porque está enamorada de Jim Brandon. Cree que Jim se casará con ella cuando ahorre dinero. ¡Bah! Yo intenté contarle unas cuantas cosas de Jim Brandon, pero ella no quiso escucharme.

—¿Cómo es que conocía usted tan bien a toda esa gente, estando

usted en la casa de la ciudad y ellos en el campo?

—Iba allá en coche de cuando en cuando.

—¿Conduce usted?

—Sí.

—¿Un automóvil suyo?

—No; es uno que el amo conserva en la casa grande para mi uso... para que pudiera ir a verle cuando quisiera darme instrucciones. No le gustaba venir a la ciudad.

—¿Qué clase de automóvil?

—Un «Chewy».

—¿La pierna mala no le impide conducir?

—El coche ese no. Lleva un freno especial. Cuando tiro de la palanca se para el automóvil.

Mason dirigió a Della una mirada recogida y luego se volvió de nuevo hacia el calvo.

—¿Por qué no se preocupó su señor de Winifred en el testamento? —preguntó.

—Nadie lo sabe.

—¿Usted estaba encargado de la casa de la ciudad?

—Sí.

—¿Qué casa es esa?

—El número 3824 de East Washington.

—¿Sigue usted allí?

—Sí... y Laxter, Oafley y la servidumbre también.

—En otras palabras, que cuando se quemó la casa de Carmencita se fueron a vivir a la casa de la ciudad. ¿No es eso?

—Sí. Se trasladaron a ella en cuanto murió el amo. No es gente a quien le guste vivir en el campo. Les gusta la vida de la ciudad.

—Y..., ¿les molesta la presencia del gato?

—A Sam Laxter, sí. Y es él quien está encargado de que se cumpla el testamento.

—¿En qué forma ha dado a conocer sus sentimientos, exactamente?

—Me ha dicho que me deshaga del gato o que lo envenenará.

—¿Ha dado algún motivo?

—No le gustan los gatos. No le gusta *Escoria* en particular. Yo duermo en el sótano. Dejo la ventana abierta. *Escoria* sale y entra

por ella... ya sabe usted cómo son los gatos... no puede uno tenerlos encerrados continuamente. Teniendo la pierna como la tengo, no paseo gran cosa. *Escoria* tiene que salir algo. Cuando llueve, se le ensucian las patas. Luego salta por la ventana y me mancha de barro la ropa de la cama.

—¿La ventana está por encima de su cama?

—Sí, señor. Y el gato duerme sobre mi cama. Lo hace desde hace años. A nadie le había molestado eso antes. Sam Laxter dice que hace subir la cuenta de la lavandera... porque se manchan mucho las colchas... ¡La cuenta de la lavandera...! Con lo que él derrocha en una sola noche en el «cabaret» habría bastante para pagarme a mí la lavandera diez años.

—¿Es pródigo en los gastos? —inquirió Mason, de buen humor.

—Lo era... Ahora ya no lo es tanto.

—¿No?

—No; no puede conseguir el dinero.

—¿Qué dinero?

—El que dejó el amo.

—Creí que había usted dicho que se lo había dejado a medias a los dos nietos.

—A medias fue... lo que pudieron encontrar.

—¿No han podido encontrarlo todo? —inquirió Mason, con interés.

—Un poco antes del incendio —explicó Ashton, como si al contarle le produjera viva satisfacción— el amo hizo una liquidación completa. Cobró algo más de un millón de dólares. Nadie sabe lo que hizo con el dinero. Sam Laxter dice que lo enterraría en alguna parte; pero yo conozco al amo demasiado bien para creerlo. Yo creo que lo depositaría en la cámara acorazada de algún banco bajo un nombre supuesto. No se fiaba de los bancos. Decía que cuando los tiempos eran buenos, los bancos prestaban su dinero y sacaban beneficios de él, y que cuando los tiempos eran malos le decían que sentían mucho no poder hacer que se lo devolviesen. Perdió algo de dinero en un banco hace un par de años. Y gato escaldado... El amo no se quiso dejar pescar dos veces.

—¿Un millón de dólares en efectivo?

—Claro que en efectivo. ¿En qué iba a llevárselo si no?

Perry Mason miró a Della Street.

—¿Y Winifred...? ¿Dice usted que desapareció?

—Sí; se largó. Hizo bien. Los demás la trataban de una manera vergonzosa.

—¿Qué edad tienen los nietos?

—Samuel, veintiocho años; Frank Oafley, veintiséis; Winifred, veintidós... ¡y es una belleza! Vale más que los otros dos juntos. Hace seis meses, el amo hizo testamento, dejándolo todo a ella y legando tan sólo diez dólares a cada uno de sus dos nietos. Luego, dos días antes de morir, hizo este testamento nuevo.

Mason frunció el entrecejo y dijo:

—Eso es duro para Winifred.

Ashton se limitó a soltar un gruñido.

—¿Cuánto dinero exactamente pensaba usted gastarse en hacer prevalecer su derecho de quedarse con *Escoria*? —inquirió Mason.

Ashton se sacó una cartera del bolsillo y extrajo de ella un fajo de billetes.

—No soy miserable —dijo—. Los abogados buenos cuestan caros. Yo quiero el mejor. ¿Cuánto va a costarme? ¿Quiere decírmelo?

Mason se quedó mirando el grueso fajo de billetes.

—¿De dónde ha sacado usted todo ese dinero? —preguntó con curiosidad.

—Lo he ahorrado. No tengo gastos y llevo veinte años ahorrando mi sueldo. Lo invertí en acciones y obligaciones de confianza que el propio amo me recomendó... y cuando el amo liquidó, liquidé yo también.

—¿Aconsejado por el señor Laxter?

—Si quiere usted decirlo así...

—Y..., ¿está usted dispuesto a gastarse el dinero para conservar el gato?

—Estoy dispuesto a gastarme una cantidad razonable. No pienso tirarlo. Pero sé que cuesta dinero conseguir un buen abogado y sé que no voy a encontrar un abogado pobre.

—¿Y si yo le dijera a usted que le iba a costar quinientos dólares el retener mis servicios?

—Eso es demasiado —dijo Ashton, irritado.

—¿Y si le dijera doscientos cincuenta?

—Eso es razonable. Los pagaré.

Ashton empezó a contar billetes.

—Aguarde un poco —exclamó Mason, riendo—. Tal vez no sea necesario gastar una cantidad grande de dinero. Sólo estaba intentando determinar hasta dónde llegaba el cariño que le profesaba usted al gato.

—Le tengo mucho cariño. Estoy dispuesto a gastar cualquier cantidad razonable para poner a Sam Laxter en su sitio; pero no pienso dejarme atracar.

—¿Cómo se llama Laxter?

—Samuel C. Laxter.

—Quizá no sea necesario más que escribirle una carta. Si es así, no le costará a usted gran cosa —se volvió a Della Street—. Della —dijo—, tome nota. Una carta para Samuel C. Laxter, calle East Washington, número 3824. Muy señor mío: El señor Ashton me ha consultado... No... un momento, Della... Más vale que ponga el nombre completo... El señor Carl Ashton me ha consultado respecto a los derechos que tiene según el testamento del difunto Peter Laxter. Las cláusulas de dicho testamento estipulan que tiene usted la obligación de darle al señor Ashton la plaza de portero durante todo el tiempo que se halle en condiciones de ejercerla.

»Es muy natural que el señor Ashton quiera conservar un gato. Un portero tiene derecho a tener animales domésticos. Esto es precisamente cierto en el caso del gato del señor Ashton, puesto que ya lo tenía en vida del testador.

»En el caso de que usted hiciera daño alguno al gato del señor Ashton, me veré en la necesidad de acusarle a usted de infracción de una de las cláusulas del testamento y que, por lo tanto, ha perdido todo derecho a la herencia.

Perry Mason rió, mirando a Della.

—Eso debiera de asustarle —comentó—. Si cree que está luchando por toda la herencia y no sólo por un gato, decidirá no correr riesgos —se volvió a Ashton—: Deposite diez dólares en manos de la tenedora de libros, para retener mis servicios. Ella le dará un recibo. Si surge algo, ya le escribiré. Si usted descubre algo, telefonee a este despacho y pregunte por la señorita Street, que es

mi secretaria. Puede usted darle cualquier recado que tenga para mí. Nada más, de momento.

Las rudas manos de Ashton oprimieron con fuerza la muleta. Se puso en pie. Sin pronunciar una sola palabra de agradecimiento, ni despedirse, salió cojeando del despacho.

Della Street miró a Perry Mason, con sorpresa en los ojos.

—¿Es posible —inquirió— que el nieto ese perdiera la herencia si echase al gato?

—Cosas más raras se han visto. Depende de la forma en que esté redactado el testamento. Si la cláusula acerca del portero es condición necesaria para disfrutar de la herencia, quizá pudiera cumplir mi amenaza. Pero lo único que quiero hacer ahora es meterle un susto a don Samuel C. Laxter. Me parece que tendremos noticias de ese caballero en persona. Cuando esto ocurra, avíseme... Eso es lo que me gusta de la carrera de leyes, Della... ¡la variación! ¡El gato de un portero!

Se echó a reír.

Della Street cerró el bloc, se dirigió a su despacho y se detuvo junto a la ventana para echar una mirada a la concurrida calle.

—Le ahorró usted doscientos cuarenta dólares —dijo mirando distraída el tráfico— y él ni siquiera le dio las gracias.

La brisa, entrando por la abierta ventana, le agitó el cabello. Ella se inclinó hacia delante, como para salir al encuentro de la brisa, y se llenó así los pulmones de aire fresco.

—Probablemente se trata de una rareza suya, nada más —contestó Mason—. Desde luego, está hecho una verdadera momia... No se asome demasiado, Della... Debe usted recordar que le gustan los animales y que ya ha perdido la juventud. Por muchos años que pueda ocurrírsele quitarse, debe de tener más de setenta y cinco...

Della Street se irguió. Con un brusco movimiento de su ágil cuerpo, se volvió hacia Perry Mason.

—Quizá le interesaría a usted saber —dijo— que alguien está siguiéndole los pasos al cliente amante de los gatos.

Perry apartó el sillón y cruzó el despacho. Posó una mano en el alféizar de la ventana y rodeó con un brazo la cintura de Della Street. Juntos se asomaron a la calle.

—¿Le ve usted? —murmuró ella—. Ese hombre del sombrero

claro, de fieltro. Salió del portal... Mire... está subiendo ahora a ese coche.

—Un «Packard» nuevo modelo —comentó Perry—. ¿Por qué cree usted que sigue a Ashton?

—Por su forma de obrar. Estoy segura de ello. Dio un salto desde el portal... Fíjese... el coche va a la mínima velocidad posible... para no perder de vista a Ashton.

El cojo dobló la esquina de la izquierda. El automóvil le siguió a paso de galápago.

Mason, observando el coche, con fruncido entrecejo, murmuró:

—Un millón de dólares en efectivo es una barbaridad de dinero.

Capítulo 2

Los rayos del sol matutino, que penetraban por las ventanas del despacho particular de Perry Mason, caían sobre la encuadernación de piel de los libros de leyes colocados en estantes, haciéndoles parecer menos sobrios e imponentes.

Della Street abrió la puerta de su despacho y entró con un archivador de correspondencia y unos papeles. Perry Mason dobló el periódico que había estado leyendo, al sentarse la joven, preparar la pluma estilográfica y disponerse a tomar cartas al dictado.

—¡Caramba! —se quejó el abogado—. ¡Cuántas ganas de trabajar tiene usted! ¡Si viera las pocas que yo tengo! Quiero hacer el vago. Quiero hacer algo que no debiera hacer. ¡Voto a tal! ¡Si parezco el abogado de una sociedad sentado ante la mesa, dando consejos, administrando fincas! Si yo me especialicé en criminología fue exclusivamente porque odiaba el trabajo rutinario. Pero usted está consiguiendo que mis actividades se parezcan cada día más al trabajo y menos a la aventura. Y eso es lo que me gusta de mi profesión: que es una verdadera aventura. Uno ve a la humanidad por dentro, como quien ve una función entre bastidores. El público, sentado delante, no ve más que las posturas, cuidadosamente ensayadas, que adoptan los actores. El abogado ve a la humanidad sin velos, sin artificio.

—Mientras se *empeñe* usted en encargarse de asuntos de menor cuantía —contestó con acidez la secretaria, con confianza hija de larga y privilegiada asociación en un despacho donde la disciplina convencional quedaba subordinada a la eficiencia—, tendrá que organizar su tiempo de forma que pueda atender a su trabajo. El señor Nathaniel Shuster se encuentra en el despacho general aguardando para verle.

Perry Mason frunció el entrecejo.

—¿Shuster? —dijo—. ¡Si ése es un sobornador de jurados, un picapleitos, un marrullero! Se las da de gran criminalista, pero es un criminal mayor que la gente a quien defiende. Cualquier idiota puede ganar pleitos si tiene sobornado al jurado. ¿Qué diablos quiere?

—Desea verle acerca de la carta que escribió usted. Le acompañan sus clientes, señores Samuel C. Laxter y Frank Oafley.

Perry Mason se echó a reír.

—El gato del portero, ¿eh? —dijo.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

Mason acercó el archivador de correspondencia.

—Bueno —dijo—; por cortesía profesional no haremos esperar al señor Shuster. Echaremos una rápida ojeada a estos asuntos importantes y veremos si hay que expedir algún telegrama —miró su carpeta e inquirió—: ¿Qué es esto?

—Precios de la línea de vapores NYK, por un camarote de lujo a bordo del *Asama Maru*... Hace escala en Honolulu, Yokohama, Kobe, Shanghai y Hong-Kong.

—¿Quién pidió esos precios?

—Yo.

Cogió una cartera del montón de correspondencia, la miró y dijo:

—Compañía de vapores Dollar... precio de un camarote de lujo a bordo del *Presidente Colidge*... Honolulu, Yokohama, Kobe, Shanghai, Hong-Kong y Manila.

Della Street siguió mirando su libro de notas.

Perry Mason se echó a reír y apartó el montón de correspondencia.

—Lo dejaremos hasta habernos deshecho de Shuster —dijo—. Usted no se mueva de donde está y, si le empuja la rodilla, empiece a tomar notas. Shuster es un individuo muy escurridizo. Me gustaría que tuviese los dientes fijos.

Ella le miró con mucha interrogación.

—Tiene dientes Franklin —explicó— y hacen agua.

—¿Dientes Franklin?

—Sí; dientes con refrigeración por agua. Si hay algo de verdad

en la teoría de la reencarnación, debe de haber sido un lavandero chino en alguna existencia anterior. Cada vez que ríe, da una ducha a los que le escuchan; le rocía a uno como rocía la ropa un lavandero chino. Tiene la manía de estrechar manos. A mí, personalmente, me resulta bastante antipático; pero no hay manera de insultarle. Supongo que la situación exige que dé muestras de cierta cortesía profesional; pero si intenta venir a mí con alguna de sus tretas, me voy a olvidar de la ética y echarle a puntapiés de aquí.

—El gato —murmuró la muchacha— debe sentirse halagado de que tantos abogados pierdan el tiempo para decidir si puede seguir poniendo las patas sucias de barro sobre la colcha.

Perry Mason soltó una carcajada.

—¡Duro! —exclamó—. ¡Sigan los sarcasmos! Sea como fuere, ya estoy comprometido y... ¡buena me espera! Shuster intentará azuzar a sus clientes para que luchen y yo no tendré más remedio que retirarme o hacerle el juego. Si yo me retiro, hará creer a sus clientes que me ha acobardado y les cobrará unos buenos honorarios. Si no me retiro, les dirá que de este asunto dependerá toda su herencia y les exigirá un buen tanto por ciento de ella. Esas son las consecuencias de tirarse unos faroles como el de la pérdida de la herencia.

—El señor Jackson *podría* hablar con ellos —insinuó Della.

Perry Mason sonrió.

—No —contestó—. Jackson no está acostumbrado a que le salpiquen de saliva. Yo ya he hablado con Shuster en otras ocasiones. Lo haremos pasar.

Descolgó el auricular del teléfono y le dijo a la muchacha que contestó:

—Que pase el señor Shuster.

Della hizo una última súplica.

—¡Por favor, jefe! Deje que Jackson se encargue del asunto. Se meterá usted en discusiones, y cuando quiera darse cuenta, estará perdiendo todo su tiempo peleando por un gato.

—Gatos y cadáveres —contestó Mason—. Si no es lo primero, parece ser lo segundo. He estado peleando por cadáveres tanto tiempo, que un buen gato vivo constituirá una diversión más que

bien venida de...

Se abrió la puerta. Una rubia, de ojos como platos, dijo con voz desmayada:

—El señor Shuster. El señor Laxter. El señor Oafley.

Los tres hombres entraron en el gabinete, Shuster, pequeño y activo, iba delante, moviéndose como gorrión que va buscando alguna cosa comestible por debajo de las hojas secas.

—Buenos días, señor Mason, buenos días, buenos días.

Cruzó rápidamente el cuarto con la mano tendida. Sus labios se entreabrieron exhibiendo una dentadura completa, en la que los dientes tenían una separación bien definida entre sí.

Mason, que parecía un gigante al lado del hombrecillo, le dio, de mala gana, la mano y dijo:

—Aclaremos bien las cosas desde un principio. ¿Quién es Laxter y quién es Oafley?

—Sí, sí, sí, claro, claro —dijo Shuster—. Éste es el señor Laxter... nieto de Peter Laxter.

Un hombre alto, de tez morena, ojos negros y cabello cuidadosamente ondulado, sonrió con esa afabilidad obsequiosa que demuestra más bien aplomo que sinceridad. Llevaba en la mano izquierda un sombrero Stetson color crema.

—Y éste es el señor Frank Oafley. Frank Oafley es el otro nieto, señor Mason.

Oafley tenía el cabello pajizo y labios gruesos. Su rostro parecía incapaz de cambiar de expresión. Sus ojos tenían el matiz azul acuoso singular de una ostra cruda. No llevaba sombrero. Nada dijo.

—Mi secretaria, la señorita Street —presentó Mason—. Si no hay inconveniente, permanecerá aquí durante la conferencia y tomará las notas que yo conceptúe necesarias.

Shuster sonrió húmedamente.

—Y si *hay* algún inconveniente —murmuró— supongo que se quedará aquí de todas maneras, ¿eh? ¡Ja ja, ja! Le conozco a usted, Mason. No olvide que no es igual que si tratara usted con alguien que no le conociese. Le conozco a usted bien. Es usted un luchador. Hay que tenerle en cuenta. Para mis clientes, es cuestión de principio. No pueden dejarse dominar por un criado. Pero les espera una verdadera batalla. Les dije que usted era un luchador. Los

advertí. No pueden decir que no les advertí.

—Siéntese —dijo Mason.

Shuster hizo una seña a sus clientes, indicándoles qué asiento debían ocupar. Él se dejó caer en la enorme butaca de cuero negro y pareció casi desaparecer en sus profundidades. Cruzó las piernas, se estiró los puños, se ajustó la corbata, dirigió una mirada a Mason y dijo:

—No puede usted salirse con la suya. Es cuestión de principios para nosotros. Lucharemos hasta gastar el último cartucho. Pero es un asunto serio.

—¿Qué es un asunto serio? —preguntó Mason.

—Lo que usted dice acerca de que lo del gato es condición indispensable para heredar.

—Y..., ¿cuál es la cuestión de principios?

—Pues el gato, naturalmente —contestó Shuster con sorpresa—. No podemos soportarlo. Pero lo que es aún más, no podemos consentir que el portero se meta a dictador. Se ha hecho demasiado pesado ya. Comprenderá usted que, cuando una persona no puede despedir a un criado, no tarda mucho éste en desmandarse por completo.

—¿Se les ha ocurrido a ustedes pensar alguna vez —inquirió Mason, mirando a los dos nietos— que están haciendo una montaña de un grano de arena? ¿Por qué no le dejan al pobre Ashton conservar su gato? El gato no vivirá eternamente, ni Ashton tampoco. No hay motivo para gastar tanto dinero en abogados y...

—No vaya tan aprisa, Mason, no vaya tan aprisa —le interrumpió Shuster, resbalando por el asiento de la butaca hasta quedarse sentado al borde—. Va a ser una lucha cruenta. Yo ya he advertido a mis clientes. Es usted un hombre de recursos. Es usted un hombre vivo. Y si no le molesta a usted la palabra le diré que es usted un hombre astuto. Muchos de nosotros considerarían eso una alabanza. Yo lo considero como tal. Mis clientes dicen con mucha frecuencia: «Shuster es astuto». ¿Me enfado por eso? ¡Quiá!, digo que es una flor.

Della Street miró a Perry Mason, bailándole la risa en los ojos. El rostro de Mason iba adquiriendo una expresión de dureza.

Shuster prosiguió, hablando rápidamente:

—Advertí a mis clientes que Winifred iba a intentar hacer que se anulara el testamento. Sabía que lo intentaría por todos los medios a su alcance; pero no podía alegar que el abuelo no estuviese bien de la cabeza ni podía afirmar que se hubiera ejercido influencia alguna sobre él. Conque no tuvo más remedio que buscar algo a lo que poderse agarrar. Y escogió a Ashton y a su gato.

La voz de Mason expresó ira.

—Oiga, Shuster, suprima todos esos adornos. Lo único que quiero es que dejen al portero en paz con su gato. Los clientes de usted no necesitan gastarse dinero peleando. La cantidad que el celebrar esta conferencia cuesta, representa mucho más que el lavado de todas las colchas que pudiera ensuciar el gato en 10 años.

Shuster movió afirmativamente la cabeza varias veces.

—Eso es lo que yo les he dicho desde el primer momento, Mason. Un mal arreglo es mejor que un buen pleito. Pues bien, si usted está dispuesto a hacer un arreglo amistoso, también lo estamos nosotros.

—¿Sobre qué base? —inquirió el abogado.

Shuster recitó su propuesta con una facilidad que demostraba cuánto la había ensayado.

—Winifred firmará un documento asegurando que no impugnará el testamento. Ashton firmará un papel diciendo que ese testamento es genuino; que fue hecho por el viejo cuando se hallaba en plena posesión de todas sus facultades. Entonces Ashton podrá quedarse con el gato.

La voz de Mason tenía un dejo de irritación.

—No sé una palabra de Winifred —declaró—. No la he visto en mi vida ni he hablado con ella. No puedo pedirle a *ella* que firme cosa alguna.

Shuster dirigió una mirada de triunfo a sus clientes.

—Ya les dije a ustedes que era un hombre muy listo —murmuró—. Ya les dije que iba a haber lucha.

—Winifred no figura en este asunto para nada —intervino Mason—. Ahora, bajemos de las nubes y hablemos con sentido común. Lo único que me interesa es ese maldito gato.

Hubo un momento de silencio, interrumpido tan sólo por la húmeda risa de Shuster.

Sam Laxter, viendo que se acentuaba la expresión de ira en el semblante de Perry, intervino en la charla.

—Naturalmente —dijo—, usted reconocerá que ha amenazado con anular mi herencia. Sé que eso no puede partir de Ashton. Hemos estado esperando que Winifred impugnara el testamento.

Tenía el rostro algo obsequioso e insinuador que equiparaba su voz a la sonrisa de una cortesana.

—Lo único que deseo —dijo Mason— es que dejen en paz al gato.

—Y..., ¿hará usted que Winifred firme ese documento? —inquirió Shuster.

Mason se encaró con él.

—No sea usted imbécil —dijo—. Yo no represento a Winifred. No tengo que ver con ella.

Shuster se frotó las manos con regocijo.

—No podemos hacer arreglo alguno sobre ninguna otra base. Es cuestión de principios. Yo, personalmente, no creo que este asunto constituya, en el testamento, condición *sine qua non*; pero la cosa admite discusión.

Mason se puso en pie como toro furioso que se vuelve hacia un perrito que le ladra.

—Escúcheme usted bien —le dijo a Shuster—: no me gusta enfadarme más que cuando se me paga para que me enfade; pero ya ha ido usted lo bastante lejos.

Shuster se echó a reír.

Mason se encaró con él.

—Demasiado sabe usted que yo no represento a Winifred. Sabía usted que mi carta no tenía más significado que el literal; pero sabía que no podía engañar a sus clientes hasta el punto de hacerles pagar honorarios elevados por un simple gato; conque metió usted la cuestión de la impugnación del testamento. Usted ha puesto este huevo y se ha traído a sus clientes para que lo vean incubar. No conociendo a Winifred y no siendo representante suyo, mal puedo yo conseguir que firme cosa alguna. Ha asustado usted a sus clientes hasta el punto de hacerles creer que les es necesaria la firma de Winifred. Eso es colocar los cimientos para poder chuparse una buena cantidad.

Shuster se puso en pie de un brinco.

—¡Eso constituye difamación! —aulló.

Mason se encaró con los dos nietos.

—Escuchen —dijo—: Yo no soy tutor de ustedes. No pienso romperme la crisma intentando ahorrarles dinero. Si quieren ustedes dejar vivir al gato tranquilamente en su casa, díganlo ahora; y quedará acabado el asunto. Si no lo hacen, obligaré a Shuster a ganarse sus honorarios, metiéndoles a ustedes en la lucha más cruenta que hayan conocido en su vida. No pienso dejarme usar como «coco» para asustarles a ustedes y proporcionarle a Shuster una bonita cantidad de honorarios sin que él haya hecho otra cosa que frotarse las manos para ganarlo...

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritó Shuster, bailando de indignación—. Usted no puede hablar así. Eso constituye una infracción de la ética profesional. Le denunciaré a la Comisión de Quejas. Le pondré pleito por difamación.

—¡Denúncieme y váyase al cuerno! —contestó Mason—. ¡Póngame pleito y que se lo lleve el mismísimo demonio! Coja a sus clientes y lárguese de aquí. Tienen ustedes hasta las dos de la tarde para notificarme que el gato se queda en casa. Si no lo hacen, van a encontrarse con una pelea... los tres. Y no olviden una cosa: cuando yo empiezo a luchar, nunca pego donde mi adversario espera que le dé. Ahora no podrán decir que no les he avisado. Esta tarde a las dos. Lárguense de aquí.

Shuster se adelantó.

—A mí no me engaña usted ni un segundo, Perry Mason. Está empleando lo del gato como pantalla. Winifred quiere impugnar el testamento y...

Perry Mason dio dos pasos hacia él. El hombrecillo retrocedió a saltos, dio media vuelta y corrió hacia la puerta. La abrió de un tirón y salió.

—¡Lucharemos! —gritó por encima del hombro—. Soy luchador tan duro como pueda serlo usted, Perry Mason.

—Sí; ya lo veo por sus actos —contestó el abogado, con sarcasmo.

Samuel Laxter vaciló unos instantes, como si estuviera a punto de decir algo; luego dio media vuelta y salió del despacho, seguido

de Oafley.

Perry Mason contestó con una sonrisa a la risa que sorprendió en los ojos de Della.

—Ande —dijo—, diga usted: «Ya se lo decía yo».

Ella movió negativamente la cabeza.

—¡Luche con ese picapleitos hasta tumbarle de espaldas! —dijo.

Mason consultó su reloj.

—Telefonee a Paul Drake —ordenó— y pídale que esté aquí a las dos y media.

—¿Y a Ashton?

—No. Ashton ya tiene preocupaciones de sobra. Me parece que ésta va a ser cuestión de principios para todos los que intervengamos en ella.

Capítulo 3

El reloj que había sobre la mesa de Perry Mason marcaba las dos treinta y cinco. Paul Drake, director de la agencia de detectives Drake, estaba sentado, cruzado, en la butaca, con las piernas echadas sobre uno de los brazos y la espalda apoyada contra el otro. Tenía las comisuras de los labios torcidas hacia arriba, lo que prestaba cierta expresión humorística a su semblante. Era como si estuviera a punto de romper a sonreír. Sus ojos eran grandes, saltones y vidriosos.

—¿Qué ocurre esta vez? —preguntó—. No me había enterado de que hubiese ocurrido asesinato alguno.

—No se trata de un asesinato, Paul. Se trata de un gato.

—¿De un qué?

—De un gato..., un gato de Angora.

El detective suspiró y dijo:

—Bueno; un gato. Y..., ¿qué pasa?

—Peter Laxter —explicó Perry—, probablemente un avaro, tenía un palacio en la ciudad en el que se negaba a vivir. Vivía en su residencia del campo: una quinta situada en Carmencita. La quinta se incendió y Laxter ardió con ella. Dejó tres nietos: Samuel C. Laxter y Frank Oafley, que son sus herederos, y Winifred Laxter, a la que desheredó. El testamento contenía una cláusula en que se estipulaba que a Carl Ashton, su portero, se le había de dar empleo permanente de por vida. Ashton tenía un gato. Quería conservar el gato a su lado. Sam Laxter le dijo que se deshiciera de él. Me condolí de Ashton, le escribí a Laxter una carta y le dije que dejara el gato en paz. Laxter fue a ver a Nat Shuster. Shuster vio ocasión de embolsarse unos honorarios crecidos y le dijo a Laxter que lo que yo pretendía era impugnar el testamento. A mí me exigió la mar de

condiciones imposibles para llegar a un arreglo, y cuando no quise cumplirlas porque me era imposible hacerlo, sacó todo el producto que pudo de mi negativa. Supongo que se había hecho pagar una cantidad bastante crecida para retener sus servicios.

—¿Qué desea usted?

—Voy a hacer papilla ese testamento —contestó Mason, sombrío.

El detective encendió un cigarrillo e inquirió, arrastrando las sílabas:

—¿Va usted a hacer migas el testamento por un gato, Perry?

—Por un gato —asintió el interpelado—; pero en realidad, voy a hacer migas a Shuster al mismo tiempo. Shuster se las ha estado dando de criminalista. Estoy harto. Es un picapleitos, un perjurio y fomentador del perjurio y un sobornador de jurados. Cuando tiene algún cliente, no sólo procura salvarle, sino que fabrica deliberadamente pruebas que señalen a alguna persona inocente, a fin de que parezca aún menos culpable su defendido. Ha andado jactándose por ahí de que, si alguna vez se encuentra frente a frente conmigo, va a demostrar todo lo listo que es. Estoy harto de él.

—¿Tiene usted copia del testamento? —inquirió Drake.

—No; aún no. He mandado sacar una del Registro.

—¿Ha sido admitido ya para su probanza?

—Tengo entendido que sí. Sin embargo, puede impugnarse igual antes que después de admitido.

—¿Dónde encajo yo en el asunto?

—En primer lugar, busque usted a Winifred. Luego averigüe todo lo que pueda de Peter Laxter y de los dos nietos que heredan sus bienes.

—¿Me pongo a trabajar de la forma corriente o quiere usted que desarrolle toda la actividad posible?

—Quiero que desarrolle toda la actividad posible.

Los ojos vidriosos de Paul Drake dirigieron una mirada especuladora al abogado.

—Debe de haber la mar de dinero en gastos —murmuró.

El rostro de Mason se tornó grave.

—Es muy posible que haya ocasión de ganar algún dinero, Paul. Evidentemente, Peter Laxter era un avaro. No se fiaba mucho de los

bancos. Poco antes de morir, vendió acciones, obligaciones y papel de Estado por valor de un millón de dólares aproximadamente. Después de su muerte, los herederos no pudieron encontrar el dinero.

—¿Y si se hubiera quemado con él en la quinta? Lo tendría en billetes con toda seguridad.

Es posible que se haya quemado; pero también es posible que no haya ocurrido tal cosa. Cuando Ashton salió de mi despacho un hombre le seguía los pasos... un hombre que conducía un «Packard» verde, nuevo.

—¿Sabe quién era ese hombre?

—No. Le vi desde la ventana. No pude distinguir su cara. Vi un sombrero de fieltro claro y un traje oscuro. El «Packard» era tipo *sedán*. Claro está que a lo mejor la cosa carecerá de importancia; pero... ¡cualquiera sabe! Sea como fuere, Winifred Laxter está de suerte, porque voy a hacer que se anule ese testamento. Shuster ha estado hablando de lo que me hará si se encuentra alguna vez enfrentado conmigo ante el tribunal y yo le voy a proporcionar la ocasión de cumplir su palabra.

—A Shuster no puede usted enfadarle luchando con él; eso es lo que está deseando. Usted lucha para salvar a sus clientes; él lucha para cobrar buenos honorarios.

—No puede cobrar honorarios si sus clientes pierden todo lo que tienen. Un testamento anterior lega toda la fortuna a Winifred. Si yo hago anular el último, el válido será el anterior.

—¿Va usted a representar a Winifred?

Mason movió negativamente la cabeza.

—A quien yo represento es a un gato. Tal vez necesite a Winifred como testigo.

Drake se puso en pie.

—Conociéndole a usted como le conozco —dijo—, supongo que eso significa que quiere usted que desarrolle una actividad pasmosa.

Mason asintió.

—Y quiero que se ponga a trabajar a toda prisa. Consígame informes sobre todos los aspectos que descubra: bienes, facultades mentales, influencia indebida, todo.

Al cerrar Drake la puerta del despacho tras sí, Jackson llamó con

los nudillos y entró con unas hojas de papel tamaño folio, escritas a máquina.

—He hecho sacar una copia del testamento y lo he repasado cuidadosamente —dijo—. La cláusula referente al gato es un poco débil. Desde luego, no es condición para la herencia de los bienes y hasta es posible que ni siquiera pueda cargársele el coste de su manutención a la fortuna del difunto. Con toda seguridad no se trata más que de la expresión de un deseo del testador.

En el rostro de Mason se leyó un desencanto.

—¿Hay alguna otra cosa más? —preguntó.

Al parecer, fue el propio Peter Laxter quien redactó el testamento. Tengo entendido que ejerció la profesión de abogado durante varios años en un Estado del Este. Como testamento en general, está demasiado bien redactado para que se le pueda impugnar; pero contiene un párrafo algo raro. Tal vez podamos hacer algo con ese párrafo si la cosa va a parar a los tribunales.

—¿Qué párrafo es ése? —inquirió Mason.

Jackson cogió la copia del testamento y leyó:

—«Durante mi vida me he visto rodeado del afecto y los cuidados, no sólo de mis parientes, sino de aquellos que, al parecer, esperaban que alguna circunstancia fortuita les incluiría en la lista de los beneficiados. Nunca he podido poner en claro qué cantidad de dicho afecto era genuino y qué cantidad tenía por objeto alisar el camino para una posible herencia. Si el motivo del afecto exteriorizado era este último, mucho me temo que mis herederos van a llevarse un chasco para ellos. Sin embargo, tengo un pensamiento que ofrecerles como condolencia, y al propio tiempo, una sugerión. Mientras que aquellos que aguardaron con impaciencia mi muerte para repartirse mi fortuna van a quedar desilusionados, a los que me profesaban un afecto sincero no les ocurrirá lo propio».

Mason frunció el entrecejo y dijo:

—¿Qué mil diablos quiere decir con eso? Desheredó a Winifred y dejó todos sus bienes a los otros dos nietos para que se los repartieran. No hay nada en este párrafo que pueda cambiar eso.

—No, señor —asintió Jackson.

—Ocultó un millón de dólares aproximadamente, poco antes de

su muerte; pero aun cuando se descubriera ese dinero, seguirá teniendo que ir a engrosar la fortuna mueble e inmueble.

—Sí, señor.

—A no ser que haya hecho una especie de regalo antes de su muerte. En tal caso, pertenecería a la persona a quien le hubiera sido hecho.

—Es una cláusula singular —observó Jackson—. Puede muy bien haber hecho un regalo en usufructo, en administración o algo así.

Mason dijo lentamente:

—No puedo menos de acordarme del fajo de billetes que llevaba Carl Ashton en el bolsillo cuando ofreció una cantidad en depósito para retener mis servicios... Sea como fuere Jackson, si Peter Laxter le dio dinero a Ashton... bueno, pues va a librarse una verdadera batalla campal para adueñarse de él, esté el dinero en depósito o no.

—Sí, señor —asintió Jackson.

Mason, moviendo afirmativa y lentamente la cabeza, descolgó el teléfono que comunicaba con el despacho de Della Street y, cuando oyó su voz, dijo:

—Della, póngase en comunicación con Drake y dígame que incluya a Carl Ashton en sus investigaciones. Me interesa especialmente averiguar algo de la situación económica de Ashton... quiero saber si tiene cuenta corriente en algún Banco, si ha hecho alguna declaración al fisco; si posee alguna finca; si tiene dinero entregado a crédito; cómo está clasificado en Hacienda y cualquier otra cosa que pueda averiguar Paul.

—Está bien. ¿Tiene usted prisa por saber todo eso?

—Mucha.

—La línea de vapores «Dollar» dice que le reservará el camarote hasta mañana por la mañana a las diez y media —observó Della.

Y luego colgó el auricular, cortando la comunicación, mientras Perry Mason sonreía, mirando al teléfono.

Capítulo 4

Los empleados del despacho se habían marchado hacía rato. Perry Mason, con los pulgares metidos entre las sisas del chaleco, paseaba por el cuarto. Sobre la mesa, delante de él, había una copia del testamento de Peter Laxter.

Sonó el teléfono. Mason se llevó el auricular al oído y oyó la voz de Paul Drake, que decía:

—¿Ha comido usted algo?

—Aún no. No me hace mucha gracia comer cuando estoy pensando.

—¿Le gustaría escuchar un informe?

—Ya lo creo.

—Aún no está completo; pero tengo la mayor parte de los datos.

—Bueno. ¿Por qué no viene?

—Me parece que será mucho más conveniente que se reúna usted conmigo. Estoy en la esquina de las calles Spring y Melton. Hay una cafetería por aquí, y podríamos tomar un bocado. Yo no he comido aún, y mi estómago se cree que he declarado la huelga del hambre.

Mason contempló, ceñudo, la copia del testamento.

—Bueno —dijo—; iré...

Apagó las luces, tomó un coche hasta el lugar mencionado por el detective y miró a Drake.

—Parece traerse usted algo escondido, Paul. Tiene usted la misma expresión en la cara que un gato que se está bebiendo la leche.

—¿Sí? Pues no me iría mal un poco de leche, se lo aseguro.

—¿Qué hay de nuevo?

—Se lo diré después de comer. Me niego a hablar con el

estómago vacío... ¡Voto a tal, Perry! ¡Déjese de este asunto! Por la furia con que usted lo ha cogido, se diría que se trata de un asesinato en lugar de un gato. Apuesto a que no saca más de cincuenta dólares como honorarios.

Mason se echó a reír y contestó:

—He sacado diez dólares justos.

—Ya lo decía yo —observó Drake, como si se dirigiera a un auditorio imaginario.

—Los honorarios nada tienen que ver con este asunto —dijo Mason—. Un abogado se debe a su cliente. Puede fijar los honorarios que se le antojen. Si el cliente no los paga, el abogado no tiene necesidad de aceptar el asunto; pero, si los paga, lo mismo da que se trate de cinco centavos que de cinco millones de dólares. El abogado tiene la obligación de emplear toda su habilidad, todas sus facultades en beneficio del cliente.

—No le sería posible ejercer la carrera con esta teoría, Perry, si no fuera usted un individualista... Aquí está la cafetería. Entremos.

Mason se paró en la puerta, mirando, dubitativo, hacia el iluminado interior. Una joven de cabello oscuro, ojos alegres y labios muy rojos y gruesos presidía ante una batería de moldes para hacer buñuelos. El único parroquiano que había en el establecimiento pagó su cuenta. La joven marcó el importe en una caja registradora, le dirigió una sonrisa y se puso a limpiar el mostrador.

—Me parece que no tengo ganas de buñuelos ni de pastas de ninguna clase —observó Mason.

El detective le asió suavemente del brazo y le empujó dentro, diciendo:

—¡Claro que quiere usted una pasta!

Se sentaron al mostrador. Unos ojos oscuros les miraron mientras unos labios rojos sonreían.

—Dos tortitas —dijo Drake— con tiras de tocino.

Las manos de la muchacha se movieron con rapidez. Echó la harina disuelta en agua sobre una plancha caliente y colocó sobre ella unas tiras de tocino.

—¿Café? —preguntó.

—Café —respondió Drake.

—¿Ahora?

—Ahora.

Llenó dos tazas de café y las colocó, junto con una jicara de leche, al lado de cada plato. Sacó servilletas de papel, cubiertos de plata, agua y mantequilla.

Drake alzó la voz mientras se alzaba el humo de las planchas calientes.

—¿Cree usted poder hacer anular el testamento de Laxter, Perry?

—No lo sé —confesó el abogado—. Ese testamento tiene algo raro. He estado estudiándolo tres horas.

—Parece raro que haya desheredado a su nieta predilecta —prosiguió el detective en alta voz—. Sam Laxter era amigo de la juerga. Al viejo le hacía eso muy poca gracia, Oafley es un tipo muy reservado y muy poco gregario. Al viejo no le era muy simpático. Es demasiado negativo.

La joven que estaba detrás del mostrador dio la vuelta al tocino y les dirigió una rápida mirada.

—Es difícil hacer anular el testamento, ¿no? —insistió Drake.

—Si intenta uno hacerlo anular alegando influencia indebida o trastorno mental, sí. Pero le digo a usted, Paul, que voy a hacer migas ese testamento.

Un plato cayó explosivamente sobre el mostrador. Mason alzó perplejo la mirada y se encontró con un rostro encendido, una boca decidida y ojos negros que despedían chispas.

—Oiga —exclamó la muchacha—; ¿a qué se han creído ustedes que están jugando? Me estoy abriendo camino sin pedirle favores a nadie y ustedes vienen...

Paul Drake agitó la mano con el gesto estudiado de la persona que va a hacer algo sensacional, pero que quiere que parezca una cosa corriente en él.

—Perry —dijo—, le presento a Winifred.

El rostro de Perry expresó una sorpresa tan grande y tan sincera, que la indignación de Winifred Laxter se disipó.

—¿No lo sabía usted? —dijo.

Mason movió negativamente la cabeza.

Ella señaló el letrero que había sobre la puerta.

—Debiera usted de haberlo comprendido por el letrero: «Tortitas de Winifred».

—No leí el letrero —respondió Mason—. Mi amigo me trajo aquí. ¿Qué pretendía usted, Paul? ¿Quería ser teatral, sacarse un conejo del sombrero o hacer alguna cosa así?

Drake acarició los bordes de la taza con las yemas de los dedos y sonrió.

—Quería que se conocieran ustedes dos. Quería que mi amigo viera cómo llevaba usted la tienda, señorita Laxter. La mayoría de la gente no se creería que una heredera fuese capaz de regentar una cafetería.

—No soy heredera.

—No lo asegure usted tanto. Este señor es Perry Mason, el abogado.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Perry Mason —repitió.

—¿Ha oído usted hablar de él? —inquirió Drake.

—¿Y quién no? —contestó ella.

—Quería hacerle unas preguntas respecto a su abuelo —dijo Mason—. Emplé al señor Drake para que la encontrara.

La joven abrió el molde y sacó dos tortitas bien doradas. Las roció con mantequilla derretida, puso sobre el mostrador un tarro de melaza, y entregó una tortita a cada uno y las lonchas de tocino dorado en otro plato.

—¿Un poco más de café? —preguntó.

—No; yo tengo bastante, gracias —aseguró Mason.

Echó melaza sobre la tortita, la cortó y su rostro reflejó sorpresa al cortarla.

Paul Drake rió y dijo:

—No sé cuánto espera usted cobrar en este asunto, Perry; pero estas tortitas constituyen ya unos magníficos honorarios en sí.

—¿Dónde aprendió usted a hacer estas tortitas? —preguntó el abogado.

—Aprendí a cocinar y al abuelo le gustaban estas tortitas. Cuando me encontré sola, me dije que sería un buen plan dedicarme a hacerlas. Ahora está esto un poco parado; pero hace cosa de una hora estaba lleno y, a la salida de los teatros, volverá a

llenarse. Además, se despacha mucho por la mañana, como es natural.

—¿Quién se encarga de despachar por la mañana? —inquirió Mason.

—Yo.

—¿Y a la salida de los teatros?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Trabajo por mi cuenta, trabajo para mí misma, y no tengo empleados. Conque no hay ley que pueda impedirme que trabaje todo lo que quiera...

Drake le dio un rodillazo a Mason y dijo, hablando por un lado de la boca:

—Fíjese en ese pájaro que está mirando por la ventana.

Mason alzó la mirada.

Nat Shuster, con la boca entreabierta, saludaba efusivamente con espasmódicos movimientos de cabeza. En cuanto se dio cuenta de que le había visto Perry, se marchó rápidamente. Mason observó la expresión intrigada que apareció en el semblante de Winifred Laxter.

—¿Le conoce usted? —preguntó.

—Sí; es un cliente. Lleva dos o tres días comiendo aquí. Me hizo firmar un papel esta noche.

Mason depositó lentamente cuchillo y tenedor al lado de su plato.

—¡Ah! —dijo—. Conque le hizo firmar un papel, ¿eh?

—Sí. Dijo que era un amigo y que sabía que yo quería ayudar a llevar a cabo las intenciones de mi abuelo; que, aun cuando hubiese sido olvidada en el testamento, sabía que tenía unas miras lo bastante amplias para comprender que el abuelo podía hacer lo que se le antojase con sus bienes; que, a no ser que los otros nietos pudiera acortar la tramitación, tendrían que esperar la mar de tiempo antes de que pudieran tocar un centavo; pero que yo podía acortar los trámites y ayudarlos si firmaba un papel.

—¿Qué clase de papel era?

—No lo sé. Era un papel que decía algo de que yo sabía que el abuelo no estaba loco, que yo estaba satisfecha con el testamento y que no intentaría impugnarlo... Pero, claro está, aun sin eso yo no

lo hubiera hecho.

Drake miró expresivamente a Perry.

—¿Le pagó a usted algo? —inquirió Mason.

—Se empeñó en darme un dólar. Salió y lo dejó encima del mostrador. Me reí de él y le dije que yo no quería nada; pero me contestó que tendría que aceptar el dólar para que resultara legal. Se mostró muy amable. Me dijo que le gustaban las tortitas y que iba a hacerme propaganda entre sus amigos y mandarme muchos parroquianos.

Perry Mason empezó a comer su tortita otra vez.

—Sí —dijo lentamente—: *es su estilo*.

Winifred Laxter apoyó las manos en el estante de los moldes de tortitas.

—Deduzco —dijo— que se han aprovechado de mi ingenuidad. ¿No es así?

Mason la miró escudriñador. Fue Drake quien respondió a la pregunta. Moviéndola afirmativamente la cabeza y dijo:

—Vaya si se han aprovechado.

Winifred se inclinó hacia ellos.

—Bueno. Y ahora permítanme que les diga yo algo a ustedes. Me tiene sin cuidado. Sabía que Sam Laxter había enviado a ese hombre aquí, y me figuraba que era un abogado. Sabía que estaba intentando hacerme firmar una renuncia a algo, y sabía que lo estaba haciendo porque temía que pudiese yo dar quehacer.

»No sé a qué han venido aquí ustedes dos; pero, con toda seguridad, para convencerme y empezar un pleito. Conque dejémonos de tonterías, salgamos al descubierto y entendámonos de una vez. Así podrán comer ustedes las tortitas más tranquilos.

»Mi abuelo no era idiota. Sabía lo que se hacía. Decidió dejar su fortuna a los dos muchachos. Magnífico. Yo lo encuentro muy bien. Hacía años que vivíamos los tres con él. Nos habíamos acostumbrado a que nos pagase él las cuentas. No nos preocupábamos por dinero. Nos tenía sin cuidado la depresión, la falta de trabajo y el pánico de la Bolsa. El abuelo tenía dinero y lo tenía en efectivo. Nos lo daba con generosidad.

»¿Cuál fue el resultado? Perdimos contacto con el mundo. No sabíamos qué pasaba en el mundo y nos tenía sin cuidado. Éramos

jóvenes; pero tanto hubiera sido que hubiéramos estado retirados y viviendo en un asilo de ancianos e inválidos.

»Yo tenía un par de muchachos amigos que no me dejaban a sol ni a sombra. No acababa de decidir cuál de los dos era el mejor. Ambos eran bastante buenos. A veces creía que me gustaba más el otro. Fui desheredada. Tuve que salir y ponerme a trabajar. Me hice con este negocio y empecé a aprender lo que era la vida. He visto a más gente y conseguido más relaciones, me he divertido más viviendo y trabajando aquí que siendo la favorita mimada de un abuelo rico. Y he acabado con todas las envidias mezquinas y las intrigas de los dos nietos, que temían que me quedara yo con toda la fortuna. Uno de mis amigos empezó a perder todo interés en mí cuando averiguó que yo no iba a tener ya un millón de dólares o algo así a mi nombre. El otro está encantado porque quiere ser él quien me mantenga.

»Ahora piense usted bien todo eso y dígame si cree que voy a presentarme yo ante un tribunal y sacar a relucir los trapitos de mi abuelo y de los otros dos nietos para despertarme luego con un dolor de cabeza o con unos bienes que no deseo para nada.

Perry Mason empujó su taza por el mostrador.

—Deme otra taza de café, Winnie, y yo le mandaré aquí a todos mis amigos.

Sus brillantes ojos miraron al abogado unos instantes; y viendo en él un alma gemela, rompió a reír y dijo:

—Me alegro que comprenda usted. Temí que no comprendiera.

Paul Drake carraspeó.

—Escuche, señorita Laxter está muy bien que piense usted así, pero no olvide que, a lo mejor, no pensará usted *siempre* igual. El dinero es una cosa difícil de conseguir. Le han hecho a usted firmar con engaños algo que nosotros podríamos hacer anular...

Winifred le entregó a Mason una taza llena de café y le dijo expresivamente:

—Explíquele usted la situación a su amigo, ¿quiere?

Mason interrumpió a Paul, pasando una mano sobre su brazo y apretándole con fuerza.

—Paul, usted no ha comprendido. Es usted demasiado comercial. ¿Por qué no olvidarse del dinero y reírse de la vida? No

es el porvenir lo que importa; es el presente. No es lo que uno ahorra, sino lo que gana y la forma en que lo gana.

Winifred movió afirmativamente la cabeza. El detective se encogió de hombros.

—Usted se lo pierde —dijo.

Perry Mason acabó la tortita, comiendo despacio y saboreándola.

—Va usted a tener éxito —dijo apartando el plato vacío.

—El éxito lo he tenido ya; me estoy encontrando a mí misma; me estoy dando cuenta de lo que soy capaz. La cuenta asciende a ochenta centavos.

Mason le entregó un dólar.

—La vuelta déjela debajo del plato. Es la propina para la camarera —sonrió—. ¿Qué tal se llevan usted y Ashton?

—Ashton es un cangrejo viejo —rió ella, manipulando la caja registradora.

Mason observó con estudiada despreocupación:

—Es una lástima que vaya a perder su gato.

Winifred se detuvo, con el cajón de la caja abierto y la mano posada sobre él.

—¿Qué está usted diciendo?

—Sam no quiere permitirle que tenga el gato.

—No tiene más remedio que consentirlo, según el testamento. Tiene que quedarse con Ashton como portero.

—Pero no con el gato.

—¿Es posible que no quiera dejarle a Ashton que se quede con *Escoria*? —exclamó la joven.

—Así es.

—Pero..., ¿no puede echar a *Escoria*!

—Dice que va a envenenarlo.

Mason dio un codazo disimulado a Drake y echó a andar hacia la puerta.

—Aguarde un momento —exclamó ella—. Tenemos que hacer algo para impedir eso. No podemos consentir que se salga con la suya. ¡Si es un verdadero ultraje...!

—Ya veremos lo que podemos hacer —prometió Mason.

—Pero..., escuche... Tiene usted que hacer algo. Tal vez pueda

hacer algo yo. ¿Dónde podría encontrarle?

Perry Mason le dio una de sus tarjetas y dijo:

—Soy el abogado de Ashton. Si se le ocurre a usted algo que pudiera ser de ayuda, no deje usted de decírmelo. Y no firme más papeles.

La puerta de la calle se abrió. Un joven de estatura corriente dirigió una sonrisa a Winifred Laxter; luego miró a Perry Mason con mirada escudriñadora, y por último, al fijarse en Paul Drake, se tornó bruscamente hostil.

El detective le llevaba un palmo de estatura, pero el joven se acercó a él amenazador, y le miró fijamente con ojos grises que no parpadeaban.

—Oiga —preguntó—, ¿qué pretende usted?

Drake contestó sin inmutarse:

—Comer tortitas, amigo. No discuta lo más mínimo con la clientela.

—Es de confianza, Douglas —interpuso Winifred.

—¿Cómo sabes tú que es de confianza? —contestó el joven, sin apartar la mirada de Drake—. Me vino a ver esta tarde con el cuento de que iba a meterse en el negocio de contratista de obras y necesitaba alguien que entendiese de arquitectura para que trabajase con él. Aún no había hablado cinco minutos con él, cuando me di cuenta de que no sabía una palabra del negocio. Yo creo que es un detective.

Paul dijo, sonriendo:

—Es usted mejor detective que yo contratista de obras. No se equivocó en su suposición. Conque..., ¿qué?

El joven se dirigió hacia Winifred.

—¿Quieres que le eche, Winnie? —inquirió.

—No te preocupes, Doug. Te presento al señor Perry Mason, abogado. Ya has oído hablar de él. Este es Douglas Keene, señor Mason.

La expresión del joven cambió.

—Perry Mason —dijo—. ¡Ah...!

Mason le asió la mano y se la estrechó con fuerza.

—Encantado de conocerle, Keene —dijo—. Le presento a Paul Drake.

Al soltarle Mason la mano, la asió Drake.

—Encantado, muchacho. No guardo rencor. Achaques del oficio.

Los ojos grises observaron pensativos a los dos hombres. Luego su rostro reflejó la determinación.

—Vamos a averiguar ahora mismo si todo está bien o no —dijo—. Yo tengo derecho a meter baza en el asunto. Winifred y yo somos prometidos. Vamos a casarnos. Si pudiera mantenerla, me casaría mañana con ella; pero no puedo mantenerla y no quiero que me mantenga ella a mí. Soy arquitecto y ya saben ustedes las probabilidades de medrar que tiene un arquitecto en estos tiempos. Pero estoy completamente seguro que las cosas van a cambiar. Antes de haber transcurrido dos años, cuando la gente comprenda hasta qué punto se ha llegado a la inflación del crédito y se dé cuenta de la escasez de viviendas que va a haber en cuanto las familias se harten de vivir dos en una casa, voy a encontrarme en muy buena situación.

Mason observó el juvenil entusiasmo que se reflejaba en el rostro del muchacho y movió afirmativamente la cabeza.

Paul Drake dijo sin inflexión:

—Sí..., un par de años.

—Y no crean que estoy aguardando a que pase esta crisis —prosiguió Keene—. Estoy trabajando en una estación de gasolina y encantado de haber conseguido el empleo. Hoy estuvo el director general de la compañía en la estación a comprar gasolina, sin que nadie supiera quién era. Y cuando se fue, me dejó una tarjeta, felicitándome por mi manera de atender el negocio.

—Muy bien —dijo Mason.

—Les estoy diciendo a ustedes todo esto —dijo Keene— para que conozcan mi situación y mi actitud, porque voy a averiguar cuál es la actitud de *ustedes*.

Mason dirigió una mirada a Winifred Laxter. Tenía los ojos fijos en el semblante de Douglas. Su rostro estaba encendido de orgullo.

Keene avanzó un paso, de forma que quedó entre los dos hombres y la puerta.

—Vamos —dijo—; yo he echado mis cartas boca arriba sobre la mesa y ustedes van a hacer otro tanto. Peter Laxter murió. No le dejó a Winifred un centavo. En cuanto a mí se refiere, me alegro de

que fuera así. Ella no necesita su dinero. Está mucho mejor ahora de lo que estaba cuando vivía con él. Y voy a mantenerla. Yo no quiero un centavo del dinero de su abuelo y ella no necesita el dinero de su abuelo. Pero me hace muy poca gracia la idea de que ustedes intenten aprovecharse de su inocencia.

Mason dejó caer una mano sobre el hombro del muchacho.

—No intentamos aprovecharnos de ella —aseguró.

—Entonces, ¿qué hacen ustedes por aquí?

—Quiero conseguir unos informes —contestó Mason— para poder representar a un cliente.

—¿Quién es su cliente?

Mason se echó a reír.

—Créalo o no, mi cliente es un gato.

—¿Un qué?

Winifred interrumpió:

—Se trata de Carl Ashton, Doug. Ya sabes que los muchachos no tienen más remedio que conservarle de portero; pero Sam ha amenazado con envenenar al gato. El señor Mason representa a Ashton y están intentando arreglar las cosas para que Ashton pueda quedarse con su gato.

—¿Es posible que Sam Laxter se atreva a amenazar con envenenar a *Escoria*?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Eso sí que es tener malas entrañas —murmuró Keene, hablando muy despacio.

Se volvió hacia Perry Mason.

—Escuche —dijo—: yo no pensaba meterme en el asunto; pero si Sam piensa hacer cosas como ésta, pregúntele qué ha sido de los diamantes Kolstdorf.

Winifred exclamó con brusquedad:

—¡Doug!

El muchacho se volvió hacia ella.

—No me interrumpas —dijo—. Tú no sabes lo que yo sé. Sé unas cuantas cosas de Sam que van a salir a la luz pública. No; no te preocupes, Winnie, no seré yo quien las haga salir. Yo no pienso meterme en el asunto. Es Edith de Voe. Ella...

Winifred le interrumpió con determinación.

—Al señor Mason sólo le interesa el gato, Doug.

Keene se echó a reír, con una risa breve y nerviosa.

—Usted perdone. Es que me he exaltado un poco. No puedo soportar la idea de que nadie envenene a un animal y, si a eso viene, *Escoria* vale por una docena de Samuel Laxter. Bueno..., no me meteré yo en el asunto.

Paul Drake se sentó tranquilamente en uno de los taburetes.

—¿Qué es lo que va a salir a la luz pública respecto a Sam Laxter? —preguntó.

Mason dejó caer una mano sobre el hombro del detective.

—Espérese un poco, Paul. Esta gente se ha portado bien con nosotros; portémonos nosotros bien con ellos.

Se volvió hacia Winifred.

—¿No quiere usted darnos información alguna? —preguntó.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No quiero meterme yo en el asunto, ni quiero que se meta Doug.

Mason asió a Drake del brazo y le empujó por el pasillo que había entre los cubículos por un lado y los taburetes por otro.

—Vamos, Paul —dijo.

Al cerrarse la puerta de la calle tras ellos, Winifred les dirigió una sonrisa y los saludó agitando un brazo.

—¿Por qué hizo usted eso? —protestó Drake—. Ese muchacho sabe algo. Ha estado hablando con Edith de Voe.

—¿Quién es Edith de Voe?

—La enfermera que vivía en la quinta. Me daba el corazón que ella debía de saber algo.

Mason, mirando sombrío de un lado a otro de la calle, murmuró:

—Si pesco a Shuster merodeando por aquí le voy a romper las narices. ¡Mira que entrar ese marrullero y aprovecharse de la muchacha haciéndole firmar un papel así!

—Es su estilo. ¿Qué puede hacer usted ahora? No tiene usted cliente alguno que pueda reventar el testamento. Ese testamento es tan bueno como el otro, ¿verdad?

—Mi cliente es un gato —observó Mason, sombrío.

—¿Puede un gato impugnar un testamento?

El semblante de Mason reflejó la determinación de un luchador

innato.

—Maldito si lo sé —contestó—. Acompañeme. Vamos a visitar a Edith de Voe.

—Pero usted no puede impugnar un testamento a menos que represente a una de las partes interesadas. Dos de las partes interesadas se benefician por el testamento ese. La tercera ha firmado un documento renunciando a sus derechos —protestó el detective.

—Le he dicho a usted antes —observó Mason— que nunca pego en el sitio en que mi adversario espera recibir el puñetazo.

Capítulo 5

Una vez en un taxi, el detective dio a Perry Mason unos cuantos informes pertinentes.

—Su portero Carl Ashton me resulta un poco raro. Iba con Peter Laxter, su amo, y tuvieron un accidente de automóvil. Ashton salió bastante malparado. Intentó conseguir que le pagaran daños y perjuicios y fracasó. El conductor del otro coche no estaba asegurado y no tenía un centavo. Ashton armó bastante jaleo para ver si sacaba algo. Dijo que no había ahorrado un centavo.

—Eso no tiene nada de particular —observó Mason—. Se dice siempre eso en casos así. Podía haber tenido un millón de dólares y haber dicho exactamente lo mismo.

Drake prosiguió hablando con el tono de voz de la persona a quien interesan los hechos principalmente, y no su interpretación.

—Tenía cuenta corriente en la sucursal de un Banco. Que hayamos podido averiguar, es la única cuenta corriente que parece haber tenido en su vida. Depositaba en ella su sueldo íntegro. Ahorró alrededor de cuatrocientos dólares. Después del accidente lo gastó todo y aún debe algo a un médico.

—Un momento. ¿No cargó Peter Laxter con los gastos del accidente?

—No; pero no se precipite en formar juicios. Ashton le dijo a uno de sus amigos que Laxter opinaba que tendría más probabilidades de sacar daños y perjuicios si podía demostrar que había pagado de sus ahorros las cuentas de los médicos y del hospital.

—Prosiga; está usted preparando el terreno para largarme algo. ¿De qué se trata?

—Poco antes de que ardiera la casa, Laxter empezó a hacer

liquidación. No he podido averiguar qué cantidad cobró; pero fue bastante grande. Tres días antes de que se incendiara la casa, Ashton alquiló dos cajas fuertes, grandes. Las alquiló a su nombre, pero le dijo al empleado del Banco que tenía un hermanastro al que quería que se le permitiera abrir las cajas cuando quisiera. El empleado le dijo que tendría que presentarse su hermanastro para hacer reconocer su firma. Ashton contestó que se hallaba enfermo en cama y que no podía moverse; pero que podía llevarse él una de las fichas y hacer que la firmara. Dijo que garantizaría él la firma, que indemnizaría al Banco contra cualquier reclamación y todo eso. El Banco le entregó una ficha. Ashton salió y regresó a la hora con la ficha firmada.

—¿Con qué nombre?

—Clammert... Watson Clammert.

—¿Quién es Clammert? ¿Se trata de un nombre supuesto?

—No; con toda seguridad es hermanastro de Ashton, en efecto. O mejor dicho, lo fue; porque ahora ya ha muerto. No encontré su nombre en el anuario; pero pregunté en el Departamento de Automóviles y descubrí que un tal Watson Clammert tenía licencia de chófer. Tomé nota de las señas, seguí su pista y averigüé que Watson Clammert había muerto a las veinticuatro horas de haber firmado la ficha.

—¿Tenía algo de sospechoso su muerte?

—Nada en absoluto. Murió de muerte natural. Falleció en un hospital. Estuvo asistido constantemente por enfermeras. Pero... y aquí viene lo raro, estuvo en estado de coma cuatro días seguidos antes de morir. No había recobrado el conocimiento ni un solo instante.

—Entonces, ¿cómo diablos pudo haber firmado la ficha?

Drake contestó con voz monótona:

—Eso. ¿Cómo pudo hacerlo?

—¿Que más hay de él? —inquirió Mason.

—Al parecer, él y Ashton son astillas del mismo palo. Ashton se pasó años enteros sin verle ni hablarle. No fue hasta enterarse de que Clammert se estaba muriendo en un hospital que se presentó Ashton a ayudarlo.

—¿Cómo se enteró usted de todo eso?

—Ashton habló bastante con una de las enfermeras. A la muchacha le resultó el viejo simpático. ¡Era tan vengativo y, sin embargo, tenía un corazón tan grande...! Se había enterado de que Clammert estaba enfermo y sin un centavo. Conque empezó a visitar todos los hospitales, uno por uno, hasta encontrar a Clammert sin conocimiento y a las puertas de la muerte. Se rascó el bolsillo e hizo todo lo que pudo. Llamó a especialistas, contrató enfermeras especiales y se pasó mucho tiempo a la cabecera del enfermo. Dio instrucciones a la enfermera para que se le proporcionara a Clammert todo lo que fuera necesario, sin reparar en gastos. Claro está que la enfermera sabía que se estaba muriendo y los médicos lo sabían también; pero naturalmente, no se lo dijeron a Ashton. Le hicieron creer que, a lo mejor, habría alguna probabilidad de que se salvara, aunque era muy difícil.

»Pero para que vea usted lo estrambótico que es su cliente, exigió que cuando Clammert recobrar el conocimiento, no se le dijera nunca quién había sido su benefactor. Ashton les dijo a las enfermeras que habían regañado hacía muchos años y que no se habían visto desde entonces. Y..., ¿por qué cree usted que regañaron?

Mason contestó, irritado:

—Pico, Piernas Largas. ¿Por qué regañaron el Zorro Cojo y la Bella Durmiente?

El detective rió y dijo:

—Por un gato.

—¿Un gato? —exclamó Mason.

—Eso. Un gato llamado *Escoria...* era muy pequeñito por entonces.

Mason hizo un mohín de disgusto.

—Por lo que he podido averiguar —prosiguió Drake—, desde el momento en que Ashton descubrió a su hermanastro hasta que Clammert murió un par de días después, Ashton había gastado alrededor de quinientos dólares en cuentas de hospital y de médico. Lo pagó todo al contado y en efectivo. La enfermera me dijo que llevaba en la cartera un fajo imponente de billetes. Y dígame, ¿de dónde diablos sacó Ashton todo ese dinero?

Mason hizo una mueca.

—Caramba, Paul, yo no quería que desenterrara detalles que perjudican a un cliente *mío*. Quería que desenterrara usted algo que perjudicara a Sam Laxter.

—Bueno —observó Drake, en su voz seca y sin inflexión—; éstas son algunas de las piezas del rompecabezas. A mí me paga usted para que le busque las piezas; a usted le pagan para que las ponga en orden. Si van a formar un cuadro que no le interesa a usted una vez puestas todas en orden, siempre le queda el recurso de perder algunas de las piezas para que no pueda volverlas a encontrar nadie.

Mason se echó a reír; luego dijo, pensativo:

—¿Por qué quería facilitarle Ashton el acceso a la caja fuerte a Clammert?

—La única explicación que se me ocurría a mí —dijo Drake— era que si Clammert se ponía bien, Ashton tenía la intención de darle dinero, pero que no pensaba tener contacto personal alguno con él. Por eso habría acordado darle a Clammert una llave de una de las cajas en las que pensaría poner dinero de cuando en cuando para que Clammert pudiera sacarlo.

—Eso no pega —respondió Mason—; porque Clammert tendría que firmar para que se le permitiera acercarse a la caja, y la firma que presentó Ashton como firma de Clammert no puede haber sido la de él, puesto que se hallaba sin conocimiento.

—Usted gana —dijo Drake—. Eso es lo que yo quería decir cuando dije que los datos que le estoy dando eran las piezas de un rompecabezas. Yo las estoy buscando y usted las pone en orden.

—¿Fue alguien alguna vez a la caja fuerte usando el nombre de Clammert?

—No; Clammert nunca se ha acercado a la caja. Ashton fue varias veces. Fue a ella ayer y volvió hoy. Aun cuando los empleados no querían hablar de ello, mi impresión fue que creían que Ashton había sacado un fajo de billetes de una de las cajas ayer, y otro hoy.

—¿Cómo saben ellos lo que puede sacar uno de una de las cajas?

—Normalmente no lo saben; pero uno de los empleados vio a Ashton meter billetes en una cartera de esas que se usan para documentos.

Perry Mason se echó a reír.

—En la mayoría de los casos —dijo— no podemos averiguar datos hasta que hemos hecho muchísimo trabajo preliminar. En este caso, los datos caen en nuestras manos a espaldas.

—¿Le habló su cliente de los diamantes Koltsdorf? —inquirió Drake.

—¡Caramba! —exclamó Mason—. Me siento igual que el interlocutor de una pareja de payasos. No, señor Drake, el señor Ashton no me dijo una palabra de los diamantes Koltsdorf. ¿Qué hay de los diamantes Koltsdorf...? Ahora, Paul, le toca a usted hablarme de los diamantes Koltsdorf.

El detective se echó a reír.

—Los diamantes Koltsdorf son las únicas joyas que parecen haberle llamado la atención a Peter Laxter. Dios sabe cómo se hizo con ellos. Eran algunas de las piedras sacadas clandestinamente de Rusia por los antiguos aristócratas. Peter Laxter se los enseñó a unos cuantos amigos. Eran, en realidad, brillantes muy grandes.

—Y..., ¿qué hay de ellos?

—Algunas de las otras cosas tal como los billetes, acciones y todo eso, podrían haberse quemado en el incendio. No hubiera sido posible hallar rastro de ellos siquiera. Pero los diamantes Koltsdorf no han sido hallados.

—Unos diamantes podrían esconderse divinamente en los escombros de una casa incendiada —observó Mason.

—Han hecho migas los escombros, han tamizado las cenizas y no sé cuántas cosas más. Pero no han podido dar con los diamantes. Un anillo con un rubí, que Peter Laxter llevaba siempre en la mano izquierda, fue hallado en el cadáver; pero los diamantes, no.

—Cuénteme lo demás. ¿Se ha presentado Ashton con esos diamantes?

—No; que yo haya podido averiguar, no. Pero ha hecho otras cosas raras que son tan comprometidas como eso. Por ejemplo, poco antes del incendio, Laxter había estado en tratos para adquirir una finca. Había ido Ashton con él para verla. Hace un par de días, Ashton se presentó a ver al propietario de la finca y le hizo una oferta. La oferta era de dinero contante y sonante.

—¿Fue rechazada?

—Temporalmente, sí; pero creo que las negociaciones aún están en curso.

Mason frunció el entrecejo, pensativo, y dijo:

—Parece ser que estoy revolviendo un verdadero avispero. Laxter *puede* haber escondido bienes. Ashton *puede* haber estado al tanto de ello. En tal caso, probablemente, no se creería obligado a entregarle el dinero a Sam Laxter en bandeja. Me da en las narices que va siendo hora de que charlemos un rato con Ashton.

Drake dijo, con voz incolora:

—Los dos nietos parecen haber sido un poco juerguistas... sobre todo Sam. Oafley es uno de esos hombres reservados y muy poco gregarios. Sam tenía afición a los automóviles veloces, a los caballos de polo, a las mujeres.

—¿De dónde salía el dinero?

—Del viejo.

—Creí que el viejo era un avaro.

—Era de la virgen del puño con todo el mundo menos con sus nietos. Con ellos era muy liberal.

—¿Cuánto tenía?

—Nadie lo sabe. El inventario de sus bienes...

—Sí... —le interrumpió el abogado—; ya he repasado ese inventario. Al parecer, lo único que quedaba eran los bienes inmuebles; lo demás no ha sido encontrado todavía.

—A no ser que se lo encontrara Ashton —comentó Drake.

—No hablemos de eso. Lo que ahora me interesa es un gato.

—El día anterior al del incendio hubo una pelea bastante gorda en la casa. No he podido averiguar exactamente qué ocurrió; pero creo que esa enfermera puede decírnoslo. Aún no había llegado a hablar con la enfermera... Aquí está su casa.

—¿Cómo se llama...? ¿Durfey?

—No... De Voe... Edith de Voe. Según los informes que he recibido, no es fea la chica. Frank Oafley parecía muy interesado por ella mientras estuvo cuidando al viejo... y la ha seguido viendo después.

—¿Intenciones honorables?

—No me lo pregunte. Yo soy detective, no censor de moralidad. Bajemos.

Mason pagó el coche. Llamaron a la puerta y bajaron por un largo corredor hasta un piso situado en la planta baja. Una mujer pelirroja, de mirada inquieta, movimientos rápidos y nerviosos y cuerpo bien formado, realzado por el vestido que llevaba, les aguardaba en la puerta del piso. Su rostro expresaba desencanto.

—¡Oh! —dijo—. Estaba esperando... ¿Quiénes son ustedes?

Paul Drake hizo una ligera reverencia a continuación y contestó:

—Yo soy Paul Drake. Éste es el señor Mason, señorita de Voe.

—¿Qué desean ustedes?

Hablaba con rapidez, atropelladamente incluso.

—Queríamos hablar con usted —dijo Mason.

—Respecto a trabajo —se apresuró a agregar Paul Drake—. Usted es enfermera, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, pues queríamos hablar sobre el trabajo con usted.

—¿Qué clase de trabajo?

—Yo creo que podríamos discutirlo mejor si entráramos —aventuró Drake.

Ella vaciló unos instantes, miró arriba y abajo del pasillo, luego se apartó de la puerta y dijo:

—Bueno, pueden ustedes entrar; pero sólo unos minutos.

El piso estaba tan limpio y bien cuidado como si se acabara de hacer limpieza general. La joven iba muy bien peinada; llevaba las uñas bien arregladas. Lucía el vestido como quien se ha puesto el fondo de la arquilla.

Drake se sentó cómodamente, como si tuviera la intención de pasarse allí unas horas.

Mason se sentó sobre el brazo de un sillón. Miró al detective y frunció el entrecejo.

—El trabajo de que se trata tal vez no sea exactamente lo que usted se esperaba —dijo Drake—; pero nada se pierde discutiéndolo. ¿Tiene usted inconveniente en decirme qué acostumbra cobrar por día?

—¿Por dos o tres días, o...?

—No; un día nada más.

—Diez dólares.

Drake se sacó un billetero de bolsillo. Extrajo diez dólares, pero

no se los dio en seguida a la enfermera.

—Tengo trabajo para un día —dijo—. Podrá usted hacerlo en una hora; pero no tengo inconveniente en pagar el día completo.

La muchacha se humedeció los labios con la punta de la lengua y miró rápidamente de Mason a Drake. Su voz expresaba desconfianza.

—¿En qué consiste ese trabajo exactamente?

—Queríamos que recordara usted ciertos datos —contestó Drake, envolviéndose los dedos en el billete de diez dólares—. Necesitaría usted, quizá, diez o quince minutos para darnos una idea. Luego podría sentarse y escribirnos ordenadamente en un papel todos los datos que nos hubiera dado.

—Datos..., ¿de qué? —inquirió la muchacha, poniéndose en guardia.

Los ojos vidriosos del detective la miraron sin expresión. Empujó el billete de diez dólares hacia ella.

—Queríamos averiguar todo lo que usted supiese acerca de Peter Laxter.

La enfermera tuvo un sobresalto y miró, de un semblante a otro, con alarma, diciendo:

—¡Ustedes son detectives!

—Pongámoslo de la siguiente manera —respondió Drake—. Buscamos ciertos informes. Deseamos datos concretos y nada más que datos concretos. No vamos a meterle a usted en ningún lío.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—; el señor Laxter me contrató como enfermera. Resultaría contrario a la ética de la profesión el revelar ninguno de sus secretos.

Perry Mason se inclinó hacia delante y tomó parte en la conversación.

—¿Se quemó la casa, señorita De Voe?

—Sí; se quemó la casa.

—Y..., ¿se hallaba usted en algún lugar de ella en aquellos momentos?

—Sí.

—¿Cómo ardió la casa...? ¿Bastante aprisa?

—Muy aprisa.

—¿Tuvo usted dificultad en salir?

—Estaba despierta. Olí humo y creí, al principio, que no sería más que un poco de humo del incinerador. Luego decidí investigar. Me puse una bata y abrí la puerta. La parte sur de la casa se hallaba envuelta en llamas entonces. Grité, y después de unos minutos... Bueno, me parece que quizá no debiera decir una palabra más.

—¿Sabía usted que estaba asegurada la casa? —inquirió Mason.

—Sí; supongo que sí.

—¿Sabe usted si ha sido pagado el seguro?

—Creo que sí. Creo que le fue pagado al señor Samuel Laxter. El albacea es él, ¿verdad?

—¿Había alguien en aquella casa que no le resultara a usted muy agradable? —preguntó Mason—. ¿Alguien que le fuera especialmente antipático?

—¿Por qué me hace usted semejante pregunta?

—Cuando ocurre un incendio —dijo Mason, lentamente— que puede tener por resultado la pérdida de vidas y en el que una persona murió en efecto, las autoridades acostumbran hacer una investigación. Esa investigación siempre se completa por la fecha del incendio; pero cuando *llega* a llevarse a cabo, siempre es prudente que los testigos declaren lo que sepan.

Meditó ella sobre estas palabras unos instantes, durante los cuales parpadeó repetidas veces.

—¿Quiere usted decir con eso que si no hablase pudiera sospecharse que yo hubiese prendido fuego a la casa para deshacerme de una persona que me fuera antipática? Eso es *absurdo*.

—Se lo preguntaré de otra manera —dijo Mason—. ¿Había alguien en la casa que le fuera a usted *simpática*?

—¿Qué quiere usted decir con eso, exactamente?

—Nada más que lo siguiente: No puede una persona hallarse reunida con otras bajo el mismo techo durante una temporada sin sentir simpatías y antipatías. Supongamos, por ejemplo, que hubiera una persona que le era simpática y otra que le fuera antipática. Nosotros vamos a conseguir datos acerca del incendio. Vamos a conseguirlos de *alguien*. Si los consiguiéramos de usted, tal vez fuera mejor para todos que si los consiguiéramos de la persona que a

usted le es antipática, sobre todo si dicha persona intentara cargarle la responsabilidad a la persona que le era a usted *simpática*.

Ella pareció ponerse rígida en su asiento.

—¿Quiere usted decir con eso que Samuel Laxter ha acusado a Frank Oafley de haber empezado el fuego?

—De ninguna manera —respondió Mason—. Me estoy absteniendo deliberadamente de declarar hecho *alguno*. No estoy repartiendo información. He venido a obtenerla.

Hizo una seña al detective con la cabeza.

—Vamos, Paul —dijo.

Se puso en pie.

Edith de Voe se puso en pie de un brinco y casi corrió a interponerse entre Mason y la puerta.

—Un momento. No comprendí exactamente lo que deseaban ustedes. Les diré todo lo que sé.

—Queríamos saber muchas cosas —dijo Mason dubitativamente, como si vacilara en volver a su asiento—. No sólo del incendio, sino de las cosas que le precedieron. Me parece que será mejor que obtengamos los informes por otro lado, después de todo. Queríamos saber todo lo posible acerca de la vida y costumbres de la gente que vivía en la casa y usted, siendo enfermera... Más vale que no le metamos a usted en el asunto.

—¡No, no! ¡No hagan ustedes eso! Vuelvan aquí. Les diré cuanto sepa. Después de todo, no hay nada que sea confidencial, y si van a conseguir los informes que buscan, prefiero que los conozcan ustedes por mí. Si Sam ha insinuado siquiera que Frank Oafley tuvo algo que ver con el incendio, ¡es un embuste mediante el cual Sam espera salvar su propio pellejo!

Mason suspiró. Luego, con aparente mala gana, volvió al sillón, se sentó de nuevo en el brazo y dijo:

—Estamos dispuestos a escuchar unos minutos, señorita De Voe, pero tendrá usted que darse prisa. Nuestro tiempo es oro y...

La joven rompió a hablar con rapidez.

—Comprendo todo eso. Me pareció, por entonces, que el incendio tenía algo raro. Se lo dije a Frank Oafley y él me dijo que debía callarme. Grité e intenté despertar al señor Laxter... es decir, a Peter Laxter, el viejo. Para entonces las llamas envolvían ya todo

aquel extremo de la casa. Seguí gritando y subí, a tientas, la escalera. Allí hacía calor y estaba lleno de humo; pero no había llamas. El humo me molestaba una barbaridad. Frank me siguió y me detuvo. Dijo que nada podía hacer yo. Nos quedamos parados en la escalera, gritando para intentar despertar al señor Laxter; pero no obtuvimos contestación. Nubes de humo negro subían por la escalera. Volví la cabeza y vi unas llamas que empezaban a arrancar del suelo cerca del pie de la escalera y comprendí que tendríamos que marcharnos de allí. Salimos por el ala norte. Yo estaba casi asfixiada por el humo. Tuve los ojos enrojecidos e inyectados en sangre durante dos o tres días.

—¿Dónde estaba Sam Laxter?

—Le vi a él antes de ver a Frank. Iba en pijama y con albornoz y gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!». Parecía haber perdido la cabeza.

—¿Qué hacían los bomberos?

—No llegaron hasta que la casa hubo quedado medio destruida. Estaba muy aislado el edificio, ¿sabe?

—¿Es una casa grande?

—¡Demasiado grande! —contestó la enfermera, con vehemencia—. Había demasiado trabajo en ella para la servidumbre que tenían.

—¿Qué servidumbre había?

—La señora Pixley; una muchacha llamada Nora, creo que se apellidaba Abbingdon, pero no estoy segura, y Jim Brandon, el chófer. Nora era una especie de criada para todo. No vivía allí. Se presentaba todas las mañanas a las siete. La señora Pixley se encargaba de la cocina.

—¿Y el portero Carl Ashton? ¿No estaba allí?

—Sólo alguna que otra vez. Se cuidaba de la casa de la ciudad. Se presentaba a veces en la quinta, cuando el señor Laxter se lo pedía. Había estado allí la noche del incendio.

—¿Dónde dormía Peter Laxter?

—En el segundo piso, ala sur.

—¿A qué hora se declaró el incendio?

—A eso de la una y media de la madrugada. Debían de ser las dos menos cuarto cuando me desperté yo. La casa llevaba ardiendo ya algún tiempo.

—¿Por qué la empleaba a usted? ¿Qué tenía el señor Laxter?

—Había sido víctima de un accidente de automóvil, y como consecuencia de ello había quedado con los nervios en bastante mal estado. A veces no podía dormir, y le inspiraban las drogas un disgusto profundo. No quería permitirle al médico que le diera nada para dormir. Yo había sido masajista, y le daba masaje cuando tenía uno de esos ataques de nervios. Le aliviaba la tensión. Tomándose un baño de agua caliente, dejando que el agua le corriera por el cuerpo, y un masaje después, conseguía relajarle y que se durmiera. Además, tenía complicaciones cardíacas. A veces tenía yo que darle inyecciones... de estimulantes cardíacos, ¿comprende?

—¿Dónde estaba Winifred la noche del incendio?

—Estaba dormida. Nos costó algo de trabajo levantarla. Creí, durante unos momentos, que habría sucumbido bajo los efectos del humo. Su puerta estaba cerrada con llave. Los muchachos casi la echaron abajo antes de que se despertara.

—¿Dónde estaba? ¿En el ala norte o en la sur?

—En ninguna de las dos. Estaba en el centro de la casa, a Oriente.

—¿Y los muchachos? ¿Dónde dormían?

—En el centro de la casa, a Occidente.

—¿Y la servidumbre?

—Toda ella ocupaba el ala norte.

—Si usted estaba allí como enfermera del señor Laxter y él padecía del corazón, ¿por qué no dormía usted donde se encontrara cerca de él por si le daba un ataque?

—Sí que dormía cerca de él. El señor Laxter tenía instalado un pulsador eléctrico en su cuarto, de forma que no tenía más que hacerme una señal y yo le contestaba con otra, para que supiera que acudía.

—¿Cómo le contestaba?

—Oprimiendo un pulsador.

—¿Que hacía sonar un timbre en su cuarto?

—Sí.

—¿Por qué no tocó usted ese timbre la noche del incendio?

—Sí que lo tocamos. Eso fue lo primero que hice. Corrí a mi cuarto y toqué el timbre repetidas veces. Luego, al no recibir contestación, empecé a subir la escalera. El fuego debió cortar los

hilos.

—Ya. ¿Había mucho humo?

—Sí; la parte central de la casa estaba llena de humo.

—¿Qué había pasado el día anterior al que se produjo el incendio?

—¿Qué quiere usted decir?

—Se había regañado por algo, ¿eh?

—No... no precisamente eso. Había habido jaleo entre Peter Laxter y Sam. No creo que Frank tuviera nada que ver en el asunto.

—¿Se metió a Winifred en la riña?

—No lo creo. No fue más que una discusión entre el viejo y Sam Laxter. Tenía algo que ver con Laxter y el juego.

—¿Tiene usted la menor idea de cómo empezó el fuego? —inquirió Mason.

—¿Quiere usted decir si lo prendió alguien?

Mason dijo lentamente:

—Ya ha esquivado usted la cuestión demasiado, señorita De Voe... *¡díganos usted lo que sabe acerca de ese incendio!*

Ella respiró hondamente. Su mirada vaciló.

—¿Hay manera de que pudiera iniciar una persona un incendio mediante el procedimiento de llenar un horno de gases procedentes del escape de un automóvil? —preguntó.

Drake movió negativamente la cabeza.

—No —dijo—; no son los gases de un escape. Baje de las nubes y...

—Aguarde un momento, Paul —le interrumpió Perry Mason—. Averigüemos exactamente lo que quiere decir con eso.

—No tiene importancia, a menos que se pudiera empezar un incendio así —murmuró ella evasivamente.

El abogado, dirigiendo una mirada de aviso al detective, movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Sí; creo que tal vez pudiera iniciarse un incendio así.

—Pero tendría que iniciarse varias horas después de haber metido los gases en el horno.

—¿Quiere usted decirnos exactamente cómo fueron metidos los gases en el horno? —inquirió Mason.

—Pues verá usted. El garaje formaba parte de la casa. Había tres

coches en él. La casa estaba construida sobre una pendiente y el garaje se hallaba en la esquina sudoeste, abajo de la pendiente. Supongo que cuando construyeron la casa encontraron que quedaba un poco más de sitio debajo de la cocina y el arquitecto decidió montar un garaje allí en lugar de hacer un edificio separado o...

—Sí —se apresuró a decir Mason—; comprendo perfectamente lo que usted quiere decir. Hábleme de los gases del escape.

—Bueno, pues había salido a dar un paseo y regresaba a la casa cuando oí el ruido de un coche en marcha dentro del garaje. La puerta del garaje estaba cerrada; pero el motor seguía en marcha. Creí que alguien se había ido y dejado el motor de su coche en marcha, sin darse cuenta; conque abrí la puerta... hay una puertecita lateral... no la puerta grande, corrediza, que se abre para sacar los coches... y encendí las luces.

Mason se inclinó hacia ella.

—¿Qué encontró usted? —preguntó.

—Sam Laxter estaba sentado en su automóvil, con el motor en marcha.

—¿El motor de su automóvil estaba en marcha?

—Sí.

—¿Despacio?

—No; muy aprisa. Como si estuviese echando una carrera. Si hubiera estado funcionando despacio, yo no lo hubiera oído.

—¿Y cómo metió los gases del escape en el horno? —preguntó Paul Drake.

—Eso es lo raro. Me fijé casualmente en que corría un tubo desde el escape hasta la tubería de la calefacción. El horno era un horno de gas, que suministraba aire caliente. Estaba en un sótano, en el fondo del garaje.

—¿Cómo sabe usted que el tubo de escape iba a parar a la tubería?

—¡Le digo a usted que lo vi yo misma! Vi un tubo que partía del escape, corría por el suelo y luego se metía en una tubería. Las tuberías del horno... es decir, algunas de ellas... subían del horno a la casa a través del garaje.

—¿Sabía Sam Laxter que había usted visto el tubo que salía del escape?

—Sam Laxter —dijo con énfasis— estaba borracho. Apenas podía tenerse en pie. Paró el motor y me habló de bastante mala forma.

—¿Qué le dijo?

—Dijo: «¡Váyase usted al mismísimo demonio! ¿Es que no puede una persona estar a solas sin que tenga usted que asomar las narices?».».

—¿Qué contestó usted?

—Di media vuelta y salí del garaje.

—¿No le dijo usted nada?

—No.

—¿Apagó usted las luces al salir?

—No; dejé la luz encendida para que Sam pudiera ver para salir.

—¿Cómo sabe usted que estaba borracho?

—Por la forma en que estaba tirado en el asiento y por el tono de su voz.

Mason contrajo las pupilas...

—¿Vio usted claramente su semblante? —preguntó.

Ella frunció el entrecejo unos instantes y dijo:

—Me parece que no vi su *cara*. Llevaba un sombrero «Stetson» grande, color crema, y cuando encendí la luz, lo primero que vi fue su sombrero. Me acerqué, por un lado, al coche. Estaba caído sobre el volante y cuando llegué al lado del automóvil, bajó la cabeza... Ahora que lo pienso, no llegué a ver su cara en absoluto.

—¿Reconoció usted su voz?

—Tenía la voz gruesa y pastosa... como la tiene un hombre cuando ha estado bebiendo.

—En resumen —dijo Mason—: que si tuviera que declarar ante un tribunal, no podría usted jurar que fuese Sam Laxter el hombre a quien usted había visto en el coche, ¿verdad?

—Claro que sí. No había ninguna persona en la casa que llevara un sombrero así, más que él.

—En tal caso, está usted identificando el sombrero y no a la persona.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cualquiera podía haberse puesto ese sombrero.

—Sí —contestó ella con acidez—; *podía*.

—Tal vez sea importante. Y si tuviera usted que prestar declaración, la interrogarían sin piedad.

—¿Quiere usted decir con eso que tendría que prestar declaración acerca de cómo empezó el incendio?

—Algo así. ¿Cómo sabe usted que no era Frank Oafley el que estaba al volante?

—Sé que no lo era.

—¿Cómo?

—Pues, si quiere usted saber, porque había salido de paseo con Frank Oafley. Me separé de él en la esquina de la casa. Él dio la vuelta hacia la parte de delante y yo me dirigí a la parte de atrás. Por eso pasé por delante del garaje. Y entonces oí el motor en marcha.

—¿Y el chófer? ¿Cómo se llama? Jim Brandon, ¿verdad?

—Así es.

—¿Podía haber sido el chófer?

—No; a menos de que llevara puesto el sombrero de Sam Laxter.

—¿A quién más ha hablado usted de esto?

—A Frank.

—¿Acostumbra usted llamarle por el nombre de pila?

La muchacha apartó rápidamente la mirada. Luego volvió a alzarla y lo miró con desafío.

—Sí —dijo—. Frank y yo somos íntimos amigos.

—¿Qué dijo él cuando le habló usted del asunto?

—Dijo que los gases de un escape no podían ocasionar un incendio y que no haría más que armar jaleo si hablaba del asunto. Conque era mucho mejor que me callara.

—¿A quién más se lo dijo usted?

—Al amigo de Winifred... no a Harry Inman... al otro.

—¿Se refiere usted a Douglas Keene?

—Eso es; a Douglas Keene.

—¿Quién es Harry Inman?

—Era un muchacho que la estaba apremiando para que se casase con él. Yo creo que Winifred sentía por él cierta preferencia; pero en cuanto averiguó que no iba a heredar un centavo, perdió interés en ella por completo.

—¿Qué dijo Douglas Keene cuando usted se lo dijo?

—Douglas Keene dijo que le parecía una prueba de la mayor importancia. Me hizo infinidad de preguntas acerca de dónde iba a parar cada tubería y quiso saber si la tubería que estaba acoplada al escape conducía a la alcoba de Peter Laxter.

—Y..., ¿conducía a dicho cuarto?

—Creo que sí.

—Y luego..., ¿qué?

—Me aconsejó que contara a las autoridades lo que había visto.

—¿Lo hizo usted?

—Aún no. Estaba aguardando a... un amigo... Quería que me aconsejara antes de dar un paso que pudiera armar jaleo.

—¿A qué hora se encontró a Sam en el garaje?

—A eso de las diez y media.

—Eso fue una cuantas horas antes del incendio. ¿Sabe usted si Sam entró en casa inmediatamente después de eso?

—No; no lo sé. Me enfureció tanto lo que me dijo, que me marché para no abofetearle.

—Pero... debió regresar a la casa antes del incendio, puesto que llevaba pijama y albornoz cuando le despertó a usted el incendio.

—Sí; así es.

—¿Estaba vestido del todo cuando le vio usted en el coche?

—Creo que sí.

—¿Dice usted que encendió las luces?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Las luces del garaje estaban apagadas?

—Sí.

—¿La puerta estaba cerrada?

—Sí.

—Así, pues, la última persona que entrara un coche en el garaje tendría que haber cerrado la puerta tras sí, ¿no es eso?

—Sí; naturalmente.

—Y..., ¿el interruptor estaba cerca de la puertecilla?

—A pocas pulgadas de ella. ¿Por qué?

—Porque —dijo Mason lentamente— si Laxter había entrado en el garaje con su coche, tenía necesariamente que haberse bajado del coche, haberse acercado a la puerta del garaje, haberla cerrado, haber apagado las luces y a continuación haber vuelto a su coche.

Después de todo, no es costumbre meter un coche en un garaje haciendo que se filtre por una puerta cerrada.

—Bueno, y..., ¿qué?

—Si estaba tan borracho que no podía parar el motor y estaba tirado sobre el volante dejándolo correr, apenas parece posible que pudiera levantarse, cerrar las puertas del garaje, apagar las luces y volverse a subir a su coche.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—No había pensado en eso.

—¿Espera usted la llegada de ese amigo que ha de aconsejarle qué hacer?

—Sí; de un momento a otro.

—¿Tendría usted inconveniente en decirme su nombre?

—No creo que haya necesidad de meterle a él en el asunto.

—¿Se trata de Frank Oafley?

—Me niego a contestar.

—Y..., ¿no piensa usted hablar de esto a las autoridades, a no ser que su amigo le aconseje que lo haga?

—No pienso comprometerme en eso. No me pongo por completo en manos de mi amigo. Sólo voy a pedirle un consejo.

—Pero tiene usted el presentimiento de que, de una manera o de otra, el incendio fue provocado por los gases del escape. ¿No es eso?

—Yo no soy mecánico. No sé una palabra de automóviles. No sé una palabra de hornos de gas. Pero si sé que hay una llama en el horno de gas continuamente y me pareció a mí que si la mezcla del carburador era fuerte y hubiesen sido echados gases de gasolina al horno, podían haber estallado y provocado un incendio.

Mason bostezó abiertamente, miró a Drake y dijo:

—Me parece a mí, Paul, que eso no va a ayudarnos gran cosa. No hay manera de que esos gases puedan haber provocado un incendio.

Ella miró de uno a otro con desencanto.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

—Entonces, ¿por qué estaba enchufada esa goma al escape y a una de las tuberías de la calefacción?

Mason le paró con otra pregunta:

—¿No había más que una luz en el garaje?

—Una nada más. Una luz muy brillante, que colgaba en el centro del garaje.

—¿No le parece a usted posible que lo que usted viera fuese una cuerda y no un tubo?

—No, señor... era una tubería flexible de goma... e iba desde el escape del coche de Sam Laxter hasta un agujero que había sido practicado en el tubo de la calefacción. Era un tubo muy ancho, ¿sabe?, cubierto de asbesto. Ese aire caliente subía por él a la alcoba y a la sala de Peter Laxter.

Mason movió afirmativa y pensativamente la cabeza.

—Le diré lo que haré —dijo—. Daré una vuelta y, si decide usted contarle todo a las autoridades, tal vez pueda ayudarla a ponerse en contacto con algunos de los miembros de la Brigada Criminal que no sean tan escépticos y duros como el sargento Holcomb.

—Me gustaría eso —contestó ella, sencillamente.

—Bueno; reflexionaremos y la llamaremos por teléfono si se nos ocurre alguna idea nueva. Entretanto, puede usted informarnos de lo que le aconseje hacer su amigo. Si decide decírselo a las autoridades, avísenos.

Ella afirmó lentamente con la cabeza.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

Mason asió a Drake del brazo y, mediante una suave presión, le empujó hacia la puerta.

—La llamaremos más tarde, esta noche —dijo—. Le estamos sumamente agradecidos por haber hablado con nosotros.

—No ha resultado suplicio ni mucho menos —sonrió ella—. Yo les he contado, con mucho gusto, cuanto sabía.

Una vez en el corredor, el detective miró al abogado.

—Bueno —dijo Mason riendo—, pues el gato se queda.

—Eso deduje —observó Drake—. Pero no veo claramente cómo piensa jugar las cartas.

Mason condujo al detective al extremo del corredor y bajó la voz hasta hablar en un suspiro.

—Cuando vuelva a ver a mi estimado contemporáneo Nat Shuster le diré que se lea la Sección 258 del Código, que declara

que ninguna persona culpable del asesinato de otra tiene derecho a heredar parte alguna de sus bienes, sino que la parte que pudiera corresponderle debe ir a los otros herederos.

—Veamos si calculamos la mecánica de este asunto de la misma manera —dijo Drake.

—Claro que sí. Está claro. El horno de aire caliente tenía gran cantidad de tuberías que iban a parar a distintas habitaciones de la casa. Cada una de dichas tuberías tenía un regulador para poder cortar el calor de las habitaciones que no estuvieran utilizándose. Sam Laxter cometió un asesinato por un procedimiento muy sencillo. Metió su coche en el garaje, enchufó un trozo de goma flexible al escape, hizo un agujero en la tubería que suministraba aire caliente a la alcoba de Peter Laxter y cerró el regulador que había más abajo. Luego se sentó en su automóvil con el motor en marcha. El mortífero gas de monóxido del escape del automóvil pasó por el tubo flexible de la tubería de la calefacción, hasta la alcoba de Peter Laxter.

»Observe el diabólico ingenio de que dio muestras. No tenía más que poner en marcha el motor de su automóvil para conseguir que muriera de muerte sin dolor otra persona situada en un cuarto muy alejado del motor. Luego prendió fuego a la casa. En la sangre de las personas que han expirado en edificios quemados acostumbra hallarse monóxido de carbono: Era un hermoso caso de asesinato, y al parecer, el único testigo es esta enfermera pelirroja que le pilló *in fraganti* y el único motivo de que siga viva es que Sam Laxter cree que ella no se ha dado cuenta del significado de lo que vio. O tal vez no sabe que la muchacha vio el tubo enchufado al escape.

El detective se sacó del bolsillo una tira de goma de mascar y dijo:

—¿Qué hacemos ahora?

—Nos ponemos en contacto con el fiscal —replicó Mason—. Siempre ha dicho que un abogado criminalista usa su inteligencia para evitar que los asesinos paguen las consecuencias de sus crímenes. Ahora voy a darle una sorpresa enseñándole el asesinato perfecto que he descubierto donde sus propios agentes no han podido sacar nada en limpio.

—Parece un bastidor tan endeble de pruebas en que basar una

acusación de asesinato... —objetó el detective.

—No tiene nada de endeble. Fíjese en que la hora era a las diez y cuarto de la noche aproximadamente. Hacía varias horas que anocheciera. Las puertas del garaje estaban cerradas. Sam fingió hallarse borracho. Pero a la fuerza tiene que haberse apeado, cerrado las puertas del garaje, vuelto a su asiento y conservado el motor en marcha. Tiene que haber enchufado la goma al escape y luego haber empalmado con la tubería que conducía al cuarto de su abuelo. Entonces ya no tenía nada que hacer más que poner el motor en marcha. Con toda seguridad, no necesitó tenerlo en marcha mucho rato. Si no recuerdo mal la medicina forense, el gas del escape de un automóvil produce monóxido de carbono a razón de un pie cúbico por minuto por cada veinte caballos de fuerza. Un garaje corriente puede llenarse de gases mortíferos en cinco minutos con un solo motor en marcha. El exponerse a una atmósfera que tenga aunque no sea más que 0,2 por ciento de gas, causa resultados letales con el tiempo. Las indicaciones *post mortem* son una sangre muy brillante, de color cereza. El gas afecta a la sangre de forma que no puede distribuir oxígeno a los tejidos. Estas indicaciones se acostumbran encontrar en la sangre de las personas que mueren en un incendio.

»Hemos de reconocer que Samuel C. Laxter es muy inteligente. Si no hubiera sido porque esa enfermera tropezó accidentalmente con él, hubiera cometido el asesinato perfecto.

—¿Va usted a poner todo este asunto en manos del fiscal? —inquirió Drake, con la cara desprovista de expresión.

—Sí.

—¿No sería mejor que averiguara primero qué pinta el cliente de usted toda esta cuestión?

Mason respondió lentamente:

—No: me parece que no. Si mi cliente ha hecho mal no pienso intentar escucharle. A mí se me ha contratado para que me encargue que se quede con su gato y, ¡voto a tall!, que se quedará con su gato. Si él se ha encontrado dinero que pertenece a la testamentaría y que ha cometido un desfalco, ése es un asunto completamente distinto. Y no pierda usted de vista que Peter Laxter puede haberle hecho un regalo válido de ese dinero antes de morir.

—Narices —respondió el detective—. Peter Laxter no esperaba morir, por lo tanto, no había razón para que regalase su dinero.

—No esté usted tan seguro de eso —dijo Mason—. Alguna razón tendría para convertir sus bienes en dinero contante y sonante. Pero dejemos de hacer cábalas sobre eso, Paul. Lo principal, en un pleito, es que el cliente del adversario se vea obligado a estar siempre a la defensiva y evitar que el cliente propio se vea en una posición que le obligue a dar la mar de explicaciones. Sea como fuere, telefonaré a Ashton y le diré que creo que su gato está seguro.

El detective se echó a reír.

—Eso es como matar canarios a cañonazos —dijo—. ¡Cuidado que nos estamos metiendo en ramificaciones nada más que para conservar vivo un gato!

—Y —agregó Mason— para demostrarle a Nat Shuster que no puede tomar atajos conmigo y quedarse tan tranquilo. No olvide usted su parte, Paul.

—Hay un teléfono en el bar de la esquina.

—Bien, Paul. Telefonaremos a Ashton y al fiscal del distrito.

Doblaron la esquina. Mason echó una mirada al aparato, marcó el número que figuraba en el listín bajo el nombre de Peter Laxter y preguntó por Carl Ashton. Tardó varios minutos en oír la voz del hombre al aparato.

—Perry Mason al habla, Ashton. No creo que tenga usted necesidad de volverse a preocupar del gato *Escoria*.

—¿Por qué no? —preguntó Ashton.

—Me parece que Sam Laxter va a tener las manos llenas —explicó Mason—. Creo que va a estar la mar de ocupado. No le diga usted nada aún a ninguno de los criados; pero creo que existe la posibilidad de que sea llamado Sam Laxter al despacho del fiscal a responder a ciertas preguntas.

La voz del portero sonó con áspera estridencia:

—¿Puede usted decirme acerca de qué?

—No; ya le he dicho todo lo que me es posible decirle. Ahora sea usted reservado y no hable a nadie del asunto.

En la voz de Ashton se notaba una inquietud creciente.

—Un momento, señor Mason. No quiero que vaya usted demasiado lejos en esto. Tengo mis razones para no querer que el

fiscal empieza a hacer preguntas.

El tono de Mason no admitía réplica. Dijo:

—Usted me contrató para que impidiera que fuese envenenado su gato. Yo voy a hacer eso y nada más.

—Pero... esto es una cosa muy distinta —aseguró Ashton—. Quiero hablar con usted del asunto.

—Véame mañana, pues. Entretanto, dele a *Escoria* un plato de leche de mi parte.

—Pero... es preciso que le vea a usted si el fiscal va a empezar una investigación.

—Bueno, pues véame mañana —contestó Mason, colgando el auricular.

Hizo una mueca al dejar el teléfono y encararse con el detective.

—Esos malditos casos de gatos —dijo— dan muchísimo más quehacer de lo que valen. Vamos a buscar al fiscal.

—¿Parecía tener la conciencia poco tranquila? —inquirió Drake.

Mason se encogió de hombros.

—Mis clientes nunca tienen la conciencia tranquila, Paul. Y después de todo, no olvide que mi cliente es un gato.

Drake se echó a reír y dijo:

—Comprendo perfectamente; pero nada más que de paso, me gustaría saber de dónde sacó Ashton ese dinero. Escuche, Perry; empieza a llover. Preferiría usar mi automóvil si es que hemos de ir a alguna parte.

—Lo siento, Paul. Hemos de ir a algunas partes; pero no tendrá usted ocasión de buscar su coche... iremos demasiado aprisa. Sacaré el mío. Podremos usarlo.

Drake soltó un gemido.

—Me lo estaba temiendo. Conduce usted a una velocidad de mil demonios por la carretera mojada.

Capítulo 6

El fiscal Hamilton Burger tenía algo que recordaba a un oso. Era de espaldas anchas, cuello grueso y, cuando se movía, sus brazos tenían el ritmo peculiar de músculos bien coordinados.

—Ya sabe usted, Mason —dijo—, que tengo ganas de cooperar con usted siempre que sea posible la cooperación. Le he dicho antes, y volveré a decirle, que me horroriza perseguir a una persona inocente; pero le digo también que no me gusta que me use nadie como instrumento.

Mason estaba sentado, silencioso. Paul Drake estaba tirado en una silla, con las larguísimas piernas estiradas y la vidriosa mirada fija en la puntera de sus zapatos y se las componía para parecer aburrido.

—En la última causa que llevamos ante el tribunal, yo estaba dispuesto a cooperar con usted; pero se las dio usted de listo conmigo —le acusó Burger.

—No me las di de listo con usted —contestó Mason—. Se negó usted a creerme cuando le dije que no sabía dónde estaba aquella testigo. Usted creyó que yo estaba protegiendo a la persona culpable. Empezó usted a hacer su juego; conque yo me puse a hacer el mío.

—Cuando me hice cargo de la fiscalía —prosiguió Burger— intenté retener el mayor número de ayudantes familiarizados con el trabajo que me fuera posible. He descubierto que dichos ayudantes desconfían invariablemente de usted. Creen que usted anda siempre intentando lucirse a costa de la fiscalía.

—La fiscalía estaba intentando siempre lucirse a costa mía —replicó Mason—. Como es natural, yo procuraré defenderme. Si usted quiere jugar limpio conmigo, yo jugaré limpio con usted. Si

quiere usted gastarme jugarretas, se las gastaré yo a usted.

Burger se puso a pasear por el cuarto, nervioso. Volvió la cabeza como un oso que olfatea el viento y dijo:

—Es usted un buen abogado, Mason.

Perry Mason guardó silencio.

Burger giró sobre sus talones y siguió andando en dirección contraria. Dijo, lanzando las palabras por encima del hombro:

—Pero es usted mejor detective que abogado. Cuando se concentra en la solución de un crimen, siempre saca usted la verdad. Eso no impide que usted defienda a clientes culpables.

Mason nada dijo.

Burger dio una vuelta más; luego se detuvo bruscamente, se volvió a Mason, le señaló con un dedo y dijo:

—Si la gente de mi despacho pensara que iba yo a dar paso alguno basándome en informes que usted me hubiese dado, creería que me estaba usted usando como instrumento para sus fines.

—Ése es el motivo de que me haya dirigido a usted personalmente en lugar de dirigirme a uno de sus ayudantes. Aquí tiene usted la oportunidad de hacer algo, demostrar que lo que parecía una muerte accidental era, en realidad, un asesinato. No le pido a usted favor alguno. No hago más que presentarle una ocasión para que se luzca, puede usted dejarla o tomarla. A mí me interesa ese asunto por un gato y, si quiere que le diga la verdad, mis honorarios en este caso son diez dólares justos.

Burger sacó un puro del bolsillo del chaleco, arrancó la punta de un mordisco, encendió una cerilla en los ladrillos de la chimenea y prendió el cigarro. Suspiró y dijo:

—Bueno; el doctor Jason ha venido a visitarme esta noche por casualidad. Voy a llamarle. Si a él le parece la cosa razonable, vamos a hacer una investigación relámpago. Sabré si quiero seguir adelante o correr a esconderme cuando empieza la publicidad.

Perry Mason encendió un cigarrillo.

—Perdóneme un momento —dijo Burger—. Llamaré al doctor Jason y telefonearé a Tom Glassman, el jefe de mis investigadores, y le haré venir aquí inmediatamente.

Al cerrarse la puerta tras el fiscal, Paul Drake dirigió una mirada a Perry Mason. Adornaba el semblante del detective su habitual

expresión humorística.

—Observo que no le dijo usted nada de la extraña y brusca fortuna de su cliente Carl Ashton.

—Sólo me interesa denunciar los hechos que puedan señalar hacia un asesinato —contestó Mason.

Drake volvió a mirar la punta de sus zapatos.

—Si yo fuera fiscal —dijo—, no estoy seguro de que estaría dispuesto a cooperar con usted, Perry.

—Cuando un hombre juega limpio conmigo, yo juego limpio con él —insistió el abogado.

—Sí; pero que Dios le ampare si intenta alguna vez tomarle la delantera —dijo Drake, lúgubre y suspirando.

Se abrió la puerta del cuarto y el doctor Jason, alto y delgado, de ojos pardos, contempló a los dos hombres.

—Buenas tardes, Mason —dijo—. No creo conocer al señor Drake.

Drake dobló lentamente las rodillas, se alzó de su asiento y extendió con languidez la mano.

—Encantado de conocerle, doctor —dijo—. Le he oído hablar mucho de usted a Perry Mason. Nunca me olvido de lo que dijo de usted cuando estuvo examinando a uno de sus clientes para comprobar el estado de sus facultades mentales.

—¿Sí?

—Mason dijo que cuando usted empezaba a insinuar y meterse en el conocimiento de una persona, era usted tan persistente como una espiga de trigo al meterse por la manga de uno.

—Lo que quisiera yo es que dijera eso públicamente. Eso no coincide precisamente con lo que le dijo de mí al jurado en su último proceso.

Burger señaló asientos y chupó nerviosamente su cigarro.

—Doctor —dijo—, tengo un problema. Una casa arde. Se encuentra el cadáver de un hombre. Al parecer ha muerto carbonizado en su lecho. No parecía existir nada siniestro en aquella muerte. Ahora aparecen testigos que pueden declarar que un hombre, que hubiese podido beneficiarse mediante la muerte de dicha persona, se hallaba en un garaje, con un tubo flexible enchufado al escape de un automóvil y a un agujero abierto en la

tubería de un horno de aire caliente, que desemboca en el cuarto de dicho hombre. El incendio puede, muy bien, haber sido intencionado. ¿Es posible que haya podido introducirse así en el cuarto una cantidad suficiente de monóxido de carbono para producir la muerte a dicho hombre?

—Muy posible —reconoció el doctor Jason transfiriendo la mirada de Drake a Mason.

—¿Hubiera muerto el hombre mientras dormía?

—Es muy probable. El monóxido de carbono es un veneno muy insidioso. Se dan numerosos casos de gente que ha estado trabajando en garajes cerrados, donde había motores en marcha y que han muerto sin llegar al exterior.

—¿Cómo se sabe si una persona ha muerto de envenenamiento por monóxido carbónico?

—Hay varios métodos. Uno de los más corrientes es fijarse en el color de la sangre. Es de un color rojizo cereza brillante.

—Y, si una persona muriera carbonizada en un incendio, ¿podría descubrirse la presencia del monóxido de carbono?

—Un momento —dijo el doctor lentamente—. Está usted pasando por alto una cosa. Si una persona muriera quemada, tendríamos toda clase de motivos para esperar que hubiese en sus pulmones monóxido de carbono. Es más; podría muy bien ser que a la persona en cuestión la hubiera sofocado el monóxido carbónico originado en el incendio.

—En tal caso, doctor, ¿sería posible saber, mediante un examen del cadáver, si el hombre había sido asesinado por dicho método antes de que la casa ardiera?

Los ojos penetrantes del médico escudriñaron el semblante de Perry Mason.

—¿Cuánto tiempo antes del incendio fue introducido el monóxido en cuestión mediante el escape del automóvil?

—Dos o tres horas antes, probablemente.

El doctor Jason movió afirmativamente la cabeza.

—Creo —le dijo a Hamilton Burger— que podríamos saberlo examinando el cadáver. Dependería, naturalmente, del estado en que haya quedado después del fuego. Yo diría que es muy posible averiguar eso. Las ampollas formadas por el calor cuando el tejido

puede reaccionar, se diferencian bastante, generalmente, de las señales de calor aplicado después de la muerte.

—En resumen, que debiéramos exhumar el cadáver, ¿no es eso? —inquirió Burger.

El doctor Jason asintió.

Burger se puso en pie con un movimiento singular, como si estuviera a punto de cargar contra un obstáculo.

—Bueno —dijo—: si vamos a meternos con esto, más vale que hagamos las cosas bien. Obtendré un mandato judicial para proceder a la exhumación del cadáver.

Capítulo 7

La lluvia caía silenciosamente a medianoche. Goteaba, con tendencia melancólica, de las empapadas hojas de los árboles, emitía ruidos sibilantes al caer las gotas sobre la caperuza caliente de las linternas de gas que iluminaban el lugar.

Una pendiente cubierta de hierba y punteada de losas de mármol se perdía en la misteriosa oscuridad más allá del círculo de luz proyectado por la vivida iluminación.

Hamilton Burger, con un grueso gabán, cuyo cuello se alzaba hasta las orejas, estaba impaciente.

—¿No pueden ustedes ir un poco más aprisa? —preguntó.

Uno de los que manejaban la pala le dirigió una mirada resentida.

—No hay sitio bastante para más hombres —dijo— y nosotros estamos trabajando a toda velocidad. Casi hemos llegado ya, de todas formas.

Se enjugó la sudorosa frente con la empapada manga del abrigo y se puso de nuevo a manejar la pala con rapidez. Un momento después, la hoja de una de las palas emitió un ruido singular al tropezar con algo sólido.

—Poco a poco —le advirtió el otro cavador—; no dejes que te metan prisa. Tenemos que quitar la tierra de alrededor de los bordes antes para poder sacarlo. Hay que atar cuerdas a las asas y así que si sólo están de mirones podrían hacer un poco de ejercicio.

Burger hizo caso omiso del sarcástico comentario y se inclinó hacia delante para asomarse completamente al agujero. Perry Mason encendió un cigarrillo y dio unos pisotones con sus zapatos llenos de agua y barro. Paul Drake se acercó a él y le dijo:

—¡La cara que pondrá usted si el médico dice, después de todo,

que el hombre murió carbonizado!

Mason movió negativamente la cabeza con impaciencia.

—Yo no hice más que denunciar hechos concretos. Mi opinión personal es que están haciendo todo esto al revés. Si echaran el guante a Edith de Voe y luego interrogaran a Sam Laxter, tendrían más probabilidades de ir a parar directamente a alguna parte.

—Sí —dijo Drake—; pero en tal caso Burger se hallaría en campo abierto investigando la muerte de Peter Laxter. Tiene miedo que sea eso precisamente lo que usted quiere que haga; con que se meterá en el asunto por retaguardia, como quien dice, y se asegurará de que hay caso antes de dar paso alguno abiertamente. Ha jugado con usted antes de ahora. Y es un gato escaldado que del agua fría huye.

—Pues es demasiado cauteloso —dijo Mason con disgusto—. Este caso se le va a escapar por entre los dedos como no ande con cuidado. Podrá tener miedo a quemarse, pero no hay manera de hacer pan con harina sin usar fuego.

Tom Glassman, investigador jefe del fiscal, se sonó ruidosamente la nariz.

—¿Qué es bueno para no acatarrarse en un tiempo tan frío como éste, doctor? —preguntó.

—El quedarse en una cama calentita... *Tenían* que escoger una noche lluviosa para hacer esto. El hombre lleva la mar de días enterrado; pero nadie se preocupa de él hasta que empieza a llover.

—¿Cuánto tiempo necesitará usted para dictaminar una vez visto el cadáver?

—Quizá no necesite mucho rato. Dependerá hasta cierto punto de lo mucho que haya quemado el fuego al cadáver.

—Traigan el rollo de cuerda —dijo uno de los cavadores— y prepárense a tirar. Podemos meter la cuerda ya por las asas.

Unos momentos después se desalojó el féretro y empezó a salir del sepulcro.

—Tiren poco a poco de las cuerdas. No tiren más de un lado que de otro y vayan con cuidado.

El féretro llegó a la superficie. Se metieron unos tablones debajo de él. Luego se hizo resbalar por las tablas mojadas y cubiertas de barro, hasta hacerlo descansar en tierra firme.

Uno de los hombres sacó un trapo y limpió la tierra de encima del féretro. Apareció un destornillador. Unos instantes después, la tapa de la caja se abrió y una voz dijo:

—Todo para usted, doctor.

El doctor Jason se adelantó; se inclinó sobre el féretro, soltó una exclamación y sacó una lámpara eléctrica de bolsillo.

Los hombres formaron corro; pero aún no se le había ocurrido a ninguno alzar una de las linternas de gasolina, de forma que el interior del féretro seguía sumido en tinieblas.

—¿Qué opina usted, doctor? —inquirió el fiscal.

Jason iluminó el interior del féretro con una lámpara de bolsillo. Movi6 los dedos por el cuerpo quemado.

—Va a costar su trabajo averiguarlo. Ha quedado demasiado tostado. Tendré que buscar algún punto en que la ropa haya protegido algo la piel.

—¿Y el monóxido?

—No hay necesidad de preocuparse de eso. En cualquier caso contendría el cuerpo ese gas.

—Bueno, y... ¿puede continuar su examen?

—¿Aquí, quiere usted decir?

—Sí.

—Sería difícil y el resultado no sería concluyente.

—¿Puede usted decirlo, aproximadamente?

El doctor Jason suspiró con resignación y empezó a trabajar con el destornillador.

—Responderé a esa pregunta dentro de unos instantes —dijo.

Uno de los hombres alzó el farol. El doctor, exteriorizando su resentimiento contra el tiempo y su desaprobación de todo el asunto, quitó la tapa del féretro.

—Traiga esa luz aquí... no; no tan cerca... No deje que la sombra caiga dentro. Así... Póngase ahí aproximadamente... ¡No sea usted quisquilloso, voto a tal!

Rebuscó en el interior del abrigo y sacó un cuchillo afilado del bolsillo. El ruido de la hoja al cortar la tela se oyó claramente por encima del continuo goteo de la lluvia. Unos instantes más tarde, el doctor se irguió e hizo un gesto con la cabeza.

—¿Quería usted una deducción? —le preguntó a Hamilton

Burger.

—Eso es: una deducción; pero lo más aproximada posible a la verdad.

El doctor Jason dejó caer la tapa del féretro.

—Siga adelante en su investigación —dijo.

Hamilton Burger se quedó mirando sombrío el féretro, luego movió afirmativamente la cabeza y giró sobre sus talones.

—Conforme —dijo—: vámonos. Usted suba a nuestro coche, Mason. Paul Drake puede seguirnos en el automóvil de usted. Usted encárguese del cadáver, doctor.

Mason siguió a Burger a su coche. Lo guiaba Tom Glassman. Los hombres iban sombríos y silenciosos.

—¿Va usted a casa de Laxter? —inquirió Mason.

—Sí —contestó Burger—: a la casa en que están viviendo ahora... me parece que la llaman casa de la ciudad. Quiero hacer unas cuantas preguntas.

—¿Va usted a hacer alguna acusación?

—Voy a hacer unas cuantas preguntas bastante fuertes —confesó el fiscal—. Me parece que no haré ninguna acusación determinada. No quiero que se sepa lo que intentamos averiguar hasta que esté preparado para hacerlo. No voy a hacer pregunta alguna acerca del tubo que conducía del escape a la tubería, hasta que tenga una buena base. Creo que sería mejor, Mason, que usted y su detective no se hallaran presentes cuando hiciéramos las preguntas.

—Verá —contestó Mason—: si usted cree que ya hemos hecho cuanto nos era posible, yo sé dónde hay una cama la mar de mullida, un ponche bien caliente, y...

—Aún no —le interrumpió Burger—. Usted ha sido el que ha empezado todo esto y va usted a quedarse por aquí hasta que veamos si hemos pinchado en hueso o no.

Mason suspiró y se arrellanó nuevamente en su asiento. El coche cruzó con rapidez las calles desiertas y se metió por una carretera que serpenteaba colina arriba.

—Ésa es la casa, allá arriba —anunció Burger—: la casa grande. Procure no usar luz a menos que no tenga más remedio, Tom. Me gustaría echar una mirada al garaje antes de alarmar a nadie.

Glassman arrimó el coche al bordillo, lo detuvo y paró el motor.

No se oía más sonido que el de la lluvia al caer sobre el techo del automóvil.

—Hasta ahora vamos bien —dijo.

—¿Lleva usted ganzúas? —preguntó Burger.

—Seguro —contestó Glassman—. ¿Quiere que abra la puerta del garaje?

—Me gustaría echar una ojeada a los coches, sí.

Glassman abrió la portezuela, se apeó en la lluvia y enfocó la luz de una lámpara de bolsillo en el candado que sujetaba las puertas del garaje. Sacó un manojo de llaves del bolsillo y, a los pocos instantes, hizo una señal a Burger con la cabeza y descorrió la puerta del garaje.

—Tengan cuidado —advirtió el fiscal— de no cerrar esas puertas de golpe. No nos interesa alarmar a nadie antes de haber examinado el lugar.

Había tres coches en el local. Glassman los enfocó por turno con una lámpara de bolsillo. Mason contrajo las pupilas al ver un *sedán* «Packard» verde, nuevo. Burger, viendo la expresión de su rostro, inquirió:

—¿Ha descubierto usted algo, Mason?

Perry Mason movió negativamente la cabeza.

Glassman iluminó los certificados de registro.

—Éste está extendido a nombre de Samuel C. Laxter —dijo, indicando un *coupé* que llevaba los neumáticos de repuesto montados en huecos del estribo a ambos lados.

Era un coche potente, bajo y de brillante esmalte.

—Está construido para correr mucho —murmuró Burger—. Dé su luz aquí, Tom, en el escape.

Glassman iluminó el escape y Burger se inclinó para examinarlo. Movi6 afirmativamente la cabeza.

—Aquí había sujeto algo.

—Bueno, pues vayamos a echar un párrafo con el señor Samuel Laxter, a ver qué nos dice —sugirió Glassman.

Perry Mason, apoyado tranquilamente contra la pared del garaje, golpeó un cigarrillo contra la uña de su pulgar, preparándose para encenderlo.

—Yo no quiero meterme donde no me llaman, naturalmente —

dijo—; pero cabe la posibilidad de que encuentre ese tubo flexible si se molestaran un poco en buscarlo.

—¿Dónde? —inquirió Burger.

—En alguna parte del coche.

—¿Por qué cree usted eso?

—El incendio —observó Mason— tuvo su origen en un punto de, o cerca de, la alcoba de Laxter. El garaje estaba a cierta distancia de allí. Lograron salvar los automóviles que estaban en el garaje. Este trozo de tubo flexible era una cosa demasiado comprometedora para que Laxter la dejara normalmente donde pudiera ser descubierta. Claro está que puede haberlo escondido después; pero existe la posibilidad de que se encuentre en el coche.

Glassman, sin entusiasmo, alzó el asiento de repuesto de atrás, se metió en el coche y empezó a explorarlo a la luz de su lámpara de bolsillo. Alzó el asiento delantero, abrió la cartera de la portezuela, rebuscó en la parte de atrás del automóvil.

—Aquí hay un compartimiento que está cerrado con llave —señaló Burger.

—Es para bastones de golf —explicó Glassman.

—Pruebe a ver si tiene usted llave que lo abra.

Glassman probó una tras otra todas sus llaves y luego movió negativamente la cabeza.

—Vea a ver si puede sacar la parte de atrás del asiento posterior. Así podría ver el interior del compartimiento.

El coche basculó al moverse el pesado cuerpo de Glassman. Luego dijo éste, con voz amortiguada:

—Hay algo que me parece el tubo de una aspiradora.

—Abra el compartimiento con palanqueta —ordenó Burger, algo excitado—. Veamos qué es eso.

Glassman forzó con una palanqueta la cerradura, diciendo al propio tiempo:

—No es éste un trabajito bien hecho, que digamos. Va a ser causa de que se arme la de San Quintín como nos hayamos equivocado.

—Empiezo a creer que no nos hemos equivocado —observó Burger, sombrío.

Glassman metió la mano y sacó unos cuatro metros de tubo

flexible. En un extremo tenía dos abrazaderas ajustables que podían apretarse por medio de una tuerca. El otro extremo contenía una abertura de goma blanda en forma de seta.

—Bueno —dijo Burger—: sacaremos a Laxter de la cama.

—¿Quiere que le aguardemos aquí? —inquirió Mason.

—No; puede usted subir a la casa y aguardar en la sala. Tal vez no tengan que esperar mucho rato. Al sacarle de la cama de esta manera, tal vez confiese.

La casa grande se alzaba sobre la colina. El garaje se encontraba a cierta distancia de la casa y había sido excavado en la colina. Unos escalones de cemento conducían a un paseo cubierto de grava. Otro paseo partía del garaje, subía una pendiente más suave y daba la vuelta a la casa, sirviendo al propio tiempo de camino por el cual podían llegar hasta la puerta principal, y como camino por el cual podían llevarse combustible y provisiones a la parte de atrás del edificio. Los hombres subieron los escalones, avanzando silenciosamente, en un grupo compacto. Arriba de la escalera, Burger se detuvo.

—Escuchen —dijo—. ¿Qué es eso?

De la brumosa oscuridad surgió el sonido de un golpe metálico y, un momento después, fue seguido de un ruido singular, como de raspado.

—Alguien está cavando —dijo Mason, en voz baja—. Ese es el ruido que hace una pala al dar contra un trozo de piedra suelto.

Burger murmuró:

—Tiene usted razón. Mason, usted y Drake caminen detrás de nosotros. Tom, más vale que lleve preparada la lámpara portátil y métase una pistola en el bolsillo del gabán... por si acaso.

Burger rompió a andar el primero. Los cuatro caminaron lo más silenciosamente posible; pero la grava rechinaba bajo sus pies. Glassman murmuró:

—Haremos menos ruido por la hierba.

Y se acercó al borde del camino. Los demás le siguieron. La hierba estaba húmeda, la tierra un poco esponjosa; pero les fue posible avanzar en silencio.

Había luces en la casa que se filtraban en cintas iluminadas por el borde de las ventanas. El cavador seguía aplicado a su tarea.

—Detrás de esa trepadora —dijo Glassman.

No era preciso que señalara la dirección. La trepadora se agitaba por el peso que había contra ella. Gotas de lluvia se desprendían en cascadas de las hojas, caía sobre ellas un rayo de luz procedente del cristal romboidal de una de las puertas que no estaba tapado con cortina alguna, y las convertía en lluvia de oro.

La pala hizo más ruido.

—Está arrastrando la maleza para volver a llenar el agujero —comentó Mason.

La luz de la lámpara de bolsillo de Glassman cortó la oscuridad.

Una figura, sobresaltada, retrocedió de un brinco y se agitó entre la trepadora que, a la luz de la lámpara, resultó ser un rosál. Glassman dijo:

—Salga y tenga cuidado con las manos. Somos la ley.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió una voz ahogada.

Apareció una figura, como mancha negra, al principio, en medio de las brillantes hojas, cuyas húmedas superficies reflejaban la iluminación de la lámpara. Luego salió del rosál y Perry Mason vio su rostro durante unos instantes.

—Es Frank Oafley —le dijo a Burger.

Burger se adelantó.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Oafley... Frank Oafley. Soy uno de los propietarios de este lugar. ¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

—Estamos haciendo una investigación. Yo soy el fiscal del distrito. Éste es Tom Glassman, mi ayudante. ¿Por qué está usted cavando ahí? ¿Qué busca?

Oafley soltó un gruñido, se sacó un telegrama del bolsillo y se lo dio al fiscal. El haz luminoso de la lámpara de bolsillo iluminó un telegrama, una manga rota, una mano arañada y cubierta de porquería.

—Me asustó usted con la luz —dijo—. Del salto que di me metí entre todas esas espinas. Pero es igual. Estaba bastante arañado ya de todas formas. Tengo hecho una lástima el traje.

Se echó una mirada al traje y rió, como excusándose.

Ninguno de los cuatro hombres se preocupó de él. Todos ellos estudiaron el telegrama, que decía:

Los diamantes Koltzsdorf están escondidos en la muleta de Ashton. Más de la mitad del dinero de su abuelo está enterrado debajo de la ventana de la biblioteca, en el punto en que el rosal trepador empieza a subir por la celosía. El lugar está marcado con un palito clavado en el suelo. No está enterrado muy hondo. A unas cuantas pulgadas nada más.

El telegrama iba firmado simplemente por «Un amigo».

Glassman dijo en voz alta:

Parece un telegrama auténtico. Pasó por Telégrafos, por lo menos.

—¿Qué encontró usted? —preguntó Burger.

Oafley, al adelantarse para contestar, vio a Mason por primera vez. Se puso rígido y dijo:

—¿Qué hace este hombre aquí?

—Está a petición mía —afirmó Burger—. Representa al portero Carl Ashton. Tenía que hacerle yo unas preguntas a Ashton y quise que se hallara presente Mason. ¿Encontró usted algo donde cavaba?

—Encontré el palo —contestó Oafley, sacando una cuña del bolsillo—. Estaba clavado en el suelo. Atravesé por completo la capa de tierra y llegué a la grava. No había nada.

—¿Quién expidió el telegrama?

—Que me registren.

Burger le dijo en voz baja a Glassman:

—Tom, anote el número del telegrama ése, coja el telegrama y pídales a Telégrafos que busquen el mensaje original. Averigüe todo lo que pueda de él. Obtenga la dirección del remitente.

—¿Vinieron ustedes por lo de ese telegrama? —preguntó Oafley—. Hace una noche indecente. No debía de haber salido a cavar; pero ya podrá usted comprender mis sentimientos al recibir ese mensaje.

—Venimos por un asunto distinto —dijo Burger—. ¿Dónde está Sam Laxter?

Oafley pareció ponerse nervioso de pronto.

—No se encuentra en casa. ¿Para qué querían ustedes verle?

—Queríamos hacerle algunas preguntas.

Oafley vaciló unos instantes; luego preguntó lentamente:

—¿Han estado ustedes hablando con Edith de Voe?

—No —respondió Burger—; yo no.

Mason miró fijamente a Oafley.

—Yo sí —dijo.

—Ya sabía yo que había hablado *usted* con ella —contestó Oafley—. Es una lástima que se meta usted donde no le llaman.

—Basta ya —intervino el fiscal—. Entremos en la casa. ¿Qué es eso de que los diamantes Koltzsdorf están escondidos en la muleta de Ashton?

—Ya sabe usted tanto como yo del asunto —respondió Oafley con hosquedad.

—¿No está Sam?

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé... Habrá ido a alguna cita, seguramente.

—Bueno; ábranos.

Llegaron a un porche enlosado. Oafley sacó un manojo de llaves y abrió la puerta.

—Si quieren excusarme unos momentos, me quitaré un poco de este barro y me mudaré de ropa.

—Aguarde un momento —intervino Glassman—: en este asunto se juega medio millón de dólares. No dudamos de su palabra, pero mejor será que le registremos y...

—Glassman —advirtió Burger—, al señor Oafley no hay que tratarlo así —se volvió a Oafley—: Siento mucho que el señor Glassman haya usado esas palabras precisamente; pero ese pensamiento se me ha ocurrido, y sin duda, se le ocurrirá a usted. Se trata de una importante cantidad de dinero. ¿Y si la persona que envió el telegrama afirmara que usted había estado en el jardín y que había encontrado todo o parte de ese dinero?

—Pero... ¡si no encontré un centavo! Si lo hubiese encontrado, hubiese sido mío... por lo menos, la mitad.

—¿No le parece a usted que sería mejor, quizá, que tuviese pruebas corroboratorias? —inquirió Burger.

—¿Cómo podría conseguir las?

—Sometiéndose a un registro voluntario.

El semblante de Oafley se había tornado bastante hosco.

—Bueno —dijo—: regístreme.

Lo registraron.

Burger movió la cabeza afirmativamente, satisfecho.

—No es más que para comprobar la situación —afirmó—. Quizá se felicite después por haber cooperado con nosotros.

—Nunca me felicitaré; pero no protesto demasiado; porque comprendo la situación de ustedes. ¿Puedo mudarme ahora de ropa?

Burger negó lentamente con la cabeza.

—Más vale que no. Mejor será que se siente y aguarde. Se secará usted muy aprisa.

Oafley suspiró.

—Bueno —dijo—: tomemos por lo menos unos cuatro dedos de whisky cada uno. Parecen ustedes haber andado por ahí entre la lluvia. ¿Bourbón, escocés, o cuál?

—Lo primero que encuentre —dijo Mason— con tal de que sea whisky.

Oafley llamó al timbre.

Apareció en la puerta un hombre, cuya mejilla estaba cruzada por una lívida cicatriz que daba a su rostro una peculiar expresión de triunfo burlón.

—¿Llamaba usted? —le preguntó a Oafley.

—Sí, trae whisky, Jim. Trae un poco de escocés, soda y otro poco de bourbón.

El hombre movió afirmativamente la cabeza y se retiró.

—Es Jim Brandon —explicó Oafley—. Hace de chófer y de mayordomo también.

—¿Cómo se señaló así la cara? —inquirió Burger.

—Creo que fue en un accidente de automóvil... ¿Usted es el fiscal del distrito, señor Burger?

—Sí.

Oafley dijo lentamente:

—Siento que Edith de Voe dijera lo que dijo.

—¿Por qué?

—Porque el incendio ése no fue iniciado por los gases del escape de un automóvil. Eso es imposible.

Glassman preguntó:

—¿Dónde tienen ustedes el teléfono?

—En el vestíbulo. Yo le enseñaré... o le enseñará Jim, el mayordomo.

—No se preocupe. Usted siga sentado ahí y hable con el jefe. Ya lo encontraré yo.

Burger dijo:

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de envenenamiento por monóxido carbónico, señor Oafley?

—Claro que sí.

—¿Sabe usted que el motor de un automóvil genera monóxido carbónico?

—Pero..., ¿qué tiene que ver el monóxido carbónico con el asunto? No es un gas inflamable, ¿verdad?

—Es un gas mortal.

El tono en que el fiscal dijo estas palabras hizo que Oafley enarcara las cejas.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Habla usted en serio...? Pero..., ¡si eso es increíble! No puedo creer...

—Déjese de lo que pueda o no pueda creer, señor Oafley. Deseamos ciertos informes. Nos paramos en el garaje camino de aquí y registramos el automóvil de Laxter. Encontramos un tubo largo, flexible.

Oafley dijo sin exteriorizar sorpresa:

—Sí; Edith dijo que lo había visto claramente.

—¿Dónde está Sam Laxter ahora?

—No lo sé. Salió.

—¿Cómo salió? Su coche está en el garaje.

—Sí —asintió Oafley—: el coche suyo, sí. No quería sacarlo y que se mojara. El chófer le llevó a la ciudad en el «Packard»; luego volvió con el coche. No sé cómo volverá Sam a no ser que esté el «Chewy» por la ciudad.

—¿El «Chewy»?

—Sí. Es un coche de servicio. Ashton acostumbra usarlo. Lo tenemos para cargar cosas y hacer recados.

—¿Tiene usted automóvil?

—Sí: el «Buick» que hay en el garaje es mío.

—¿Y el «Packard» grande?

—Es el coche que compró mi abuelo poco antes de su muerte.

—¿Fueron salvados los coches al arder la casa?

—Sí; el garaje estaba en una esquina. Fue una de las últimas cosas en arder.

—En otras palabras, que el fuego empezó en un punto que estaba apartado del garaje. ¿No es eso?

—Debió de iniciarse cerca de la alcoba de mi abuelo.

—¿Tiene usted la menor idea de cómo empezó?

—No, señor... Escuche, señor Burger, preferiría que hablase usted con Samuel de esto. Mi posición es un poco delicada. Francamente, había oído el relato de Edith de Voe ya; pero no le había prestado atención. Lo del monóxido de carbono, naturalmente, no se me había ocurrido. No puedo creer que sea posible. Debe de haber alguna otra explicación.

Glassman entró en el cuarto con el telegrama en la mano izquierda. Se paró en la puerta y dio su informe:

—Es un telegrama auténtico. Fue puesto por teléfono. Había de ser firmado por «Un amigo»; pero el número de teléfono del remitente era Exposición 6-2398. El teléfono en cuestión figura en el listín bajo el nombre de Cafetería de Winnie.

Mason se puso en pie y dijo:

—¡Narices!

—Basta, Mason —le dijo Burger—; usted no se meta en este asunto.

—¡Que se cree usted eso! ¡A mí no me domina usted, Burger! Winifred Laxter no mandó el telegrama.

Oafley miró a Tom Glassman.

—Pero —dijo—, ¡sí, Winnie no mandaría un telegrama así! Debe haber un error.

—Lo mandó ella; de eso no cabe duda —insistió Glassman.

—¡Qué diablos había ella de mandar! —estalló Mason—. Es sencillísimo mandar un telegrama por teléfono a nombre de otra persona.

—Sí —comentó Glassman—: siempre anda alguien conspirando contra los clientes de *usted*.

—Ella no es cliente mía —dijo Mason.

—¿Quién es su cliente, exactamente?

Mason se echó a reír y murmuró:

—Creo que es un gato.

Hubo un momento de silencio. Se oyó el ruido del motor de un automóvil que subía la pendiente. Unos faros dieron de lleno, momentáneamente, en la ventana; luego sonó una bocina. Jim Brandon entró en el cuarto con una bandeja en la que había whisky, copas y sifones. Lo soltó todo apresuradamente al sonar de nuevo la bocina, y se dirigió a la puerta.

—Ése es el señor Sam —dijo.

Burger asió al hombre por la manga al pasar.

—No tenga usted tanta prisa —dijo.

Glassman cruzó el corredor y abrió la puerta principal de un tirón al volver a sonar la bocina.

—Salga, Jim —dijo—, y vea lo que quiere.

Jim Brandon encendió la luz del porche y salió. Sam Laxter gritó:

—Jim, he tenido un accidente. Sal y guarda el coche.

Burger apartó unas cortinas. La luz brillante del porche iluminaba un «Chevrolet» bastante anticuado, con parabrisas roto, guardabarros abollado y parachoques hecho ciscos. Sam Laxter se apeaba del pescante. Tenía la cara cortada. Llevaba la mano derecha vendada con un pañuelo ensangrentado.

Burger se dirigió a la puerta. Antes de que llegara a ella, unos faros volvieron a iluminar la noche. Un automóvil que corría con suavidad apareció, dio la vuelta y se detuvo. Se abrió la puerta de un *sedán* grande. Una figura pequeña saltó del coche y corrió excitada hacia la casa, vio a Samuel Laxter y se detuvo sorprendido.

Perry Mason se echó a reír y le dijo a Burger:

—Tenemos entre nosotros a nuestro querido contemporáneo don Nathaniel Shuster. Durante el transcurso de la próxima media hora puede usted intentar descubrir si siguió a Sam Laxter porque sabía que iba usted a estar aquí o si su llegada es puramente accidental.

Burger, soltando una exclamación de disgusto, se dirigió al porche.

Shuster gritó, en voz que temblaba de excitación:

—¿Se ha enterado usted? ¿Se ha enterado usted? ¿Sabe usted lo que está haciendo? ¿Sabe usted lo que ha ocurrido? Obtuvieron un

mandato para exhumar el cadáver de su abuelo. Fueron al cementerio y lo desenterraron en seguida.

El semblante ensangrentado de Sam Laxter reflejó sorpresa y consternación. Frank Oafley, que se hallaba cerca de Burger, dijo:

—¿Qué demonios es eso?

—Cuidado —advirtió Glassman.

—Acabo de averiguar lo del mandato. He hecho una investigación. Ya han exhumado el cadáver. ¿Quiere usted que tome medidas legales para...?

Su voz se apagó al ver a Burger a la luz del porche.

—Entre, Shuster —dijo el fiscal—. Se mojará usted ahí.

La lluvia brilló en el rostro de Sam. El corte de su mejilla goteaba sangre, sin que se acordara de él. Sus labios se contraían de emoción.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Sólo estoy haciendo una investigación —dijo Burger—; y quería hacerle a usted unas preguntas. ¿Tiene usted inconveniente alguno?

—Claro que no —replicó Laxter—; pero no me gusta la forma en que está usted abordando el asunto. ¿Qué pretendía usted con exhumar...?

—¡Ni una pregunta! ¡Ni una pregunta! —gritó Shuster—. Ni una, mientras yo no esté presente; y no debe usted contestar a menos que yo se lo diga.

—No diga tonterías, Shuster —respondió Laxter—. Puedo contestar perfectamente a cualquier pregunta que desee hacerme el fiscal del distrito.

—¡No sea usted tonto! —gritó Shuster—. Ésta no es una investigación del fiscal del distrito; es una investigación provocada por ese entrometido Mason. Todo es por el maldito gato ése. No conteste. No conteste una palabra. Cuando quiera darse cuenta se encontrará en la calle; y entonces, ¿qué? Toda su herencia desaparecida. Mason dirigiendo la orquesta. Winifred heredando los bienes. El gato riéndose...

—Cállese, Shuster —le interrumpió Burger—. Voy a hablar con Sam Laxter y voy a hablar con él sin tener que aguantar sus interrupciones estúpidas. Entre en casa, Laxter. ¿Necesita un médico

que le atienda las heridas?

—No lo creo —contestó el interpelado—. Patiné y me pegué contra un poste del teléfono. Me sacudió bastante y tengo un corte en el antebrazo derecho; pero creo que sólo necesita lavarse con un buen antiséptico y una venda limpia. Tal vez haga que me lo cure un médico después; pero ahora no le haré esperar a usted.

Shuster corrió hacia él.

—¡Por favor! —dijo—. ¡Se lo ruego! ¡Se lo imploro!

—Cállese —volvió a repetir Burger, tomando el brazo de Sam al subir éste los escalones hacia él.

Laxter y Burger entraron en la casa seguidos de cerca por Glassman. Shuster subió lentamente la escalera, moviéndose como un viejo para quien todo paso representa un verdadero esfuerzo.

Mason miró a los tres hombres cruzar la sala y desaparecer tras una puerta. Entró en la sala y se sentó. Drake sacó un cigarrillo del bolsillo, se sentó, cruzado, en un sillón, y dijo:

—Bueno, pues; aquí estamos.

Jim Brandon se hallaba en la puerta y le dijo a Shuster.

—No sé si tiene usted derecho a estar aquí o no.

—No sea usted estúpido —respondió Shuster. Y luego bajó la voz y dijo algo que Mason y el detective no pudieron oír. Brandon bajó la voz también. Los dos hombres emprendieron una conversación en susurros.

El teléfono llamó repetidas veces. Después de varios minutos, una mujer obesa, con ojos hinchados por el sueño, bajó arrastrando los pies por el pasillo, envuelta en un albornoz. Descolgó el teléfono y dijo: «Diga», en voz soñolienta y poco cordial. De pronto su semblante reflejó sorpresa.

—Oh, sí, señorita Winifred... —dijo—. Podría decírselo... Está dormido, naturalmente... Le diré que haga que el señor Mason la llame a usted inmediatamente a...

Perry Mason se acercó al teléfono.

—Si alguien pregunta por el señor Mason —dijo—, estoy aquí y hablaré por teléfono.

La mujer le entregó el auricular.

—Es la señorita Winifred Laxter —dijo.

Mason dijo: «Diga», y oyó la voz de Winifred, frenética de

excitación:

—Gracias a Dios que he podido dar con usted. No sabía dónde encontrarle; conque pregunté por Ashton para darle un recado para usted. Ha ocurrido algo terrible. Es preciso que venga usted en seguida.

—Estoy bastante ocupado aquí —contestó Mason—. ¿Podría usted darme una idea general de todo cuanto ha ocurrido?

—No lo sé; pero Douglas se encuentra en apuros... Ya conoce usted a Douglas..., le vio usted aquí... Douglas Keene...

—Y..., ¿qué le ha ocurrido?

—No lo sé; pero es preciso que le vea a usted ahora.

—Me marcharé de aquí antes de que hayan transcurrido diez minutos. No puedo hacer más. Aquí hay otro asunto que me interesa ¿Dónde la encontraré?

—Estaré en la cafetería. No habrá luces encendidas... Abra la puerta y entre.

Mason respondió:

—Conforme; saldré de aquí dentro de diez minutos.

Colgó el auricular en el preciso momento en que Shuster, dejando a Brandon a la puerta, cruzaba el vestíbulo con paso rápido y nervioso. Cogió de la solapa a Mason.

—¡No puede usted hacerlo! —dijo—. No puede usted salirse con la suya. Es un ultraje. Le haré comparecer a usted ante la Comisión de Quejas. ¡Esto es una marrullería!...

Mason posó la palma de la mano contra el pecho del hombre, le apartó de su lado y dijo:

—Debería usted meterse a dar conferencias, Shuster. Nadie podría acusarle a usted nunca de dar una conferencia *seca*.

Mason sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la cara. Shuster saltó a su alrededor con el mismo entusiasmo que un perro ante un toro.

—Usted sabía que no podía hacer anular el testamento, puesto que era legítimo. Conque, ¿qué se le ocurrió hacer a usted? Intentó encajarles una acusación de asesinato a mis clientes. No puede usted hacerla prosperar. Usted y su portero se van a encontrar en un buen jaleo. ¿Me ha oído usted? En...

Se interrumpió al entrar nuevamente en el cuarto el fiscal,

acompañado de Glassman. Burger parecía enormemente intrigado.

—Mason —dijo—: ¿sabe usted algo de unos diamantes que tiene su cliente?

Mason movió negativamente la cabeza.

—Podríamos preguntárselo —propuso.

—Me parece que tenemos ganas de hablarle —dijo Burger—. Al parecer, está mezclado en este asunto.

Mason movió la cabeza. Shuster dijo:

—¡Es un verdadero ultraje! ¡Es una conspiración! Mason preparó todo esto a fin de reventar el testamento.

La sonrisa de Mason era tolerante al replicar:

—Le dije a usted, Shuster —murmuró—, ¡que siempre doy donde menos se lo esperan mis adversarios!

—¿Quieren ustedes que llame al portero? —preguntó la mujer fofa, al entrar Oafley, con albornoz y zapatillas, en el cuarto.

—¿Quién es usted? —inquirió Burger.

—El ama de llaves —interrumpió Oafley—. La señora Pixley.

—Me parece que será mejor ir a entrevistarse con el portero sin previo aviso —anunció el fiscal.

—Escuche —dijo Mason—: en vista de las circunstancias, ¿no le parece a usted que, en justicia, debía de decirme lo que anda buscando?

—Acompáñeme —le contestó el fiscal— y lo sabrá. Pero no interrumpa para hacer pregunta alguna ni dar consejos.

Shuster dio la vuelta a la mesa.

—Tendrán que vigilarle —advirtió—. Es él quien ha armado todo este enredo.

—Cierre el pico de una vez —ordenó Tom por encima del hombro.

—Ande —le dijo Burger a la señora Pixley— y enséñenos el camino.

La mujer cruzó el vestíbulo. Paul Drake se puso a andar al lado de Perry Mason. Oafley se rezagó un poco para hablar con Shuster. Burger llevaba agarrado del brazo a Sam Laxter.

—Es un tipo raro el ama de llaves —comentó Drake en voz baja—. Es todo fofa menos la boca, y es difícil que la dureza de sus labios compense todas las demás faltas.

—Debajo de esa blancura —respondió Mason estudiando a la mujer— hay muchísima fuerza. Tiene los músculos envueltos en grasa; pero es fuerte. Fíjese en su porte.

La mujer los condujo hasta una escalera que bajaba al sótano. Abrió una puerta, cruzó un piso de cemento, se detuvo ante otra puerta y preguntó:

—¿Llamo?

—Si no está cerrado con llave, no —contestó Burger.

La mujer hizo girar el pomo de la puerta y se echó a un lado, abriendo las puertas de par en par.

Mason no podía ver el interior del cuarto, pero le era posible ver su rostro. Vio la luz de la habitación interior darle en la cara. Vio que la carne fofa de su semblante se helaba con expresión de terror. Vio entreabrirse los duros labios y luego oyó un grito.

Burger se adelantó de un salto. El ama de llaves se tambaleó, alzó las manos y se doblaron sus rodillas al caer la mujer al suelo. Glassman franqueó la puerta de un brinco. Oafley cogió al ama de llaves por los sobacos.

—¡Cuidado! —dijo—. Tranquilícese. ¿Qué ocurre?

Mason pasó por su lado y entró en el cuarto.

La cama de Carl Ashton estaba junto a una ventana abierta del sótano. La ventana se abría casi directamente a nivel de tierra. Estaba apuntalada para que permaneciese abierta siempre unas cuatro o cinco pulgadas, lo suficiente para que pudiese entrar con facilidad un gato.

Debajo mismo de la ventana estaba la cama, cubierta con una colcha blanca. Y sobre dicha colcha blanca había una serie de pisadas de gato, pisadas de barro que no sólo cubrían la colcha, sino la almohada.

En la cama, con una expresión desagradable en el semblante, se hallaba el cadáver de Carl Ashton. Sólo necesitaron aquellos expertos en homicidios echar una mirada a los ojos desorbitados y a su lengua saliente para comprender de qué había muerto aquel hombre.

Burger se volvió a Glassman.

—No deje entrar a nadie en ese cuarto —advirtió—. Llamé a la brigada criminal por teléfono. No pierda a Sam Laxter de vista hasta

que se haya aclarado todo esto. Yo me quedaré aquí y echaré una mirada alrededor. ¡Andando!

Glassman se volvió, hincó el hombro contra Perry Mason y dijo:
—Lárguese, amigo.

Mason salió del cuarto. Glassman cerró la puerta de golpe.

—Voy al teléfono. Oafley, no intente salir de aquí.

—¿Por qué habría de intentar yo salir de aquí? —preguntó Oafley, indignado.

—¡No haga usted declaración alguna! ¡No haga usted declaración alguna! —suplicó Shuster con frenesí—. ¡Cállese! ¡Deje que hable yo todo lo que haya que hablar! ¿No comprende usted? ¡Se trata de un asesinato! No hable con ellos. No tenga usted nada que ver con ellos. No...

Glassman se adelantó, amenazador.

—O cierra usted el pico —dijo— o se lo cierro yo de forma que no pueda abrirlo en una temporada.

Shuster huyó de él, sin dejar de hablar.

—Nada de declaraciones. Nada de declaraciones. ¿No comprende usted que yo soy un abogado? Usted no sabe qué acusaciones habrán hecho. Cállese. Deje que hable yo por usted.

—No hay necesidad de nada de eso —contestó Oafley—. Tengo yo tantas ganas de aclarar este asunto como la policía. Está usted frenético. Cállese.

El grupo subió la escalera Perry Mason, rezagándose un poco, acercó los labios al oído de Paul Drake.

—Quédese por aquí, Paul —dijo—, y entérese de lo que ocurra. Vea usted todo lo que pueda y oiga todo lo que sea posible.

—¿Usted se larga?

—Sí.

Arriba de la escalera del sótano, Glassman corrió al teléfono. Perry Mason torció a la derecha, cruzó una cocina, abrió una puerta, atravesó un porche, descendió una escalera y se encontró en la calle bajo la lluvia.

Capítulo 8

El anuncio eléctrico que decía «Tortitas de Winnie» estaba apagado. Una bombilla ardía por encima de la puerta. Perry Mason probó el picaporte. La puerta se abrió. La cerró tras sí, bajó por el pasillo hasta llegar a otra puerta. La empujó. El cuarto estaba oscuro. Oyó el rumor de sollozos de mujer. Dijo: «¡Hola!», y se oyó el chasquido de un interruptor. Una lámpara de mesa, con pantalla de seda color rosa, proporcionaba una suave iluminación.

Había una cama sencilla contra la pared, dos sillas, una mesa y una estantería para libros, construida mediante el sencillo expediente de clavar unas a otras las cajas de madera en que venían las latas de conservas y darles una capa de esmalte. La estantería en cuestión estaba llena de libros. Un rincón del cuarto había sido separado con una cortina, formando una especie de cubículo. Había una puerta entornada y por ella pudo ver Mason parte de una ducha. Colgaban de las paredes unos cuantos cuadros; y el lugar, a pesar de lo barato de los muebles, tenía un ambiente cómodo y como de hogar. Sobre la mesa y vuelta de forma que estuviera de cara a la cama, había una fotografía grande de Douglas Keene en un marco.

Winifred Laxter estaba sentada en la cama. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Un gato grande de Angora estaba echado, satisfecho, a su lado, con la cabeza apoyada sobre la pierna de la joven. Al encenderse la luz, el gato se volvió con el singular movimiento ondulante propio de los felinos y miró a Perry con ojos brillantes y duros. Luego cerró los ojos, estiró las patas delanteras, bostezó y se puso a ronronear otra vez.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mason.

La muchacha indicó el teléfono con un gesto de impaciencia,

como si aquel gesto lo explicara todo.

—¡Y yo que creía poderme reír tranquilamente de la vida! — dijo.

Mason acercó una silla y se sentó. Se dio cuenta de que le faltaba muy poco para tener un ataque de histeria, y habló, por consiguiente, con voz normal.

—Es un gato muy hermoso.

—Sí. Es *Escoria*.

Mason enarcó las cejas.

—Doug fue a buscarlo.

—¿Por qué?

—Porque temía que lo envenenara Sam.

—¿Cuándo?

—A eso de las diez. Lo mandé yo.

—¿Habló con Ashton?

—No. Ashton no estaba.

—¿Me permite que fume?

—Me gustaría fumar un cigarrillo a mí también. Debe usted creermelo una criatura insoportable.

Mason sacó una pitillera del bolsillo, le ofreció un cigarrillo y le arrimó una cerilla cuando la muchacha se lo hubo metido en la boca.

—De ninguna manera —aseguró, encendiendo luego el suyo—. Es bastante aburrido y solitario esto, ¿eh?

—No lo había sido. Ahora lo será.

—Cuéntemelo todo cuando esté dispuesta a hacerlo.

—Aún no lo estoy —hablaba con voz más firme ya; pero aún se notaba un dejo de histeria—. He estado sentada aquí, en la oscuridad, demasiado tiempo, pensando, pensando...

—Deje de pensar. Hablemos. ¿A qué hora se fue Douglas Keene de casa de Ashton?

—Creo que a eso de las once. ¿Por qué?

—¿Estuvo allí cosa de una hora?

—Sí.

—¿Esperando a que volviera Ashton?

—Creo que sí.

—¿Y luego le trajo a usted el gato aquí?

—Sí.

—Veamos..., ¿cuándo empezó a llover? ¿Antes de las once o después de las once?

—Oh, algo más temprano que eso. Me parece que alrededor de las nueve.

—¿Sabe usted exactamente qué hora era cuando Douglas trajo el gato? ¿Tiene usted medio alguno de poder calcularlo?

—No. Estaba haciendo tortitas para la salida del teatro. ¿Por qué me hace todas esas preguntas?

—Por hablar. Usted siente que soy demasiado extraño aún para que confíe en mí. Estoy intentando tranquilizarla. ¿Le abrió la puerta alguno de los criados?

—¿En la casa de la población? No. Le di a Douglas mi llave. No quería que Sam supiese que me llevaba el gato. El abuelo me había dado una llave de la casa. No la había devuelto... Es más; supongo que no había a quién devolvérsela.

—¿Por qué no le dijo usted a Ashton que se había llevado el gato? ¿No estará preocupado?

—Él ya sabía que Doug iba a buscar a *Escoria*.

—¿Cómo lo sabía?

—Yo le telefoneé.

—¿Cuándo?

—Antes de que saliera.

—¿A qué hora salió?

—No lo sé; pero hablé con él por teléfono y decidimos, teniéndolo todo en cuenta, que tal vez fuera preferible que me quedara yo con *Escoria* una temporada. Dijo que estaría allí cuando llegara Doug y me dijo que diera a Doug mi llave para que no se enterara Sam.

—Pero... ¿Ashton no estaba allí cuando llegó Douglas?

—No. Doug aguardó una hora. Luego cogió el gato y se fue.

Mason, recostado en la silla, contempló las espirales de humo que salían de su cigarrillo.

—*Escoria* siempre duerme en la cama de Ashton, ¿no?

—Sí.

—¿Hay algún otro gato por allí?

—¿Por la casa?

—Sí.

—No. ¡Qué ha de haber! *Escoria* echaría a cualquier otro gato. Tiene unos celos enormes, sobre todo tratándose de tío Carl.

—¿Tío Carl?

—Llamo a veces tío Carl al portero.

—Es un hombre un poco raro, ¿éh?

—Raro sí que lo es; pero es un hombre muy bueno.

—¿Honrado?

—Claro que es honrado.

—Algo avaro, ¿no?

—Lo sería si tuviera algo que guardar, seguramente. ¡Ha estado tanto tiempo al lado del abuelo...! El abuelo siempre desconfiaba de los bancos. Cuando el país abandonó el patrón oro, el abuelo por poco se murió. Había atesorado oro, ¿sabe? Pero fue y entregó el oro a cambio de billetes. Fue un golpe bastante duro para él. Estuvo trastornado la mar de tiempo.

—Debe de haber sido un hombre muy singular.

—Era muy singular... y muy simpático. Se hacía querer en seguida. Tenía un sentido muy arraigado del bien y del mal.

—Su testamento no parecía indicarlo.

—No; yo creo que, en las circunstancias, es lo mejor que podía haber ocurrido. Creo que estaba yo hipnotizada por Harry.

—¿Harry?

—Sí. Harry Inman. Me estaba metiendo prisa. Parecía, al pronto, uno de esos jóvenes francos, nobles, sinceros y...

—¿No lo era?

—No lo era, desde luego. En cuanto se enteró de que, según el testamento, yo no iba a heredar un centavo, se apresuró a recoger velas y desdecirse de todo cuanto había dicho hasta entonces. Creo que temía a última hora que intentaría yo casarme con él para tener alguien que me mantuviese.

—¿Tiene dinero?

—Tiene una buena posición. Está ganando alrededor de seis mil dólares al año en una casa de seguros.

—Douglas no la abandonó, ¿eh?

—No, señor. Se portó muy bien. Es el muchacho más maravilloso del mundo. Nunca me di cuenta de todo lo que era. Ya

sabe usted que las palabras no quieren decir nada. Cualquiera que sepa hablar puede usar palabras. Alguna gente sabe usarlas mejor que otra. Muchas personas muy poco sinceras tienen el don de saberse expresar, parecen a veces más sinceras que aquellas que son muy leales.

Mason movió afirmativamente la cabeza y esperó a que continuara hablando.

—Quería hablar con usted acerca de Doug —prosiguió ella—. Ha ocurrido algo terrible y Douglas teme que me vea yo complicada en el asunto. Está él complicado de alguna manera; pero no sé cómo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un asesinato —dijo la muchacha.

Y se echó a llorar.

Mason se acercó al lecho, se sentó a su lado y le puso un brazo en el hombro. El gato le miró, agachó levemente las orejas y luego, lentamente, volvió a tranquilizarse; pero no reanudó el ronroneo.

—Tranquilícese —dijo Mason— y cuénteme lo ocurrido.

—No sé lo ocurrido. Dijo que se había cometido un asesinato y que no iba a permitir que se me metiera a mí en el asunto; que iba a largarse y que no le volvería a ver. Dijo que yo no debía decir nada ni contestar a pregunta alguna acerca de él.

—¿Quién fue asesinado?

—No me lo dijo.

—¿Cómo creyó que pudieran meterla a usted en el asunto?

—Supongo que nada más que por conocerle yo a él. Es tan estúpido todo eso... Pero yo creo que debe de tener relación con la muerte de mi abuelo.

—¿Cuándo le telefoneó a usted?

—Cosa de un cuarto de hora antes de que yo le telefonara a usted.

Intenté dar con usted en todos los sitios que se me ocurrieron: su despacho y su residencia particular. En vista de que no conseguía respuesta, decidí llamar al tío Carl. Me dijo que le había telefonado usted algo de Sam y del fiscal del distrito, y pensé que a lo mejor volvería a llamarle usted.

—¿Sabía usted —le preguntó Mason— que su abuelo había

muerto asesinado?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Mi abuelo? No.

—¿No encontró algo raro en la forma en que ardió la casa?

—No. El incendio parecía tener su centro en los alrededores de la alcoba de mi abuelo. Era una noche de viento y creí que achacaban el fuego a un cortocircuito.

—Volvamos al asunto del gato un momento. ¿Ha estado en su compañía desde las once aproximadamente?

—Sí; desde poco después de las once creo que era.

Perry Mason movió afirmativamente la cabeza, cogió el gato y lo alzó en sus brazos.

—*Escoria* —dijo—, ¿qué tal? ¿Te gustaría ir a dar un paseo conmigo?

—¿Qué quiere usted decir con eso? —inquirió Winifred.

Perry Mason la miró con fijeza y dijo lentamente:

—Carl Ashton ha sido asesinado esta noche. Aún no sé la hora exacta. Lo estrangularon probablemente cuando estaba ya acostado. Había pisadas de gato por toda la colcha y la almohada. Hasta había una pisada en su misma frente.

Ella se puso en pie, mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos. Luego, entreabrió los pálidos labios e intentó gritar. No emitió sonido alguno.

Perry Mason dejó caer el gato en la cama, cogió a Winifred entre sus brazos y le acarició el cabello.

—Tranquilícese —dijo—. Voy a llevarme el gato. Si viene alguien a interrogarla niéguese a contestar sean cuales fueran las preguntas.

Resbaló de entre sus brazos para sentarse en la cama. Era como si las rodillas se negaran a sostenerla. Su rostro expresaba pánico.

—Él no lo hizo —dijo—. No puede haberlo hecho. Yo le quiero. ¡Es incapaz de hacer el más mínimo daño a una mosca!

—¿Puede usted animarse un poco hasta que me deshaga de este gato?

—¿Qué va usted a hacer con él?

—Encontrarle casa... algún sitio donde podamos tenerle hasta que pase todo esto. Comprenderá usted lo que significa el que se

hayan encontrado las huellas del gato en la colcha. Significa que el gato estaba allí después de haber sido cometido el asesinato.

—Pero..., ¡eso es imposible!

—Claro que es imposible; pero tenemos que hacer ver a los demás que es imposible. Lo que quiero saber es una cosa: ¿puede usted ser lo bastante animosa para ayudarme un poco?

Ella afirmó silenciosamente con la cabeza.

Perry Mason cogió el gato y se dirigió rápidamente a la puerta.

—Escuche —le dijo ella al posar el abogado la mano sobre el pomo de la puerta—: no sé si lo comprende usted; pero es preciso que defienda a Douglas. Por eso le telefoneé. Tiene usted que encontrarle y hablarle. Douglas no es culpable de un asesinato. Ha de demostrar usted que no lo es y no permitir que se sacrifique. ¿Comprende usted lo que le digo?

—Comprendo —le contestó.

La joven se acercó a él y le posó las manos sobre los hombros.

—Es lo bastante listo para que nunca le encuentre la policía... ¡Oh!, no me mire así. Ya sé que cree que le podrán encontrar; pero no se da usted cuenta de lo inteligente que es Douglas. La policía jamás le cogerá. Y esto significa que será un fugitivo mientras viva, a menos que pueda usted aclarar las cosas... Y sé lo que eso significará en cuanto a mí se refiere. Supondrán que él intentará ponerse en contacto conmigo. Vigilarán mi correspondencia; intervendrán mi teléfono; harán todo lo posible por tender un lazo a Douglas.

Él afirmó con la cabeza y le dio unos golpecitos en el hombro con la mano derecha, pues sujetaba a *Escoria* con la izquierda.

—No tengo gran cosa —prosiguió Winifred—. Estoy creando un buen negocio aquí. Puedo ganarme la vida y algo más que la vida. Le pagaré a usted por meses. Le daré todo lo que gane. Puede usted quedarse con el negocio y yo me encargaré de él sin cobrar sueldo... salvo lo necesario para comer. Y puedo mantenerme divinamente con tortitas y café y...

—Ya discutiremos eso más adelante —le interrumpió Mason—. Ahora lo interesante es averiguar cuál es nuestra situación. Si Douglas Keene es culpable, lo que debe hacer es confesarse culpable y alegar los atenuantes que pueda haber.

—Pero él no es culpable; no lo es; no puede serlo.

—Bueno, pues si no lo es, lo que usted tiene que hacer es deshacerse de ese maldito gato. De lo contrario, será *usted* la que se vea complicada en el asesinato. ¿Comprende?

Ella afirmó con un movimiento de cabeza.

—Necesito una caja o algo en que meter el gato —dijo Perry.

Ella corrió a la alacena y sacó una sombrerera de cartón. Con un clavo hizo unos cuantos agujeros en la tapa para que el animal pudiera respirar.

—Mejor será que le meta yo —afirmó—: comprenderá si lo hago yo... *Escoria*, este hombre te va a llevar. Tienes que acompañarle y ser un gato bueno.

Metió el gato en la caja, le acarició unos instantes y luego puso la tapa lentamente. Cogió un cordel y ató la caja; luego se la entregó al abogado.

Mason, cogiendo la caja por el cordel, le dirigió una sonrisa y dijo:

—Quédese aquí. Y recuerde que no debe contestar pregunta alguna. Tendrá usted noticias mías dentro de poco.

Ella abrió la puerta de la alcoba. Mason se dirigió a la calle, la abrió y salió a la lluvia y al viento. El gato se agitó inquieto dentro de la caja.

Mason depositó la sombrerera en el asiento de su coche, se sentó al volante y puso en marcha el motor. El gato maulló una débil protesta.

El abogado le habló con dulzura al animal, condujo el coche hasta unas cuantas manzanas más allá y luego se detuvo ante un bar de los que están abiertos toda la noche.

Se apeó y, cogiendo la caja, entró en el establecimiento, donde el dependiente le miró con curiosidad.

Dejó la caja en el suelo de la cabina telefónica y marcó el número de Della Street. Después de unos momentos oyó una voz soñolienta.

—Bueno, muchacha —dijo Perry—: despiértese. Échese agua fría en la cara, póngase algo de ropa y prepárese a abrirme la puerta cuando llame. Voy allá ahora mismo.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de la una de la madrugada.

—¿Qué ha ocurrido?

—No puedo decírselo por teléfono.

—¡Cielos, jefe! Yo creí que usted sólo trabajaba toda la noche cuando se trataba de asesinatos. Y ahora lo que hace usted es por un gato. ¿Cómo es posible que pueda encontrarse usted en dificultades por un gato?

—Eso es lo que hago. Sí que puedo. Lo he hecho —dijo Perry, contestando a cada una de las cosas que la muchacha había dicho.

Y riendo, colgó el auricular.

Capítulo 9

Della Street, con una bata echada sobre el pijama de seda, se sentó al borde de su cama y miró cómo desataba Perry Mason la sombrerera.

—¿Me ha sacado usted de la cama a la una de la madrugada para enseñarme la última moda de sombreros? —preguntó.

El abogado quitó el cordel de la tapa y dijo:

—Esto demuestra simplemente lo fácil que es acostumbrarse al ambiente. Estaba armando la de Dios es Cristo en la cabina telefónica.

Quitó la tapa de la sombrerera. *Escoria* se puso en pie, arqueó el lomo, bostezó, olfateó el aire, alzó las patas delanteras al borde de la caja y saltó sobre la cama. Olfateó a Della, inquisidor; luego se hizo un ovillo al lado de su pierna.

—Si se ha metido usted a coleccionista —murmuró la muchacha—, sería mejor que se dedicara a sellos de correo. Ocupan mucho menos sitio.

Pasó los dedos alrededor de las orejas del gato.

—Me parece —le dijo Mason— que la manera en que se pega a usted puede interpretarse como una alabanza. Si mal no recuerdo, este gato siente simpatía por muy poca gente.

—¿Va usted a usarlo como compañero de juegos del gato del portero?

—Éste es el gato del portero.

—Entonces, ¿por qué no se lo deja al portero?

—La última vez que vi al portero, estaba muerto. Su rostro no resultaba muy agradable. Las patas llenas de barro de un gato habían dejado sus huellas por toda la cama.

Della Street se puso rígida y prestó mayor atención.

—¿Quién fue el culpable? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Quién cree la policía que es?

—No lo sé. No creo que crean nada aún.

—¿Quién creerán que lo ha hecho cuando lleguen a ese punto?

—Puede haber varias personas interesadas en el portero. Hay indicios de que el portero en cuestión tenía cosa de un millón de dólares en billetes en su poder. Parte de ese dinero puede haber estado encerrado en una caja de banco; pero también puede ser que lo de las cajas fuera para despistar. Hay gente capaz de llegar muy lejos por un millón de dólares. Además, había unos diamantes de bastante valor. Puede ser que Ashton los tuviera. He encontrado el «Packard» verde que siguió a Ashton desde nuestro despacho. Se encuentra en el garaje de la casa que Peter Laxter tenía en la ciudad.

—¿A quién representamos?

—Al novio de la muchacha que tiene una cafetería.

—¿Han hecho depósito para retener sus servicios?

—¿Le gustan a usted las tortitas? —esquivó Perry.

La mirada de ella reflejó ansiedad.

—Oiga jefe: supongo que no irá usted a meterse en un caso de asesinato sin primero cobrar sus honorarios.

—Pues ya lo hemos hecho.

—¿Por qué no se sienta usted en su despacho y aguarda a que vengan a buscarle los clientes después de la detención, limitándose entonces a comparecer ante el tribunal a defenderlos? Usted siempre anda por la línea de fuego, corriendo riesgos. ¿Cómo se hizo con este gato?

—Me lo dieron.

—¿Quién?

—La dueña de la cafetería. Pero eso es cosa que debemos olvidar.

—¿Quiere usted decir con eso que quiere que me quede yo con el gato?

—Eso es.

—¿A escondidas?

—Hasta donde sea posible. O, si tiene usted alguna amiga que

pueda guardarlo, tal vez sería mejor que tenerlo aquí. La policía puede andar buscándolo. Tengo la idea de que el gato va a figurar en ese asesinato.

—Por favor —suplicó ella—, no arriesgue su fama profesional en un asunto como éste. Déjelo. Váyase a Oriente en ese vapor. Cuando haya sido detenido alguien, defiéndale si quiere; pero no se mezcle en el caso en sí.

Su mirada tenía algo de cariñosa y maternal.

Perry Mason le cogió la mano derecha y le dio unos golpecitos cariñosos.

—Della —dijo—: es usted una buena chica. Pero lo que usted pide es imposible. Reposaría magníficamente en ese vapor unos tres días y, luego, la falta de actividad me haría enloquecer. Quiero trabajar a gran velocidad. Voy a divertirme diez veces más con este caso que haciendo un crucero por Oriente.

—¿Va usted a encargarse del asunto?

—Sí.

—¿Y cree usted que será acusado de asesinato el joven a quien usted representa?

—Probablemente.

—¿No ha hecho depósito alguno para retener sus servicios?

Mason movió negativamente la cabeza y luego dijo impacientemente:

—¡Al diablo con el dinero! Si a un hombre le acusan de asesinato y tiene dinero, quiero llevarme yo una buena cantidad de él como honorarios. Si la gente que vive lo mejor que puede se encuentra en apuros y se le acusa de crímenes que no han cometido, quiero ayudarlos a demostrar su inocencia.

—¿Cómo sabe usted que ese muchacho es inocente?

—Sólo por el efecto que me hizo cuando le conocí.

—¿Y si fuera culpable de verdad?

—En tal caso, averiguaremos qué atenuantes puede haber y le haremos confesar su culpabilidad y procuraremos obtener para él la condena más leve posible o le dejaremos que busque otro abogado.

—No es ésa la manera ortodoxa de ejercer la profesión —indicó ella. Pero ni su mirada ni su voz expresaban reproche alguno.

—¿Quién diablo quiere que yo sea ortodoxo? —rió Perry Mason.

—Me preocupo por usted como una madre por un hijo descarriado. Es usted una mezcla de chiquillo y de gigante. Sé que se va a meter en algo terrible y me entran ganas de decirle: «No se acerque más al agua».

La sonrisa de Mason se hizo más expansiva.

—Maternal, ¿eh? Con mirar la solicitud que usted hizo para el puesto que ahora ocupa, podría averiguar exactamente cuántos años menos tiene usted que yo. Calculo que serán unos quince años menos.

—¿Con galanterías a estas alturas? Con repasar los registros de admisión podría averiguar cuándo intenta usted adularme.

Él se dirigió a la puerta.

—Cuide bien el gato —dijo—. No lo pierda. Se llama *Escoria*. Quizá se vaya si se le presenta ocasión. Es posible que podamos usarlo más adelante.

—¿Le buscará la policía aquí?

—No lo creo. No inmediatamente por lo menos. Las cosas no han llegado muy lejos aún. ¿Va usted a decirme que no me acerque al agua?

Ella negó con la cabeza. Su sonrisa expresaba ternura y orgullo a la vez.

—No —dijo—; pero procure que el agua no le suba hasta la cabeza.

—Aún no me he mojado los pies siquiera; pero me da el corazón que me los voy a mojar.

Cerró nuevamente la puerta, salió a la calle y se dirigió a casa de Edith de Voe.

La puerta de la calle estaba cerrada. Mason oprimió el botón que correspondía al piso de la enfermera, y siguió oprimiéndolo durante varios segundos. No obtuvo contestación. Sacó un llavero del bolsillo, escogió una ganzúa, vaciló unos instantes, y luego volvió a tocar el timbre. Al no recibir respuesta, metió la llave en la cerradura y, un momento después, abrió la puerta y entró en el edificio. Bajó por el corredor hasta el piso de Edith de Voe y llamó dulcemente. Al no obtener contestación, permaneció unos momentos concentrado; luego probó la puerta. No estaba echada la llave ni el cerrojo. Abrió y entró en el cuarto que estaba sumido en

la oscuridad.

—Señorita De Voe —dijo.

Nadie contestó.

Perry Mason encendió la luz.

Edith de Voe yacía tirada en el suelo.

La ventana, que daba a una calleja, no estaba cerrada del todo. La cama no había sido usada y el cadáver estaba vestido con pijama de seda muy delgada. Cerca del cuerpo yacía un pedazo de madera de unas dieciocho pulgadas de longitud. Un extremo estaba astillado. Cerca del otro había una mancha roja.

Perry Mason, cerrando la puerta cuidadosamente tras sí, avanzó y escudriñó el cadáver. Tenía una herida en el cuero cabelludo, cerca de la nuca.

El pedazo de madera que yacía junto al cadáver había sido usado evidentemente como mazo. Los extremos habían sido serrados. La madera estaba pulida y tenía un diámetro de pulgada y media aproximadamente. En la parte superior había una huella dactilar roja muy clara. El barniz del extremo inferior estaba todo él descascarillado.

Mason miró rápidamente por el piso. Entró en el cuarto de baño. Estaba vacío; pero en el lavabo había una toalla manchada de sangre. Se acercó a la chimenea. Había cenizas en el hogar y éste aún estaba caliente. Mason consultó su reloj. Era la una y treinta y dos minutos. Por la abertura de la ventana había entrado algo de lluvia. El alféizar brillaba de humedad y parte del agua había goteado al suelo de madera debajo de la ventana.

Mason se dejó caer de rodillas junto al cuerpo yacente y le buscó el pulso, aguzando el oído para escucharle la respiración.

Se alzó, se acercó al teléfono, envolvió el auricular en un pañuelo para no dejar huellas dactilares y llamó a la policía. Hablando con rapidez y en una especie de murmullo, dijo:

—Se está muriendo una mujer a consecuencia de un golpe en la cabeza. Envíen una ambulancia sin perder tiempo.

Cuando estuvo seguro de que había sido comprendido su mensaje, dio las señas en el mismo tono y cortó la comunicación.

Limpio el pomo de la puerta con el pañuelo por dentro y por fuera; luego apagó las luces, salió al corredor, cerró la puerta tras sí

y se dirigió a la calle.

Al pasar por delante de uno de los pisos, oyó reírse a un hombre, ruido de fichas y, un momento después, la especie de murmullo que emite una baraja al ser barajada por el procedimiento de proyección.

Mason siguió hasta el fin del corredor. Al llegar al vestíbulo, oyó detenerse un automóvil junto al bordillo. Vaciló unos instantes, detrás mismo de la puerta; luego la abrió unos milímetros y echó una escrutadora mirada al exterior.

Hamilton Burger acababa de apearse y estaba de espaldas a Perry mirando cómo se apeaba Tom Glassman.

Mason cerró suavemente la puerta de la calle, dio media vuelta y se internó de nuevo por el corredor. Se detuvo ante la puerta tras la cual había oído el rumor de fichas, y llamó.

Oyó el ruido de una silla al arrastrar por el suelo; luego silencio absoluto. Llamó otra vez y, después de una breve pausa, se entreabrió la puerta y una voz de hombre preguntó:

—¿Quién es?

Mason sonrió afablemente.

—Soy el inquilino del piso de al lado —dijo— y la partida de póquer que están jugando ustedes no me deja dormir. ¿Por qué no se acuestan ustedes? O, si las posturas no son demasiado crecidas, ¿por qué no me dejan entrar en juego? Lo mismo me da una cosa que otra.

El hombre vaciló unos instantes. Una voz masculina, muy sonora, gritó desde el interior del cuarto:

—Abre la puerta y déjale entrar. No nos irá mal otro jugador.

La puerta se abrió de par en par y Mason entró en el cuarto. Había tres hombres reunidos alrededor de una mesa. La atmósfera era casi insoportable. Una silla desocupada señalaba el lugar en que había estado sentado el hombre que se hallaba junto a la puerta.

—¿Cuál es la postura máxima? —inquirió Mason, después de haber cerrado la puerta.

—Cincuenta centavos, salvo en pases. En este último caso la postura máxima es un dólar.

Mason sacó veinte dólares de la cartera.

—¿Tienen ustedes cabida para veinte dólares más?

—¿Que si tenemos cabida? —rió el hombre de la voz sonora—. Resultarían como el maná caído del cielo. Sentimos mucho haberle desvelado. No sabíamos que nos oyera.

—No se preocupen por eso. Prefiero jugar al póquer que dormir. Me llamo Mason.

—Y yo, Hammond —dijo el que le había abierto la puerta.

Los demás dijeron sus nombres también.

Mason acercó una silla, compró fichas y oyó pisadas que bajaban por el corredor y se dirigían al piso de Edith de Voe. Unos quince minutos después, cuando ganaba doce dólares y treinta centavos, oyó una sirena y, poco después, el tañido de la campana de una ambulancia.

Los jugadores se miraron unos a otros con inquietante alarma.

—Más vale que liquidemos y escondamos todo lo que permita suponer que se ha estado jugando aquí —dijo Mason.

—No será usted detective por casualidad, ¿eh...?

Mason se echó a reír.

—Que me registren. No creo que vengan aquí, muchachos. Suena como si hubiera algo al otro extremo del corredor que les interesara. Con toda seguridad se tratará de alguno que está dando una paliza a su mujer.

Los hombres se pararon a escuchar. Oían pisadas por el corredor. Hammond cogió el gabán de encima de una silla y se lo puso, diciendo:

—Bueno, muchachos. Dejémoslo para la semana que viene. De todas formas, ya era hora de retirarnos.

Mason se desperezó y bostezó mientras cambiaba las fichas del dinero.

—Me parece que será mejor que salga ahora a tomar un tortita y una taza de café —observó.

—Tengo un coche ahí fuera. ¿Quiere que le lleve yo?

Mason movió afirmativamente la cabeza. Salieron juntos del piso. Dos coches de la policía y una ambulancia estaban parados junto a la acera.

El compañero de Mason dio señales de curiosidad.

—¿Qué estará ocurriendo aquí? Parece como si le hubiese pasado algo a alguien.

—Quizá sea éste el momento más indicado para marcharse de aquí —observó Mason—. No me importa pasarme las noches durmiendo o jugando al póquer; pero me hace muy poca gracia pasar los ratos de ocio contestando las preguntas que hagan un puñado de guardias estúpidos.

Su compañero movió afirmativamente la cabeza.

—Mi coche está a la vuelta de la esquina —dijo—. Vamos.

Capítulo 10

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular y encendió la luz. Consultó su reloj de pulsera, se acercó al teléfono, marcó el número de la agencia Drake de detectives y supo, por la telefonista de guardia, que Paul Drake no estaba y que no había telefonado. Mason dijo su nombre y dio instrucciones para que Drake se pusiera en contacto con él, y cortó la comunicación. Se metió los pulgares en las sisas del chaleco y empezó a pasear por el despacho, pensativo.

Unos minutos más tarde, unos dedos tablearon suavemente en el antepaño de la puerta del corredor. Perry Mason abrió y Drake lo saludó con una sonrisa.

—¿Consiguió averiguar algo, Paul? —preguntó.

—Bastante.

—¿Qué ocurrió después de marcharme yo?

—Mucho trabajo de rutina. Interrogaron a Shuster. Se negó a decir quién le había dicho que el cadáver había sido exhumado, conque telefoneé yo a la secretaria de Shuster y le dije que me encontraba en un lío, por un asesinato, y que necesitaba ver a Shuster inmediatamente.

—¿Cómo dio usted con ella?

—Eso es cosa fácil. Shuster es uno de los abogados que reciben llamadas telefónicas a todas horas del día y de la noche. El listín de teléfonos lleva el número de su despacho y una nota en la que se dice que, caso de no recibir contestación en dicho número, que se telefonee a otro que se da. El otro número es el del piso de su secretaria.

—Ya. ¿Averiguó usted algo por ese conducto?

—Sí. Que esperaba que le telefonara Shuster de un momento a

otro. Me dijo que alguien le había llamado con urgencia cosa de una hora antes que yo. No sabía exactamente qué asunto era el que le había hecho salir; pero que tenía entendido que se trataba de un asesinato.

—Así pues, no fue para darle la noticia de la exhumación.

—Al parecer, no.

—Pero, cuando llegó a la casa, ya estaba enterado.

—Justo.

Mason, con los pulgares en las sisas del chaleco, tabaleó con los dedos en su pecho.

—En otras palabras, Paul, quiere usted decir que *después* de haber recibido Shuster esa llamada telefónica misteriosa, salió y se puso en contacto con alguien que quería que se dirigiese a toda prisa a casa de Laxter.

—¿Por qué no? Cosas más raras se han visto. Supongo que no creerá usted que Shuster se presentó nada más que porque creía que sus clientes debían saber que el cadáver había sido examinado, ¿verdad?

—Es probable que no —respondió Mason pensativo.

—Shuster es astuto —advirtió Drake—. No le estime usted en menos de lo que vale.

—No lo haré, descuide. ¿Qué más sabe usted, Paul?

—Muchísimas cosas.

—Desembuche.

—¿Sabía usted que Frank Oafley y Edith de Voe estaban casados?

Perry Mason interrumpió su paseo de un lado a otro del despacho.

—Hace cuatro días —prosiguió Drake— solicitaron una licencia de matrimonio. Obtuvieron la licencia hoy. Uno de mis hombres se enteró.

—Esa ha sido una buena faena, Paul. ¿Cómo lograron guardar el secreto?

—Dieron domicilios falsos. Oafley alquiló un piso de soltero por unos días y dio esas señas como domicilio suyo al solicitar la licencia a nombre de F. M. Oafley.

—¿Está seguro de que se trata del mismo?

—Sí; uno de mis hombres se aseguró mediante una fotografía.

—¿Cómo sabe usted que están casados?

—No estoy seguro; creo que se casaron esta noche.

—¿Por qué cree usted eso?

—Oafley telefoneó a un cura protestante y acordó reunirse con él en cierto sitio. El ama de llaves soltó esa información... Me la soltó a mí, no a la policía.

—¿No ha confesado Oafley aún?

—No; no ha dicho ni media palabra. Dijo que había salido a «ver a una persona amiga» y Burger no insistió.

—¿Averiguó usted el nombre del cura?

—Se llama Milton. Conseguí el número de su teléfono; pero no sé su nombre de pila. Podemos encontrar las señas en el listín.

Mason reanudó su paseo por el despacho pensativo.

—Lo malo de Shuster, Paul —dijo—, es que siempre quiere ayudar a la policía a encontrar al «culpable». Si dejan a Shuster en paz, el «culpable» es siempre una persona que no sea cliente de Shuster.

—Los dos clientes de Shuster pueden probar divinamente la coartada en este caso, Perry.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sam Laxter no se acercó para nada a la casa en toda la noche. Llegó después de haberse presentado la policía. Frank Oafley estuvo ausente hasta eso de las once y entonces entró. A Ashton lo mataron alrededor de las diez y media.

—¿Cómo han podido fijar la hora?

—Mediante toda esa suerte de combinaciones vampirescas en que especializan los médicos que se dedican a las autopsias. Saben a qué hora comió y pueden calcular hasta qué punto había progresado la digestión.

Mason cogió el sombrero.

—Vamos, Paul; nos vamos de visita.

—¿Adónde?

—De visita, simplemente.

—Una de las características de los casos de que usted se encarga —observó Drake— es que no puede uno dormir.

Mason salió a la calle.

—¿Tiene usted el coche aquí, Paul?

—Sí.

—Vamos a la avenida Melrose, 2961. Yo he guardado mi coche. El detective repitió la dirección y luego dijo:

—Ahí es donde vive Douglas Keene.

—Justo. ¿Está la policía investigándole?

—No en particular. Sólo está coleccionando nombres y señas, de momento, y yo tomé notas. Es el novio de Winnie, ¿no? Había otro llamado... ¿Cómo se llamaba? —consultó su libro de notas—. Inman... Harry Inman.

—Así es. Vamos. Usaremos el coche de usted.

—Bueno —contestó el detective—: mi coche ha sido escogido cuidadosamente para que no llame la atención. No se distingue, si es que usted me comprende...

—Calculo —dijo Mason riendo— que hay un millón de automóviles en este Estado. Cien mil de ellos son nuevos. Doscientos mil son seminuevos... y éste es...

—Uno de los setecientos mil restantes —completó el detective, abriendo la portezuela de un coche desvencijado. Mason se subió a él. Drake se colocó al volante y puso en marcha el motor.

—¿Va a interesarse la policía por este muchacho? —inquirió Drake.

—Es un riesgo que hemos de correr.

—En tal caso —observó el detective— dejaremos el coche a una manzana o dos de la casa y recorreremos a pie el resto de la distancia.

Mason afirmó con la cabeza, pensativo.

—Y pida usted a Dios que no nos interrumpan mientras estemos efectuando el registro.

—¿Vamos a forzar la entrada? —inquirió Drake, mirándole de soslayo.

—Procuraremos no romper cosa alguna.

—Por lo que deduzco, usted lo que quiere es que yo lleve un equipo de abrir y cerrar puertas.

—Algo así.

—Llevo uno en el coche; pero... ¿qué será de nosotros si nos pesca la policía?

—Se trata del piso de Douglas Keene y el muchacho es cliente mío, aun cuando él no lo sepa. Voy a entrar en el piso con el fin de proteger sus intereses. Ya sabe usted que sólo puede llamarse «robo con escalo» cuando se entra ilegalmente en un sitio con intención de llevar a cabo un acto criminal.

—Esas distinciones resultan demasiado rebuscadas para mí —confesó Drake—. Dejo a cargo de usted el que no caigamos en la cárcel. Me parece que puedo ya correr los mismos riesgos que usted. Vamos.

El coche de Drake era decididamente poco conspicuo en color, modelo y forma. Mason suspiró resignado al ponerse el automóvil en movimiento.

—¿Figura Keene como sospechoso en algo? —inquirió el detective.

—Por eso vamos a su casa... Es preciso que lleguemos antes que nadie.

—¿Quiere usted decir con eso que entrará en escena más adelante?

Mason no respondió a la pregunta y Drake añadió:

—Deduzco que eso significa que lo que no sé no puede hacerme daño.

Un cuarto de hora más tarde paró el coche junto a una acera desierta, miró de un lado a otro de la calle, apagó los faros y cerró el coche.

—Tenemos que recorrer a pie dos manzanas —observó—. Esto es lo más cerca que se puede dejar el automóvil en un asunto de esta clase...

—Si se tratase de un robo de verdad —comentó Mason—, supongo que lo hubiera dejado usted a una milla.

Drake afirmó enfáticamente con la cabeza.

—Y, además, me hubiera quedado sentado al volante —asintió—. Ustedes, los abogados, corren demasiados riesgos con la ley para mi gusto.

—Yo no soy abogado —rió Mason— más que como diversión. Mi verdadera profesión es la de aventurero.

Los dos hombres caminaron juntos, aprisa, sin decir una palabra; pero sus ojos, inquietos, andaban alerta, buscando coches de la

brigada volante de la policía, que pudieran andar por allí. Doblaron la esquina, caminaron las tres cuartas partes de una manzana y Drake dio un codazo al abogado.

—Ya hemos llegado —dijo.

—La puerta exterior debiera de ser fácil —dijo Mason.

—Sencillísima —asintió Drake con optimismo—. Están construidas estas puertas para poderlas abrir con llave maestra. Casi cualquier cosa las abre. ¿Viene alguien por las cercanías?

—No se ve un alma.

—Bueno, ábrase el gabán de forma que oculte la luz de mi lámpara de bolsillo.

Un momento después se abría la puerta y los dos hombres la franqueaban.

—¿Qué piso? —preguntó Drake.

—El tercero.

—¿Qué puerta?

—La 308.

—Más vale que subamos por la escalera.

Subieron la escalera silenciosamente. En el tercer piso, Drake echó una mirada profesional a la cerradura de las puertas.

—Son de las que se cierran de golpe —observó.

Encontró la 308, se detuvo y preguntó en un susurro:

—¿Y si llamáramos?

Mason movió negativamente la cabeza.

Drake suspiró:

—Iríamos más aprisa descorriendo el picaporte.

Mason contestó lacónicamente:

—Vayamos aprisa, pues.

Había una ranura muy pequeña entre la puerta y el marco. El detective extrajo un estuche de cuero del bolsillo y sacó de él un instrumento que se parecía mucho a la larga y delgada espátula que usan los pintores.

—Coja usted la lámpara, Perry.

Mason obedeció. Drake introducía la hoja de acero cuando el abogado le asió por la muñeca.

—¿Qué es eso?

Drake miró las singulares huellas que le indicaba Perry Mason.

—Alguien se nos ha adelantado —dijo—. A lo mejor aún están ahí dentro.

Ambos hombres miraron al punto en que se había aplastado ligeramente la madera.

—Un trabajo bastante mal hecho —observó Drake.

—Entremos —contestó Mason.

—Usted manda.

E introdujo la hoja de acero. La manipuló unos instantes. La cerradura se abrió.

—Haga girar el pomo y abra la puerta, Perry —dijo el detective, sujetando la lengüeta de la cerradura para que ésta no volviera a cerrarse.

Perry Mason obedeció y ambos entraron en la casa.

—¿Luz? —inquirió Drake.

Mason asintió y dio el interruptor.

—Es el sitio más indicado para *no dejar* huellas digitales, Paul —dijo.

Drake le miró con cierta extrañeza que acentuó el aspecto humorístico de sus facciones.

—¿Me dice *usted* eso a *mí*? —inquirió.

Mason miró a su alrededor.

—No ha sido usada la cama —dijo.

—Está abierta —observó Drake— y la almohada está aplastada.

—A pesar de eso, nadie ha dormido en ella. No hay cosa más difícil de imitar que la clase de arruga que se forma en una sábana con el prolongado contacto de un cuerpo.

El piso era típico de un soltero. Los ceniceros estaban llenos de colillas. Había una botella de whisky, un vaso sucio, un par de cuellos sucios y un sujetador de corbata sobre la mesa. Media docena de corbatas colgaban del soporte del espejo. La puerta de un armario ropero estaba abierta, exhibiendo varios trajes que colgaban de una varilla. Los cajones de la cómoda estaban medio abiertos.

Mason los abrió del todo y los miró, pensativo.

—Una maleta —dijo— hecha a todo correr.

Sacó pañuelos, calcetines, camisas y ropa interior.

—Asomémonos al cuarto de baño, Paul —agregó.

—¿Qué es lo que busca?

—No lo sé. Busco, sencillamente.

Mason abrió la puerta del cuarto de baño y retrocedió bruscamente.

Drake, que se había asomado por encima de su hombro, emitió un silbido y dijo:

—Si es cliente de usted, más vale que le haga confesarse culpable.

Alguien que trabajaba con el frenesí inspirado por el pánico había intentado evidentemente eliminar todo rastro de sangre de la ropa que había en el cuarto de baño, y no había hecho bien el trabajo. El lavabo estaba salpicado de sangre. Habían echado agua al baño, pero no lo habían desaguado después. Era esta agua de un color rojizo achocolatado. Había sido lavado un pantalón y colgado a secar de la varilla de metal de la que colgaba la cortina de la ducha. Habían sido lavados unos zapatos con agua y jabón al parecer y el lavado había sido insuficiente. Aún quedaban manchas en el cuero.

—Echaremos una mirada al armario —dijo Mason.

Y volvieron al armario. La lámpara de Drake iluminó los rincones oscuros y se vio un montón de ropa sucia. Drake quitó la ropa de encima del montón y se detuvo al dar la luz sobre prendas salpicadas de sangre.

—Bueno —dijo—; pues no hay nada más que ver.

Mason volvió a meter la ropa en un rincón de un puntapié.

—Bien, Paul —dijo—: ya hemos acabado aquí.

—Ya lo creo. Oiga, ¿cuál es la definición técnica de lo que estamos haciendo aquí?

—Eso —respondió Mason— depende de si la definición la hago yo o de si la hace el fiscal. Vamos; marchémonos de aquí.

Salieron del piso apagando las luces y cerrando la puerta tras sí.

—Busquemos al cura ése —propuso Mason.

—No saldrá a la puerta —objetó Drake— ni nos dejará entrar nada más que para contestar a nuestras preguntas... a estas horas de la madrugada, por lo menos. Es más probable que llame a la policía.

—Usaremos a Della —dijo Mason—; y le haremos creer que se

trata de dos enamorados que se han escapado de casa para casarse.

Hizo que Drake condujera hasta un restaurante donde había teléfono y llamó a Della Street. Oyó su voz soñolienta.

—Empieza a convertirse en costumbre mía eso de despertarla a usted a las tantas de la madrugada —dijo—. ¿Qué tal le sentaría a usted fugarse y casarse a estas horas, Della?

Se oyó una exclamación de asombro.

—Quiero decir —le explicó Mason— hacer creer que huye usted de casa para casarse.

—¡Ah! —respondió ella con voz sin expresión—. ¿Conque es eso, eh?

—Eso es. Vístase, que vamos a buscarla. Será una experiencia nueva para usted. Va usted a ir en un coche que cada vez que toque un bache hará que se le ondule la espina dorsal; conque no se moleste en darse una ducha. Se despabilará usted a fuerza de sacudidas.

Paul Drake bostezaba prodigiosamente al colgar Mason el auricular.

—La primera noche es siempre la más difícil —dijo—; después de eso me acostumbro a pasarme sin dormir hasta el final... cuando se trata de casos de usted. El día menos pensado, Perry, nos van a pescar y nos van a meter en la cárcel. ¿Por qué demonios no se sienta usted en su despacho y aguarda a que le traigan los asuntos, como todos los demás abogados?

Capítulo 11

Perry Mason tocó el timbre. Della Street le dio un codazo a Paul Drake y le dijo:

—Diga algo y ríase. Vamos todos demasiado serios para una boda de esta índole. Estaría usted más natural con una escopeta en la mano. Póngase más cerca de mí, jefe. Lo más probable es que encienda la luz del porche y que se asome.

Drake comentó lúgubrementemente.

—¿Por qué habrá de reírse uno del matrimonio? El matrimonio es una cosa muy seria.

Della Street soltó un gemido.

—Debiera yo haber tenido más sentido común y no haber acordado fingir una fuga de enamorados con una pareja de solterones recalcitrantes. Tienen ustedes tanto miedo de que algún pez pueda robarles el cebo, que no se atreven a acercarse al anzuelo al agua.

Perry Mason se acercó a su secretaria, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Lo malo de nuestro caso —dijo— es que ni siquiera tenemos sedal.

Se encendió una luz en el vestíbulo. Della le dio un puntapié a Paul Drake en la espinilla y dijo:

—Dese prisa y ríase.

Ella prorrumpió en cascabelina risa al quedar el río inundado de la deslumbradora luz por la bombilla del porche.

El detective hizo una mueca de dolor, se frotó la espinilla y dijo sin la menor alegría:

—Ja, ja.

La puerta se abrió dos o tres pulgadas. Una cadena de seguridad

impidió que se abriera más. Los ojos de un hombre les miraban con cautela.

—¿El reverendísimo Milton? —inquirió Perry Mason.

—Sí.

—Deseábamos verle a usted... acerca de... una boda.

Los ojos del hombre expresaron extrema desaprobación.

—Éstas no son horas de casarse —dijo.

Mason se sacó una cartera del bolsillo y extrajo de ella un billete de cinco dólares, luego otro, después un tercero y luego un cuarto.

—Siento mucho —dijo— haberle despertado.

Después de unos instantes de vacilación, Milton quitó la cadena de seguridad y dijo:

—Pasen. ¿Tienen licencia?

Mason se echó a un lado mientras Della entraba en el vestíbulo; luego Drake y él entraron. Drake cerró la puerta de un puntapié. Mason se colocó de forma que se hallara entre la puerta interior y el hombre que llevaba batín, pijama y zapatillas.

—Recibió usted esta noche la visita de un individuo llamado Oafley —afirmó Mason.

—¿Qué tiene esto que ver con ese matrimonio? —preguntó Milton.

—Ésa es la boda de que veníamos a hablarle.

—Lo siento. Entraron ustedes aquí mediante engaño. Dijeron que deseaban casarse. No me interesa responder a pregunta alguna respecto al señor Oafley.

Perry Mason enarcó las cejas, sorprendido. Luego frunció el entrecejo y dijo con beligerancia:

—Oiga, ¿qué está usted diciendo? ¿Qué es eso de que hemos entrado aquí mediante engaños?

—Dijo usted que querían casarse.

—No dije tal cosa. Le dijimos que queríamos hablarle de *un* matrimonio. Era del matrimonio de Oafley con Edith de Voe.

—No dijeron ustedes eso.

—Bueno, pues lo decimos ahora.

—Lo siento mucho, señores; pero nada tengo que decir.

Mason miró expresivamente a Paul Drake, indicó con un gesto el teléfono que había cerca de la puerta del vestíbulo y dijo:

—Bueno, Paul; llame a jefatura.

Drake se acercó al teléfono. Milton hizo una mueca, se humedeció los labios, nervioso, y exclamó sorprendido:

—¿A jefatura?

—Naturalmente —respondió Mason.

—¿Quién es usted?

—*Ese hombre* —contestó el abogado, señalando a Drake— es un detective.

—Oiga —murmuró Milton, nervioso—: no quiero yo meterme en un lío por este asunto.

—Eso ya me lo figuraba yo... Aguarde un momento, Paul. No llame a jefatura aún. Pudiera ser que este hombre fuese inocente.

—¡Inocente! —exclamó Milton—. ¡Claro que soy inocente! Solemnice un matrimonio, de ahí todo.

El semblante de Mason expresó la más viva incredulidad.

—¿Y no sabía usted que la mujer tenía otro marido vivo? —preguntó.

—¡Claro que yo no sabía que la mujer tuviese otro marido vivo! ¿Qué es lo que insinúa usted? Se atreve usted a decir que yo soy capaz de efectuar un enlace bigamo sabiendo que se trataba de bigamia.

Y la voz de Milton se alzó en trémula indignación.

Della Street se adelantó, le cogió del brazo y dijo apaciguadora.

—No se preocupe. No se altere. No es eso lo que quiere decir el jefe.

—¿El jefe? —exclamó Milton, desorbitando los ojos.

—¡Oh! Lo siento —murmuró Della—. No debí decir eso.

—¿Quién es usted exactamente y qué desea? —preguntó Milton.

—Contestaré primero a la pregunta segunda. Queremos saber exactamente a qué hora casó usted a Edith de Voe con Frank Oafley.

Milton estaba ya dispuesto a hablar.

—Las dos partes tenían mucho interés en que no se divulgara su matrimonio; pero yo no sospeché que pudiera tratarse de un caso de bigamia. Recibí una llamada telefónica a eso de las nueve, pidiéndome que acudiera a ciertas señas. El que me llamó por teléfono me aseguró que se trataba de un asunto de mucha

importancia; pero no me dijo quién era. Fui a dicha dirección. Encontré al señor Oafley, al que había visto ya anteriormente, y a una joven que me fue presentada con el nombre de Edith de Voe. Tenían una licencia matrimonial en regla, y como ministro del Señor, solemnizó el matrimonio.

—¿Hubo testigos?

—Había unos hombres en el piso de al lado, que estaban... ah... ah... reunidos. Creo que es posible que estuvieran jugando a las cartas. El señor Oafley se acercó a la puerta y les pidió que hicieran de testigos en la ceremonia.

—¿A qué hora se efectuó el enlace?

—A eso de las diez.

—¿Cuándo salió de allí?

—Veinte minutos más tarde. Los hombres se mostraron muy amables, muy cordiales, muy... bueno, muy buena compañía. Hubo una pequeña fiesta... Claro está, yo no bebí nada y no puedo decir que aprobara aquello; pero, sin embargo, era gente muy interesante y era imposible marcharse inmediatamente.

—¿Quiere usted decir que bebieron unos brindis a la salud de los novios?

—Brindaron repetidamente por la novia, por el novio y por mí.

—¿Sabe usted a qué hora exactamente salió de allí?

—No; serían aproximadamente las diez y cuarto, quizás unos minutos más.

—¿Le pagaron a usted bien?

—Muy bien; pero que muy bien.

Mason preguntó lentamente:

—¿Cuánto tiempo hacía que conocía usted a Frank Oafley?

—Ha estado en mi iglesia en varias ocasiones.

—¿Asistía con regularidad?

—No; con regularidad, no; pero había estado allí y había hablado yo con él.

—¿Le presentó a la muchacha?

—Sí. Y el piso estaba a su nombre: al de la propia Edith de Voe.

—¿Le dijeron a usted por qué tenían deseos de guardar el secreto del matrimonio?

—No. Deduje que había algo de oposición por parte de la

familia. Creo que la joven era enfermera y el señor Oafley pertenece, según creo, a una familia bastante rica. Sin embargo, no presté mucha atención a eso. Llevé a cabo la ceremonia y...

—Y besó a la novia, supongo —le interrumpió Mason con una sonrisa.

El reverendo Milton no pareció encontrar nada de gracioso en el comentario. Dijo con mucha seriedad:

—Si quiere que le diga la verdad, no hice tal cosa. La novia me besó a mí cuando se marchaba.

Mason hizo una seña con la cabeza a Paul Drake y se volvió hacia la puerta.

—Nada más —dijo.

—¿Era bígamo el matrimonio?

—En vista de lo que me dice, no creo que lo fuera. Pero quería comprobarlo. Ya sabe usted que los matrimonios celebrados en circunstancias tan singulares resultan siempre sospechosos.

El trío salió apresuradamente, dejando a Milton parpadeando y aturdido. Luego cerró la puerta de golpe y oyeron el ruido de la cadena de seguridad al caer en su sitio y el rechinar del cerrojo.

—Yo soy abogado —comentó Mason— y rara vez se me ocurre echar la llave a mi puerta. Este individuo se supone ha de tener confianza ilimitada en la humanidad; y, sin embargo, él se atrinchera tras toda suerte de dispositivos a prueba de ladrones.

—Sí —respondió Della Street con una risita nerviosa—; pero a usted no tiene que seguirle ninguna recién casada para besarle.

Mason se echó a reír.

—Y ahora, ¿qué? —inquirió Paul Drake.

—Si podemos salir con vida de la prueba de hacer otro viaje en ese coche de usted, vamos a visitar a Winifred.

—¿Sabe usted dónde encontrarla a estas horas de la noche? —preguntó Drake.

—Sí; vive en el fondo de la cafetería.

—No debemos armar jaleo por allí. Habrá vigilantes y...

—La telefonearemos y le diremos que vamos. Es decir, le diré que voy yo. Les presentaré a ustedes dos en cuanto lleguemos.

—¿Se le ha ocurrido a usted pensar —inquirió Drake lentamente — que este matrimonio se estaba celebrando a la misma hora que

estaban asesinando a Ashton en su casa y que, por lo mismo, tanto Oafley como Edith de Voe pueden probar, sin dificultad, la coartada?

—Se me han ocurrido muchas cosas —contestó Mason— que no pienso discutir de momento. Vamos.

Subieron al coche de Drake. Mason detuvo el coche una vez para telefonar a Winifred, y luego, cuando Drake hubo parado el coche delante de la cafetería, les impuso silencio al hacer que se ocultaran en las sombras, cerca de la entrada, mientras él se paraba ante la puerta vidriera y llamaba con los nudillos.

Un momento más tarde vio salir unos rayos de luz difusa de la puerta que había al fondo del establecimiento, y luego la flexible figura de Winifred, en *negligée* de seda, se dirigió a él. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Mason dijo:

—Usted conoce a Paul Drake. Me acompañaba la primera vez que vine aquí. Y ésta es Della Street, mi secretaria.

Winifred soltó una fuerte exclamación de alarma.

—Yo no sabía que me iban a presentar gente —murmuró— y no quiero que sepa nadie nada de...

—No se preocupe —le interrumpió el abogado—. Nadie sabe una palabra de nada. Queremos hablar con usted.

Abrió la puerta y luego, cuando hubieron entrado sus compañeros, la cerró cuidadosamente. Winifred abrió el camino hacia su alcoba, que, al parecer, se hallaba exactamente igual que cuando Perry Mason la viera la última vez, salvo en que se había dormido en la cama.

—¿Dónde está Douglas Keene? —preguntó Mason.

Ella frunció el entrecejo y dijo:

—Ya le dije a usted cuanto sabía de él.

—No quiero que se crea usted que estoy traicionando la confianza que ha depositado usted en mí —le dijo Mason—; pero es necesario que esta gente sepa lo que está ocurriendo porque han de ayudarnos. Paul Drake es un detective que se encarga de mucho trabajo mío. Della Street es mi secretaria y está siempre al corriente de todos mis asuntos. Puede usted confiar a ciegas en su discreción.

Y ahora quiero saber dónde está Douglas Keene.

—No sé dónde está; sólo sé que mandó un mensaje diciéndome que iba a marcharse adonde nadie pudiera encontrarle.

—Enséñeme ese mensaje.

Alzó la almohada y sacó un sobre en el cual iba escrito su nombre. No llevaba ninguna otra cosa: ni dirección ni sello. Abrió el sobre y sacó de él un trozo de papel doblado. Después de vacilar unos instantes, le entregó el papel a Perry.

Mason, en el centro del cuarto, con los pies muy separados, los hombros cuadrados, leyó la carta con rostro inescrutable. Cuando acabó, dijo:

—Voy a leer esto en voz alta.

Y luego, con voz monótona:

Querida: me encuentro ante una complicación de circunstancias contra las cuales no puedo luchar. Perdí la cabeza y cometí un error y no tendré más ocasión de rectificarlo. Haz el favor de creerme cuando te digo que soy inocente de todo crimen; pero necesitarás de mucha fe en mí para seguir creyéndolo ante la cantidad de pruebas que se aducirán contra mí. Voy a desaparecer de tu vida para siempre, la policía no me cogerá jamás. Soy demasiado listo para meterme en las trampas en que caen la mayoría de los que huyen de la Justicia. Viajaré en avión y nadie me encontrará jamás. Ashton tenía escondidos los diamantes Koltzdorf en su muleta. Había hecho un hueco en ella para darles cabida. Los diamantes siguen estando en la muleta. Avisa a la policía, anónimamente, y que ellos sigan el rastro de la muleta. Siempre te amaré; pero no pienso arrastrar tu nombre por el fango de una causa por asesinato. Procura hacer que Ashton hable. Él puede decir muchas cosas. Tuyo amantísimo,

Douglas

Mason contempló la carta con fijeza unos instantes; luego se volvió bruscamente hacia Winifred Laxter.

—No me enseñó usted esta carta cuando estuve aquí antes — dijo.

—No; aún no la tenía.

—¿Cuándo la recibió?

—La metieron por debajo de la puerta.

—¿Después de irme yo?

—Sí, supongo que sí. Tiene que haber sido después si no la vio usted al salir.

—Dijo usted que Douglas la había telefoneado.

—Sí.

—¿No le dijo a usted lo de los diamantes?

—No.

—¿Cómo sabía él dónde estaban los diamantes?

—No lo sé; no sé más que lo que dice la carta.

—¿Le quiere usted?

—Sí.

—¿Eran ustedes prometidos?

—Íbamos a casarnos.

—Usted no le llamaba Douglas.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Le daba usted algún nombre cariñoso?

Ella bajó la vista y se ruborizó.

—Y —prosiguió Mason— cuando usted no le llamaba por el nombre cariñoso, tampoco le llamaba Douglas... Le llamaba Doug.

—¿Importa eso algo?

—Nada más que lo siguiente: Si Douglas le hubiese escrito a usted esta carta, la hubiera firmado «Doug» u otro nombre cariñoso y hubiera sido mucho más trágico. Hubiera tenido algunas frases de cariño y le hubiese dicho a usted adiós, y le hubiera dicho que la quería. Esa carta no fue escrita para usted, fue escrita para el público. Es una carta que le fue dada para que se enseñe a la gente.

Ella miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios apretados, como si quisiera impedir que se le escapara una queja o alguna declaración perjudicial.

—Esta carta es una pantalla. Douglas la telefoneó y le dijo que se encontraba en un apuro muy serio. No quería marcharse sin verla. Vino a despedirse. Usted le convenció para que se quedara. Le dijo usted que había retenido mis servicios y que yo declararé todo. Le pidió usted que quedara donde pudiera estar en contacto con él

hasta que hubiera hecho yo una investigación completa.

El semblante de Winifred no varió en absoluto de expresión; pero cerró el puño derecho y lo alzó lentamente hasta apretarse fuertemente los labios con él.

—Conque —prosiguió Mason, inexorablemente— Douglas Keene consintió en quedarse cerca de usted hasta que la policía lo hubiera descubierto todo y yo hubiera intentado explicar los hechos de tal forma que dejaran demostrada su inocencia. Pero quería usted despistar a la policía; conque Douglas Keene dejó esta nota que había usted de darme a mí, y más tarde a los policías.

Mason la señaló con el dedo índice rígido.

—Hable —dijo—; no le mienta usted a su abogado. ¿Cómo demonios quiere que la ayude si se empeña en ocultarme la verdad?

—No —contestó—; eso no es verdad. Eso... ¡Oh!

Se dejó caer sobre la orilla de la cama y rompió a llorar.

Mason se dirigió a la puerta del ropero y la abrió de un tirón; fue al cuarto de la ducha, abrió la puerta y miró dentro. Frunció el entrecejo, pensativo, y moviendo negativamente la cabeza dijo:

—Es demasiado inteligente para tenerle donde es probable que mirara la policía. Paul, ande y vea si no hay por aquí algún cuarto que sirve para almacenar cajas y todo eso.

El abogado se dirigió a la cama, la destapó, tocó la ropa y movió afirmativamente la cabeza.

—Una manta nada más —dijo—. Se ha quitado algunas de las mantas para dárselas a él.

Della Street se acercó a Winifred, la rodeó con un brazo y le dijo, consolándola:

—¿No comprende usted, querida, que está intentando ayudarla? Sólo habla con brusquedad porque los momentos son preciosos y es preciso que sepa la verdad para poder preparar su campaña.

Winifred apoyó su cabeza sobre el hombro de Della, y empezó a sollozar.

—¿No quiere usted decírnoslo? —preguntó Della.

Winifred negó con la cabeza, moviéndola de un lado a otro sobre el hombro de la secretaria.

Mason salió al pasillo, miró a su alrededor y empezó a examinar los rincones y a mirar debajo del mostrador.

Paul Drake había explorado un pasillo lateral. De pronto emitió un silbido.

—¡Aquí está, Perry!

Winifred profirió un grito, se puso en pie de un brinco y bajó por el pasillo, ondeando su bata tras ella. Mason, andando rápidamente, recorrió la distancia casi tan aprisa como la muchacha. Della Street, caminando más pausadamente, iba la última.

Había una puerta abierta. Dentro se veía un montón de cajones rotos, barriles viejos, algunas latas de pintura, unas cuantas provisiones de repuesto, sillas rotas y varios otros trastos que se habían ido acumulando allí. Un espacio próximo a un rincón había sido despejado y amontonadas cajas y sillas de tal manera que lo ocultaran. En el suelo había extendidas dos mantas y una almohada hecha de un saco relleno de papeles. Había una hoja de papel prendida a la manta.

La lámpara de bolsillo de Drake iluminó el rincón y la hoja de papel.

—Una nota —dijo— prendida a la manta.

Winifred dio un salto hacia el papel. El brazo de Mason le cerró el paso.

—Un momento, hermana —dijo—. Se toma usted demasiadas libertades con la verdad. Yo leeré *esta* carta primero.

La carta parecía haber sido escrita en las oscuridad, por lo mal hecha que estaba. Decía:

No puedo hacerlo, querida Winnie. Probablemente no me encontrarían nunca. Pero si me encontrarán, te comprometería demasiado. Me parecería que estaba ocultándome detrás de ti, usándote como pantalla. Quizá si las cosas salen bien, me pondré en contacto contigo. Pero sé que te estarán vigilando a ti y que examinarán toda tu correspondencia. Conque no tendrás noticias mías en una temporada. Muchos besos y abrazos para ti, querida. Tuyo,

Doug.

Mason leyó la nota en voz alta, la dobló y le dijo a Della:

—Cójala pronto. Se va a desmayar.

Winifred pareció a punto de caer, pero se rehízo.

—No debí dejarlo solo —gimió—. Debí comprender que haría una cosa así.

Perry Mason se dirigió a la puerta, apartó de un puntapié una caja de embalajes rota, bajó por el pasillo hasta el cuarto de Winifred, descolgó el teléfono y marcó un número.

—Quiero hablar con el fiscal Hamilton Burger —dijo.

Después de una breve pausa, agregó:

—Perry Mason al habla. Tengo que verle para un asunto de mucho interés. ¿Dónde puedo encontrarle?

El auricular hizo ruidos raros y Perry Mason, con una exclamación de disgusto, colgó el auricular. Marcó otro número y preguntó:

—¿Dirección General de Policía...? ¿Está el sargento Holcomb a mano para ponerse al aparato...? ¡Hola...! ¿El sargento Holcomb? Perry Mason al habla... Sí; ya sé que es tarde... No; no es hora de que estuviese ya acostado. Si quiere dárselas de gracioso, puede ahorrarse el trabajo; y si quiere ser sarcástico, puede irse al mismísimo cuerno. Telefoneé para decirle que yo, personalmente, le garantizo que Douglas Keene se entregará a la policía a las cinco de la tarde de hoy... No; no en la Dirección General. Eso les proporcionaría a ustedes la ocasión de cogerle por el camino y acusarle de ser un fugitivo. Le telefonearé a usted desde un lugar que escogeré yo. Podrá usted ir allá y recogerle. No intente usted escamotearle esta noticia a los periódicos, porque pienso dársela yo... Sí; le entregaré a las cinco de la tarde...

Winifred Laxter saltó hacia el teléfono.

—¡No, no! —gritó—. ¡No! ¡Usted no puede...!

Perry Mason la apartó de un empujón.

—A las cinco —dijo.

Y colgó el auricular.

Della Street asió a la muchacha de un brazo, Paul Drake la cogió por el otro. Estaba forcejeando con ellos y tenía la mirada clavada en el rostro de Perry Mason con una expresión de terror.

—¡No puede usted hacerlo! —aulló—. ¡No debe usted hacerlo!

¡Usted...!

—Dije que lo haría —afirmó el abogado lentamente—; y, ¡vive Dios que lo haré!

—Nos está traicionando.

—Yo no traiciono a nadie. Me pidió usted que le representara. Pues bien, voy a representarle. El muchacho ha hecho una tontería. No es más que un chiquillo. Se asustó hasta el punto de salir de estampida. Alguien le ha hecho una trastada. Yo voy a volverle a meter en vereda.

»Leerá los periódicos. Leerá que yo le estoy representando. Leerá que yo he garantizado personalmente entregarle a las cinco de la tarde. El sabe que yo estoy obrando por cuenta de usted. Volverá y se entregará.

—Jefe —exclamó Della—: ¿y si *no* se pone en contacto con usted? ¿Y si leyera la noticia en el periódico y siguiera escondido?

Perry Mason se encogió de hombros.

—Vamos —le dijo a Paul Drake—; más vale que volvamos al despacho. Los periodistas van a hacernos muchas preguntas.

Se volvió hacia Della Street.

—Usted quédese aquí hasta que la muchacha se tranquilice. No la deje ceder a la histeria ni hacer ninguna tontería. En cuanto pueda usted dejarla sola, venga al despacho.

Della se cuadró e hizo burlescamente un saludo militar.

—A la orden, jefe —dijo.

Se volvió a Winifred Laxter.

—Vamos, nena, tranquilícese de una vez.

—Ya me... me... me han tran... tranquilizado —contestó Winifred, conteniendo a duras penas las lágrimas—. Mé... métase donde la lla... llaman y vá... váyase a su des... des... despacho.

Capítulo 12

La luz eléctrica derramaba una iluminación pálida sobre el despacho de Perry Mason. Era la hora en que peor aspecto tienen los trogloditas de la ciudad, los que viven en las cavernas de cemento armado.

Perry Mason, estirado en su sillón giratorio, posó los talones en la esquina de la mesa y encendió un cigarrillo.

—Cuando lleguen los periodistas, Della, hágalos esperar en la oficina y luego hágalos pasar a todos al mismo tiempo.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Estaba preocupada.

Paul Drake se acercó y se sentó en el borde de la mesa de Perry.

—Sería mejor —dijo— que usted y yo uniéramos unos cuantos informes.

El semblante de Perry Mason carecía de expresión.

—Informes..., ¿de qué?

—Mis agentes me dicen que Edith de Voe murió asesinada. Le dieron en la cabeza con una porra. La porra era parte de una muleta serrada.

Perry fumó en silencio.

—Comprendí, naturalmente, que usted llevaba un objeto determinado al ir al piso de Doug Keene. Cuando vi la ropa manchada de sangre, me di cuenta de que no podía ser el asesinato de Ashton.

—Pero por entonces —inquirió Mason—, ¿no sabía usted una palabra de la muerte de De Voe?

—Claro que no.

—Pudiera ser bueno recordar eso... si es que le interrogaran.

—¿Sabía usted algo?

Mason fijó la mirada en la ventana, viendo amanecer.

Después de unos momentos, cuando comprendió Drake que Mason no tenía la menor intención de responder ya a la pregunta, prosiguió.

—¿Conoce usted a un tal Babson? Es un ebanista muy hábil. Hace toda clase de muletas.

El rostro de Mason expresó interés.

—Hace un par de semanas, Ashton fue a ver a Babson. Éste era el que le había construido la muleta que llevaba. Quería que le hiciera unas modificaciones en ella. Quería que le hiciera un agujero en la extremidad de la muleta, que lo reforzaran con un tubo de metal y lo forraran con gamuza. Deseaba que le hiciera un paso al tubo para poderlo tapar con rosca, y que quedara todo tapado por la contera de goma de la muleta.

Mason dijo lentamente:

—Eso es interesante.

—Hace cosa de tres días —prosiguió Drake— alguien le interrogó a Babson acerca de ese asunto. Un hombre que dijo llamarse Smith y ser agente de una casa de seguros que se interesaba por los daños sufridos por Ashton en el accidente automovilístico. Quiso saber si Ashton había comprado una muleta nueva o si había hecho introducir modificaciones. Luego lo pensó mejor y empezó a interrogar al Smith ése. Smith se marchó.

—¿Consiguió usted una descripción?

—Metro ochenta de estatura, unos cuarenta y cinco años de edad, pesa unos ochenta kilos, sombrero claro de fieltro, traje azul y una cicatriz rara en la cara. Conducía un «Packard» verde.

—¿Cuándo recibió usted ese informe?

—La telefonista de guardia me lo dio cuando pasé por el despacho. Formaba parte del informe de uno de los muchachos.

—Buena faena —dijo Mason—. ¿Cómo se le ocurrió visitar a Babson?

—Usted quería que se averiguase todo lo posible de Ashton. Conque les dije a mis agentes que no perdieran ripio. Como es natural, nos interesaba el sitio en que había sido construida la muleta.

—Bueno —le dijo Mason—; agregue otro nombre a su lista. Haga seguir a Jim Brandon. Averigüe todo lo que pueda acerca de

él. Vea si él ha estado gastando mucho últimamente.

—Todo eso lo hice ya. Encargué a dos hombres que lo vigilaran en cuanto leí el informe. Ahora, permítame que le haga unas cuantas preguntas.

—¿Por ejemplo? —inquirió Mason.

—Por ejemplo, en qué situación piensa usted encontrarse en este asunto. ¿Era necesario telefonear a la policía prometiendo entregar al muchacho? ¿Por qué hizo usted eso?

—No tuve más remedio que hacerlo —dijo Perry Mason, con rabiosa impaciencia—. ¿No se da usted cuenta del panorama? O es todo lo culpable que puede ser un hombre, o le han tendido un lazo. Si es un lazo, no puede esquivarlo. Ni tiene más remedio que dar la cara. Si intenta huir, lo cogerán. Si la policía lo coge y está huyendo, no hay quien le salve de la pena de muerte. Morirá en el cadalso pese a cuanto pueda yo hacer. Si es culpable y se entrega y da la cara como un hombre, y se confiesa culpable y le cuenta su historia al tribunal, es probable que pueda conseguir que, a lo sumo, le condenen a cadena perpetua.

—Pero..., ¿usted está jugándoselo todo a que no es culpable? —preguntó Della.

—Me estoy jugando todo lo que tengo a que no es culpable.

—Ahí está, precisamente, jefe —protestó Della, indignada—. Está usted jugando demasiado. Se está usted jugando su fama profesional para apoyar a un sentimental del que no sabe usted una palabra.

—Claro que sí —asintió—: yo soy jugador. Quiero vivir la vida. Oímos hablar una barbaridad de la gente que tiene miedo a vivir, a pesar de que abunda mucho ésta. Tengo fe en Winifred y tengo fe en Douglas Keene. Se encuentran en una situación muy difícil y necesitan alguien que los defienda. Pues bien, ese alguien voy a ser yo.

La voz de Paul Drake aún tenía un dejo de súplica.

—Escuche, Perry; no es demasiado tarde para volverse atrás. Usted no sabe una palabra de ese muchacho. Fíjese en la de pruebas que hay contra él. El...

—Cállese, Paul —le ordenó Mason, sin rencor—: sabe usted tan bien como yo la forma en que se acumulan las pruebas.

—Pero..., ¿por qué había de jugarse usted su buen nombre a favor de la inocencia de un muchacho cuando todo indica que es culpable?

—Porque —contestó Mason— yo juego siempre sin postura máxima. Cuando apoyo mi opinión, la apoyo con todo lo que tengo. Procuro no equivocarme.

—El jugar sin postura máxima implica grandes ganancias y grandes pérdidas —observó Della.

Mason dijo, con impaciencia, haciendo un gesto señalándolos:

—¿Qué diablos puede perder un hombre? No puede perder la vida porque la vida no le pertenece después de todo. Sólo la tiene arrendada. Puede perder dinero y el dinero no significa nada comparado con el carácter. Lo único que tiene importancia en realidad es la habilidad del hombre en vivir la vida, en sacarle toda la sustancia posible al pasar por ella, y la forma de sacarle mayor sustancia es jugar siempre sin postura máxima.

Sonó un timbre en la oficina al abrirse y cerrarse la puerta del despacho general. Drake le hizo una seña con la cabeza a Della Street. Ésta se puso en pie y salió. Paul Drake encendió un cigarrillo y dijo:

—Perry, es usted un cruce entre niño y filósofo; un visionario nada práctico y muy luchador; un chico altruista, un escéptico crédulo... y..., ¡maldita sea! ¡Cómo le envidio a usted su forma de ver la vida!

Della Street abrió la puerta y bajó la voz, con aprensión.

—El sargento Holcomb está ahí fuera —dijo— con una nube de periodistas.

—¿Trajo Holcomb a los periodistas?

—No. Yo creo que intentó pillarles la delantera. Pero ellos no se han dejado adelantar. Parece irritado.

Perry Mason rió y exhaló el humo del cigarrillo en forma de anillo.

—Que pasen esos caballeros —dijo.

Della se atrevió a reír.

—¿Va incluido en eso el sargento Holcomb?

—Por esta vez sí —contestó Mason.

Della Street abrió la puerta de par en par.

—Pasen, *caballeros* —dijo.

El sargento Holcomb franqueó la entrada. Detrás de él aparecieron varios hombres que se abrieron en abanico al entrar en el despacho y ocuparon posiciones contra la pared. Algunos de ellos sacaron libros de notas. Todos ellos parecían estar escuchando atentamente; la misma actitud de los espectadores de un combate de boxeo que resbalan hasta el borde de su asiento y alargan el cuello para no perder ni uno de los golpes de un combate que promete ser un torbellino.

—¿Dónde está Douglas Keene? —exigió el sargento.

Perry Mason inhaló el humo del cigarrillo y lo echó por la nariz.

—No tengo la menor idea, sargento —contestó, con el mismo tono de paciencia que emplea una persona al hablar con un niño excitado.

—¡Vive Dios! *Tiene* usted que saberlo.

Mason intentó hacer un anillo de humo y fracasó.

—El aire está demasiado removido —le explicó a Paul en un susurro que se oyó perfectamente—. Es difícil hacer anillos de humo cuando hay demasiada gente en el cuarto.

El sargento golpeó la mesa del abogado con el puño.

—¡Voto a tal! —dijo—, que ya han pasado los tiempos en que ustedes los abogados podían jugar al límite con la ley. Ya sabe usted lo que están haciendo ahora con la gente que cobija a enemigos públicos.

—¿Es Douglas Keene un enemigo público? —inquirió Mason, con ingenuidad.

—Es un asesino.

—¿Sí? ¿A quién ha asesinado?

—A dos personas: a Carl Ashton y a Edith de Voe.

Perry Mason hizo un chasquido con la lengua.

—Vaya, vaya, pues no debía de haber hecho una cosa así, sargento —dijo.

Uno de los periodistas rió audiblemente. El rostro de Holcomb se ensombreció.

—Ande y sea todo lo gracioso que usted quiera —murmuró—; pero voy a fastidiarle a usted por ayudar a un hombre que huye de la justicia. Un fugitivo ante la ley.

—¿Es un fugitivo acaso?

—Ya lo creo que lo es.

—Va a entregarse esta tarde, a las cinco —dijo Mason, dándole otra chupada al cigarrillo.

—Le cogeremos antes de eso.

—¿Dónde está? —inquirió Mason, enarcando las cejas.

—No lo sé —bramó Holcomb—. Si lo supiera le echaría el guante.

Mason exhaló un suspiro, se volvió hacia Paul Drake y dijo:

—Va a echar el guante a Keene *antes* de las cinco de la tarde y, sin embargo, insiste en que *él* no sabe dónde está Keene. Yo he ofrecido entregarle a las cinco, y, sin embargo, no quiere creer que *yo no sé* dónde está. No es lógico.

—No prometería usted entregar a ese hombre a las cinco si no supiera dónde está en este momento. Y está usted preparando algún plan para salvarle mientras le tiene usted escondido —le acusó Holcomb.

Mason fumó en silencio.

—Usted es abogado. Ya sabe lo que le toca al que da cobijo a un asesino.

—Pero —observó Mason, con impaciencia—, ¿y si resultara que no es un asesino después de todo, Holcomb?

—¡Que no es un asesino! —casi aulló Holcomb—. ¿Qué no es un asesino? Pero... ¿sabe usted las pruebas que hay contra ese muchacho? Salió a ver a Carl Ashton. Fue la última persona que vio a Ashton vivo. Ahora escuche esto, y escúchelo bien: Ashton tenía un gato. El gato dormía en la cama de Ashton. Douglas Keene salió a buscar a dicho gato; y lo encontró. Le vieron entrar en el cuarto y salir con un gato en brazos. A Ashton lo asesinaron *antes* de que el gato saliera de allá. El gato había entrado, saltado por la ventana. Había huellas de barro por donde el gato había pasado arriba y abajo de la cama. Hasta había una pisada de gato en el centro mismo de la frente de Ashton, lo que demuestra que el asesinato fue cometido antes de que fuera Keene con el gato. Ashton murió *después* de las diez y *antes* de las once. Keene entró en el cuarto de Ashton un poco antes de las diez y permaneció allí hasta que se fue con el gato *después* de las once.

Mason frunció los labios y dijo:

—Eso hubiera resultado un poco fuerte contra Keene si *estuviera* usted seguro de que era el gato de Ashton el que se llevó.

—Claro que era el gato de Ashton. Le digo a usted que hay testigos oculares. El ama de llaves le vio. Estaba desvelada. Estaba asomada a la ventana cuando se fue Keene. Le vio con el gato en brazos. Jim Brandon, el chófer, conducía un coche al garaje. Al entrar en el paseo, los faros dieron de lleno a Keene. Está dispuesto a jurar que Keene llevaba un gato.

—¿Se refiere usted a *Escoria*?

—Me refiero a *Escoria*, si ése es el nombre del gato.

—En tales circunstancias, el crédito que el jurado diera al testimonio de esas personas dependería de si podían convencer al jurado de la identidad del gato. Y, a propósito, ¿dónde está el gato ahora, sargento?

—No lo sé —contestó Holcomb. Luego agregó—: ¿Lo sabe *usted*? Perry Mason contestó lentamente.

—No creo, sargento, que haya ley alguna en el Código Penal que prohíba el dar asilo a un gato, ¿verdad? Supongo que no pretenderá acusar al gato de asesinato, ¿eh?

—Ande y búrlese todo lo que quiera ¿Sabe usted lo que estoy haciendo aquí? ¿Sabe usted cuál es el verdadero objeto de mi visita?

Mason enarcó las cejas y movió negativamente la cabeza.

Holcomb, golpeando la mesa con el puño, dijo:

—Vine aquí a decirle que se buscaba a Douglas Keene por asesinato. Vine aquí a decirle que estamos obteniendo un mandato judicial para proceder a la detención de Douglas Keene. Vine aquí a decirle las pruebas que había contra Douglas Keene, de forma que, si continúa usted ocultando a Douglas Keene, podemos hacerle condenar a usted y echarle de la profesión. Para *eso* estoy aquí. Voy a decirle a usted todas las pruebas que tenemos. Cuando yo salga de aquí, jamás podrá usted decirle al jurado ni a la Comisión de Quejas del Colegio de Abogados que no sabía usted que se le acusara a Douglas Keene de asesinato y que no conocía las pruebas que había contra él.

—Es un plan bastante astuto, sargento —dijo Perry—. Es más; es

muy astuto. Está usted cerrando la puerta a toda completa defensa que pudiera yo tener, ¿no es eso?

—Exactamente. O presenta usted a Douglas Keene o va usted a ser detenido, procesado y expulsado de la profesión.

—¿Ha acabado usted por completo? —inquirió Mason—. ¿Me ha dicho usted *todas* las pruebas que hay contra el muchacho?

—No; no le he dicho aún ni la mitad.

—Y deduzco, sargento, que tiene usted la intención de decírmelo todo.

Mason inclinó la cabeza con la actitud receptiva de quien está a punto de escuchar atentamente. Pero la voz del sargento Holcomb llenaba todo el despacho y hasta parecía hacer temblar los vidrios de las ventanas.

—Edith de Voe quería ver a Douglas Keene. Le telefoneó y le dejó recados en varios sitios. Douglas Keene fue a verla. Dio la casualidad que el encargado del edificio en que Edith de Voe tenía su piso salía en el preciso momento en que Douglas Keene oprimió el pulsador que hacía sonar el timbre de Edith de Voe. Cuando el encargado abrió la puerta de la calle, Keene aprovechó la ocasión para entrar. El encargado, como es natural, le detuvo y le preguntó dónde iba. Keene dijo que iba a ver a la señorita de Voe, que ella le había mandado llamar.

»Más tarde, el fiscal fue a interrogarla. Yacía en el suelo sin conocimiento. La habían matado de un golpe. Fuimos al cuarto de Douglas Keene. Encontramos que la ropa que había llevado él puesta estaba cubierta de sangre. Tenía sangre en la camisa, en el cuello, en los zapatos y en el pantalón. Había intentado hacer desaparecer las manchas, lavándolas, y había fracasado. Había intentado quemar algunas prendas y también había fracasado en eso. Quedaban tiras de tejido entre las cenizas y dieron una reacción química que demostraba que estaban manchadas con sangre humana.

—¿Estaba el gato allí? —inquirió Mason.

Holcomb se dominó mediante un esfuerzo.

—No; el gato no estaba allí.

—¿Cómo podría uno identificar un gato con absoluta certeza? —preguntó Perry—. No hay manera de sacarle las huellas dactilares a

un gato, ¿verdad, sargento?

—¡Duro! —contestó Holcomb, sombrío—. Sea usted todo lo gracioso que quiera. Es usted abogado y se gana la vida defendiendo a asesinos. Antes de que hayan transcurrido dos meses le habrán borrado a usted de los libros del Colegio de Abogados. Se encontrará usted sin trabajo.

—Hasta ahora —observó Mason— no he defendido a ningún asesino. Sólo he defendido a personas a las que se *acusaba* de asesinato. Debe usted darse cuenta, sargento, que existe una diferencia bastante grande. Pero hablo en serio respecto al gato, sargento. Supóngase que el ama de llaves y el chófer juraran que llevaba a *Escoria* en brazos; y supóngase que presente yo un par de docenas de gatos de Angora ante los testigos y les pida que señalen cuál es *Escoria*. ¿Cree usted que podrían hacerlo? Y, de llegar a escoger ambos un gato y jurar que era *Escoria*, ¿cree usted que existe medio alguno de demostrar al jurado que los testigos tienen razón?

—¿Conque *esas* tenemos, eh?

Mason sonrió con cortesía.

—De ninguna manera, sargento; *esas* no tenemos. Yo me he limitado a hacerle a usted una pregunta.

Holcomb se inclinó sobre la mesa, asiendo los bordes con una fuerza tal, que la piel le blanqueó por los nudillos.

—Después de una temporada, Mason —dijo—, llegamos a saber qué es lo que podemos esperar de usted. El cuerpo de policía no es tan estúpido como tal vez lo crea usted. Y, para darle algo en qué pensar, voy a decirle una cosa. En cuanto telefoneó usted diciendo que iba a representar a Douglas Keene, y que éste se entregaría a las cinco, mandé a unos cuantos hombres en busca del gato. Y dio la casualidad que yo sabía dónde mandarles. Para que usted lo sepa, le diré que ya hemos recogido a *Escoria*, y éste se encuentra custodiado por la policía. Se hallaba en el piso de su muy eficiente secretaria, la señorita Della Street. Y el gato ha sido identificado en jefatura por el chófer y el ama de llaves, y se le ha atado una etiqueta al cuello.

Holcomb dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Durante unos instantes el rostro de Mason se tornó sombrío.

Luego dirigió una sonrisa a los periodistas.

—Quisiéramos preguntarle —dijo uno de ellos— si estaría usted de acuerdo...

Mason dijo lentamente:

—Señores, tienen ustedes algo muy bueno que contar. Adelante y publíquenlo tal como lo han oído.

Capítulo 13

Perry Mason se volvió al teléfono y le dijo a Della Street:

—Nat Shuster y sus clientes, Sam Laxter y Frank Oafley, están ahí fuera, esperando para verme. Esta función va a ser la mar de buena mientras dure. Ponga en marcha el teléfono autoparlante inferior; siéntese usted en su despacho y tome taquigráficamente todo lo que pueda de la conversación. Quizá tenga usted que declarar más adelante lo que se dijo aquí.

—Y..., ¿he de tener una línea abierta y hablar con cualquiera que le telefonee?

—Sí; encárguese de que nada obstaculice eso. Douglas Keene puede telefonar de un momento a otro. No quiero que su llamada pase por el despacho general.

—¿Y si no telefoneara, jefe?

—Todo eso lo hemos discutido ya.

—¿Y si fuera culpable? ¿Puede el sargento Holcomb hacer todas esas cosas con que amenaza?

Mason se encogió de hombros.

—Ahí —dijo— es donde les tengo engañados. Holcomb intenta meterse conmigo so pretexto de que estoy ocultando a un asesino. Le he dicho a la policía que Keene se entregará a las cinco. Como es natural, creen que yo sé dónde está. Y yo estoy menos enterado de su paradero que el propio Holcomb.

—Por consiguiente..., ¿nada pueden hacer?

—No se preocupe usted tanto. Vaya a hacer pasar a Shuster. Con toda seguridad vendrá con alguna marrullería de las suyas.

—Como..., ¿por ejemplo?

—Como el ponerme pleito por difamación, por ejemplo.

—¿Por qué?

—Porque le conté lo que me dijo Edith de Voe respecto a lo del escape del automóvil.

—Pero usted no hizo más que repetir lo que ella dijo.

—Ni siquiera puedo demostrar ya que me lo haya dicho ella. Ha muerto y no hubo testigo alguno. Ande y haga pasar a Shuster y no olvide escuchar cuanto se diga y tomar notas por si tiene usted que declarar más adelante.

Ella asintió, salió y, un momento después, hizo pasar a Shuster, Sam Laxter y Oafley.

Shuster retiró los labios de sus dientes salientes. Una vez completada dicha sonrisa preliminar, su semblante se trocó en máscara de reprobadora sinceridad.

—Mason, ¿informó usted al fiscal que mi cliente Samuel C. Laxter había asesinado a su abuelo Peter Laxter?

—¿Quiere usted que le conteste a eso con un sí o no? —inquirió tranquilamente Perry.

Shuster frunció el entrecejo.

—Conteste —dijo.

—No.

—¿No le insinuó que tal era el caso?

—No.

—¿No le dijo usted que Edith de Voe le había acusado de dicho crimen?

—No.

El semblante de Shuster parecía un cuadro.

—El señor Burger dice que usted le dijo eso.

—Burger le dijo a Sam Laxter —prosiguió Shuster— que usted había dicho que Edith de Voe le había dicho que Samuel Laxter tenía enchufada una goma al escape de su automóvil y a la tubería de calefacción que conducía al cuarto de Peter Laxter.

El rostro de Mason se había vuelto sombrío y duro como el granito.

—Quizá lo hiciera, porque ella lo dijo y yo lo dije.

Shuster parpadeó al intentar comprender la contestación. Luego, con gesto de triunfo en el semblante, dijo:

—¿Le dijo usted a Burger que ella había hecho semejante acusación?

—No era una acusación. Ella se limitó a decir que le había visto sentado en el automóvil con el motor en marcha y que un tubo flexible unía el escape con el tubo de calefacción. Ella me dijo eso y yo le dije eso a Burger.

—Es una mentira.

—¿Qué es una mentira? —preguntó Mason poniéndose en pie ansioso.

Shuster retrocedió nervioso alzando una mano como para protegerse.

—Una calumnia, quise decir —afirmó—: difamación de carácter.

—¿Se le ha ocurrido pensar que bien pudiera tratarse de una comunicación privilegiada? —inquirió Mason.

—No, si fue impulsada por la mala intención —observó Shuster, amenazando a Perry con un dedo, pero metiéndose detrás del sillón—. Y a usted le impulsaba la mala intención. Intentaba proteger a su cliente Douglas Keene.

—Bueno, y..., ¿qué?

—Que queremos que retire lo dicho.

—¿Quién quiere que retire lo dicho?

—Samuel Laxter, y yo también.

—Bueno; conque ustedes quieren que retire lo dicho. Y..., ¿qué?

—Queremos que nos responda.

—No le dije a Burger nada más que la verdad tal como me fue dicho a mí. Yo no garanticé la veracidad de los hechos. Yo sólo salí fiador de que la declaración me había sido hecha tal como yo la expuse.

—Haremos que presente usted sus excusas.

—Puede marcharse usted al cuerno.

Samuel Laxter se adelantó. Tenía el semblante intensamente pálido.

—Señor Mason —dijo—: no le conozco a usted, pero si sé que aquí no se oculta nada bueno. Oí que circulaba una historia que me relacionaba con la muerte de mi abuelo. ¡Es una infame mentira! También supe que usted indujo a la policía a registrar clandestinamente en mi garaje para poder llegar a mi coche. Alguien había escondido un tubo largo en mi automóvil sin que yo lo supiera. No sé qué protección me brinda la ley... eso es cuestión

del señor Shuster... pero, desde luego, pienso encargarme de que se le exija a *usted* cuentas de lo que ha hecho.

Shuster posó una mano en el brazo de Sam Laxter, como para contenerle.

—Deje que hable yo —murmuró—; deje que hable yo. No se excite. Serénese, sérénese. Yo puedo manejarle solo. Deje que sea yo quien hable.

Mason volvió a sentarse en su sillón, se echó hacia atrás y sacó un cigarrillo de la pitillera de sobre la mesa.

—¿Algo más? —preguntó, golpeando la punta del cigarrillo en la uña del pulgar.

Frank Oafley dijo:

—Señor Mason, quiero que comprenda usted mi situación. Los lazos que me unían con Edith de Voe han dejado de ser secretos. Me había hecho el honor de casarse conmigo poco antes de su muerte.

Se interrumpió un momento, mientras un espasmo contraía su semblante. Luego prosiguió:

—Me había contado lo que había visto; pero no le presté yo gran atención hasta que el fiscal me hizo ver lo fácil que hubiera sido para alguien introducir monóxido carbónico en el cuarto de mi abuelo.

»Como es natural, eso me produjo una sacudida fuerte. Conozco muy bien a mi primo. No puedo creer que fuese capaz de una cosa así. Y luego recordé que Edith nunca me había dicho que hubiese reconocido a Sam positivamente. El hombre que ocupaba el automóvil tenía el rostro cubierto por el ala ancha del sombrero de Sam. Eso fue lo que hizo creer a Edith que se trataba de Sam Laxter.

»Pues bien, si usted dijo a las autoridades que Edith había dicho que Laxter estaba sentado en el coche, hizo usted una afirmación que lo que dijo Edith no puede justificar.

Mason, escudriñando el rostro de Frank Oafley, dijo especulador.

—Conque eso es lo que *usted* cuenta, ¿eh?

—Eso es lo que yo cuento —respondió Oafley poniéndose colorado.

El semblante de Shuster reflejaba la astucia.

—Dese cuenta, Mason, de la situación en que se encuentra usted —dijo—. Hace usted un cargo contra mi cliente. No puede usted

apoyar ese cargo: no tiene pruebas. No puede usted declarar lo que dijo Edith de Voe, porque eso constituye, legalmente, un rumor. Las declaraciones a la hora de la muerte pueden admitirse cuando la persona que las hace sabe que va a morir; pero esa no era una declaración *in extremis*. Cuando le dijo a usted eso, ella creía que viviría cien años. Conque no tiene usted nada sobre qué apoyarse. Mi cliente puede llevarle a usted a los tribunales. Puede desplumarle. Puede sacarle lo que quiera... pero no lo hará si usted retira lo dicho y se excusa.

—Lo que quiere decir Shuster —explicó Oafley— es que recalque usted que Edith no sabía quién era el que estaba en el coche.

El rostro de Sam Laxter tenía una expresión malévola.

—Quiero algo más que eso —dijo—. Quiero que se coma sus palabras y me pida perdón. Yo no estuve sentado en ese coche y Mason lo sabe.

Perry Mason alargó una mano hacia la hilera de libros que había sobre la mesa. Cogió uno de ellos, lo abrió y dijo:

—Y ahora que hablamos de la ley, señores, voy a leerles yo algo de la ley. La sección 258 de la ley sobre testamentos dice lo siguiente: «Ninguna persona condenada por el asesinato del testador, tendrá derecho a percibir ninguna parte de sus bienes; pero la parte de ellos a la que, de lo contrario, tendría derecho, irá a las otras personas que tengan derecho a ella según las cláusulas de este capítulo». Ahí tiene un poco de ley en qué pensar, Frank Oafley.

Shuster rompió a hablar con húmeda vehemencia.

—¡Qué jugarretas! —exclamó—. ¡Qué plan! Intenta volverles a ustedes el uno contra el otro, leyendo extractos de sus libros de leyes, profiriendo calumnias... Háganse los sordos a sus palabras; cierren los corazones a su pensamiento; ciérrenlos...

Mason le interrumpió, hablándole directamente a Frank Oafley.

—Usted quería proteger a su primo —le dijo—; pero usted sabe tan bien como yo que Edith de Voe no era la clase de muchacha que se precipita en sus juicios. Quizá no viera el rostro del hombre: pero vio el sombrero, oyó su voz y creyó que aquel hombre era Sam Laxter.

Oafley frunció pensativo el entrecejo y dijo lentamente, con pausa:

—Sí que oyó su voz.

—Anda —le azuzó Sam Laxter con amargura—: haz un poco de comedia, Frank; finge que te estás convenciendo, pero a mí no me engañas ni pizca. En cuanto este abogado te hizo ver que podías quedarte con toda la herencia si a mí me condenaban como asesino, comprendí lo que iba a ocurrir.

—¡Señores, señores! —gritó Shuster—. No hagan eso. No peleen. Es un lazo. No se dejen pillar en él. Les hace a ustedes luchar entre sí y así ese maldito gato hereda todos los bienes. ¡Qué plan! ¡Qué plan! ¡Oh! ¡Qué jugarreta!

Mason, mirando a Sam Laxter, preguntó:

—¿Cómo explica usted que fuera hallado ese tubo en su automóvil?

—Alguien lo escondió allí —respondió Sam con beligerancia—. Usted condujo a la policía al garaje y ella «encontró» un tubo en mi coche, *después de haber insinuado usted que lo buscaran*.

—¿Cree usted que escondí yo ese tubo en su coche?

Shuster corrió a colocarse delante de Sam Laxter, le cogió por las solapas, le empujó hacia atrás y gritó:

—¡No responda! ¡No responda! Es otra trampa. Le azuza a usted para que lo acuse de haber puesto allí el tubo y entonces es *él* quien le pone el pleito a *usted*, por calumnia. Usted no puede demostrar que lo puso allí. No lo diga. No diga nada. Deje que sea yo el que hable. Cállense todos; no pierdan la serenidad. No se exciten. Yo lo arreglaré.

Oafley dio un paso hacia Laxter y dijo por encima del hombro de Shuster:

—¿Insinúas acaso que lo escondí yo allí, Sam?

Laxter, con voz llena de amargura, contestó:

—Y... ¿por qué no? A mí no me engañas tú, Frank Oafley. Serías capaz de hacer mucho más que eso por medio millón de dólares. Empiezo a ver las cosas de una manera distinta ahora.

—Olvidas —dijo Oafley con fría dignidad— que fue Edith de Voe quien vio eso. Yo no lo vi y, cuando ella me lo dijo por primera vez, no di importancia a la cosa.

—Señores, señores —suplicó Shuster moviendo la cabeza rápidamente para mirar primero a Laxter y luego a Oafley—; serénense ustedes, señores. No es eso a lo que vinimos aquí. No pierdan la serenidad. No olviden lo que les aconsejé que dijeran. Déjenme hablar a mí. Cállense ustedes.

—¡Edith Oafley! —murmuró Sam Laxter con desdén, sin hacer caso al abogado—. Si no estuviese muerta, ¡la de cosas que podría decir ella!

Oafley, con un rugido de rabia, echó a Shuster a un lado, dándole un empujón con la mano derecha y le abofeteó la cara a Laxter con la izquierda.

—¡Señores! ¡Señores! —aulló Shuster—. Recuerden...

El puño de Sam Laxter describió un arco en el aire y, en lugar de darle a Oafley en la mandíbula, alcanzó de lleno en la cara a Shuster, que en aquel momento intentaba intervenir. Shuster rodó por el suelo gimiendo. Laxter alzó su brazo derecho vendado y dio a Oafley un golpe de refilón en la mejilla. Oafley se acercó a él, dirigiéndole un rechazazo. Laxter dio al aire con la izquierda. Durante unos momentos los dos hombres permanecieron puntera contra puntera, soltando puñetazos a tontas y a locas, sin que sus golpes causaran daño alguno.

Shuster, caído en el suelo, les tiraba del pantalón.

—Señores... señores —suplicaba, medio ahogada la voz porque tenía los labios cortados y se le estaban hinchando rápidamente.

Oafley se retiró bruscamente.

—Perdona, Sam —dijo—. Me había olvidado de que tenías herido el brazo.

Shuster surgió entre los dos, colocando la palma de la mano contra el pecho de cada uno e intentando separarlos. Los hombres, respirando con dificultad, no hicieron caso de sus fútiles esfuerzos. Siguieron mirándose el uno al otro.

—No te preocupes de mi brazo —dijo Sam.

Luego miró la venda. Se veía en ella una mancha roja por donde se le había vuelto a abrir la herida.

—Váyanse, váyanse —dijo Shuster—. Es un hombre peligroso, lleno de jugarretas. Es muy listo. ¿No se lo advertí a ustedes antes de que entráramos aquí?

Oafley dijo jadeando y con el rostro encendido:

—Haz el favor de no mencionar a Edith para nada no te digo más.

Dio media vuelta, cruzó el despacho y abrió la puerta del corredor de un tirón. Shuster vaciló un instante. Luego corrió tras él, gritando.

—¡Señor Oafley! ¡Señor Oafley! ¡Vuelva usted aquí un momento, señor Oafley!

Oafley contestó por encima del hombro:

—Puede usted irse al cuerno. Voy a buscarme otro abogado para mí.

Shuster miró a Sam Laxter, consternado. Luego se volvió a Perry Mason.

—¡Usted tiene la culpa! —aulló—. ¡Lo hizo usted deliberadamente! ¡Volvió a estos hombres el uno contra el otro! Sembró la desconfianza en su mente. ¡Hizo usted de Edith de Voe un arma! ¡Usted...!

—Cierre la puerta —le interrumpió Perry Mason con tranquilidad— al salir.

Shuster cogió del brazo a Sam Laxter.

—Venga —le dijo—: la ley nos proporciona el remedio.

Sam Laxter dijo con amargura.

—Se buscará un abogado y procurará cargarme la muerte del abuelo. ¡Qué situación más bonita!

Shuster le empujó hacia el corredor.

—No se olvide de cerrar la puerta —observó Mason.

Shuster dio un portazo que amenazó derrumbar la pared. El efecto del portazo aún hacía vibrar los cuadros que colgaban de las paredes, cuando Della Street abrió la puerta del despacho general.

—¿Hizo eso a propósito? —preguntó.

Mason, fumando tranquilamente, contestó:

—Era estúpido consentir que los dos apoyaran a Shuster. En realidad, sus intereses son contrarios. Debieron de haberse dado cuenta de ello. Si Shuster representa a uno de ellos, el otro buscará a otro abogado. Eso significará que habrá dos abogados que se peleen y ello redundará en beneficio de Douglas Keene.

Della suspiró como suspira una madre que se ve confrontada con

una criatura irremediabilmente traviesa. Luego, de pronto, se echó a reír.

—Bueno —dijo—: pues lo he anotado todo... hasta el ruido de los puñetazos. Winifred Laxter está en el despacho general. Trae un gato.

—¿Un gato?

—Sí; un gato de Angora.

Bailaba la risa en los ojos de Mason al decir:

—Que pase.

—Y eso que la policía se llevó el gato de mi casa, es verdad —agregó Della—. Le dijeron al encargado del edificio que tenían que registrar mis habitaciones y consiguieron que les diese una llave maestra.

—¿Llevaban mandato judicial?

—No lo creo.

Mason, fumando el cigarrillo, dijo pensativo:

—Eso la coloca a usted en una situación difícil, Della. Lo siento. No creía que fueran a buscar allí. El sargento Holcomb está mejorando considerablemente... o empeorando... lo que usted quiera llamarle.

—¿Por qué le odia a usted tanto?

—Sólo porque cree que estoy escudando a asesinos. Es buena persona. No tiene más que un exceso de celo. Y tiene razón, porque no tendrá usted más remedio que reconocer que a veces lo trato de una forma algo irritante.

—No algo, sino bastante.

Mason la miró y se echó a reír.

—Deliberadamente irritante —dijo—. Haga pasar a Winnie y aguarde usted en su despacho. Puede escuchar la conversación.

Della abrió la puerta y llamó. Winifred Laxter entró en el despacho con un enorme gato de Angora gris. Llevaba la barbilla en el aire y un gesto de desafío en su semblante.

Perry Mason le miró con divertida tolerancia.

—Siéntese —le dijo.

—Le dije una mentira —empezó ella, de pie junto a la mesa.

—¿Respecto al gato?

—Sí. Aquel gato no era *Escoria*..., éste es *Escoria*.

—¿Por qué mintió?

—Le telefoneé al portero tío Carl y le dije que quería que se deshiciera de *Escoria*, que quería que me dejase quedarme con *Escoria*.

Se negó a ello. Conque, entonces, se me ocurrió que, de no poder ser lo que yo quería, lo siguiente sería mejor engañarle a Sam Laxter y hacerle creer que se había deshecho de *Escoria*. Le dije que escondiera a *Escoria* y que le mandaría a Douglas Keene con otro gato que se pareciera a él. Podía usar ese otro gato como doble y dejarle andar por todas partes. Así, si Sam envenenaba un gato, envenenaría a éste. ¿No comprende?

Perry Mason, que la miraba con perspicacia, le dijo:

—Siéntese y hábleme de eso.

Los ojos de la joven expresaban aprensión.

—¿Me cree usted?

—Cuénteme lo que falta.

Ella se sentó en el borde de la butaca de cuero. El gato hizo esfuerzos por desasirse. Winnie lo sujetó con fuerza, acariciándole la frente y rascándole detrás de las orejas.

—Siga —dijo Mason.

Cuando la muchacha vio que el gato había vuelto a tranquilizarse, dijo:

—Douglas Keene fue allá. Se llevó el gato consigo. Aguardó un rato a que apareciera Ashton. Luego volvió a mi lado a pedirme instrucciones. Me dejó el gato a mí.

—¿Por qué me dijo usted que aquel gato era *Escoria*?

—Porque temí que otra gente dijera que Douglas se había llevado a *Escoria* y quería ver si a usted le parecía la cosa seria. En otras palabras, que quería ver cómo reaccionaba usted.

Mason estaba riendo ya. El gato se retorció inquieto.

—Por el amor de Dios —dijo—; sujete el gato de una vez. ¿De dónde lo sacó?

Ella lo miró con fijeza y luego dijo, retadora:

—No sé de qué me está hablando usted. Este gato es *Escoria*. Me tiene mucho cariño.

El gato saltó al suelo.

—Sería una historia la mar de buena —dijo Mason con una voz

que resultaba casi judicial por su impersonalidad—. Me sacaría a mí de un apuro y resultaría una salida magnífica para Della Street. Los gatos se parecen bastante. Pero no podría usted salir bien de eso. Averiguarían tarde o temprano de dónde había sacado usted el gato. Podría existir una gran diferencia de opinión en cuanto a si era *Escoria* o no era *Escoria*. Pero, a la larga, le costaría a usted un disgusto. Y no le va a costar un disgusto.

—Pero si es *Escoria*. Fui allá y lo encontré. Casi se había muerto del susto... el pobre gato... con todo el jaleo, el ruido, la excitación y el encontrarse muerto a su amo...

—No —le dijo Mason—; no pienso permitirle que lo haga, y ésa es mi última palabra. Supongo que habrán salido los periódicos y que habrá usted leído que la policía encontró a *Escoria* en una de las habitaciones de mi secretaria.

—Encontraron al gato que *creyeron* que era *Escoria*.

Mason dijo con buen humor:

—¡Tonterías! Coja el gato y vuelva usted a su cafetería. ¿Piensa ponerse Douglas Keene en contacto conmigo y entregarse?

—No lo sé —respondió ella con lágrimas en los ojos.

El gato, arqueando el lomo, empezó a explorar el despacho.

—Pst... Pst... Pst... ven aquí, minino —suplicó Winifred.

El gato no le hizo el menor caso. Los ojos de Mason expresaron simpatía al contemplar el rostro surcado de lágrimas.

—Si Douglas se pone en contacto con usted —dijo—, díglele que es muy importante que me apoye.

—No sé si se lo diré... Usted no... no... tenía nece..., ce... sidad de decir lo que di... jo. ¿Y si le condenaran y le ahorcaran como ase... asesino?

Mason se acercó a ella y le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—¿No quiere usted tener un poco de confianza en mí?

Ella alzó la mirada.

—No piense que ha de asumir toda la responsabilidad de todo esto —dijo Mason, consolador—. No vaya por ahí buscando gatos y tratando de idear maneras de probarle la coartada a Douglas. Écheme todo eso sobre los hombros a mí y déjeme que lleve yo la carga. ¿Me promete usted hacer eso?

Los labios de la joven temblaron unos instantes. Luego movió la cabeza afirmativamente.

Mason le dio otro golpecito en el hombro, cruzó el despacho hacia donde el gato olfateaba el suelo, lo cogió, se lo llevó a Winifred y se lo puso en los brazos.

—Váyase a casa —dijo— y descanse un poco.

Abrió la puerta del corredor para que saliera. Cuando la cerró, Della Street se hallaba en la puerta del despacho.

Mason le dirigió una sonrisa.

—Es una muchacha decidida.

Della afirmó lentamente con la cabeza. Mason dijo:

—¿Qué tal le gustaría tomar atajos, Della?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué tal le sentaría salir de luna de miel conmigo?

Ella le miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Una luna de miel? —exclamó.

Mason afirmó con la cabeza.

—Pero... oh...

Él se echó a reír.

—Bueno —dijo—; pero primero échese ahí, en el diván, y descanse un poco. Si Douglas Keene telefona, dígame que debe apoyarme. Usted puede usar argumentos más fuertes de los que podría emplear yo. Me voy un rato a la oficina de Paul Drake.

Capítulo 14

Perry Mason, sentado en el despacho de Paul Drake, dijo:

—Paul, quiero que ponga usted a trabajar a sus hombres por las agencias de automóviles nuevos y que averigüen si ha sido vendido recientemente alguno a Watson Clammert.

—¿Watson Clammert? —dijo Drake—. ¿Dónde diablos he oído yo ese nombre antes de ahora?

Mason sonrió mientras aguardaba que se le despertara al otro la memoria. De pronto dijo el detective:

—Ah, sí; ya me acuerdo. Es la persona que tenía alquiladas unas cajas a medias con Carl Ashton.

—Supongo que la policía habrá dado ya con esas cajas —murmuró Mason.

—Sí; y las ha encontrado casi vacías. Sólo encontraron algunos de los envoltorios que usan los bancos para envolver los fajos de billetes de denominación alta. Evidentemente Ashton había sacado los billetes y dejado los papeles.

—¿Ashton o Clammert?

—Ashton. Los registros del banco demuestran que Clammert no es más que un nombre firmado en una ficha en cuanto al banco se refiere.

—¿Cuánto dinero calcula la policía que se sacó de las cajas?

—No lo saben. Puede haber sido mucho. A Ashton le vio uno de los dependientes meter fajos de billetes en una maleta.

—¿Comprobó usted lo del accidente de automóvil que dijo Laxter haber tenido?

—Sí. Le obligaron a estrellarse contra un poste del teléfono, como él dijo... Un chófer borracho dobló la esquina a toda velocidad.

—¿Hay testigos?

Algunas personas oyeron el batacazo.

—¿Consiguió usted los nombres?

—Sí. Vieron las señales en el lugar en que Sam Laxter había aplicado los frenos y patinado. Dicen que él iba por su lado de la calle en aquel momento. Parecía excitado, pero completamente sobrio.

—¿Dónde había estado antes de eso?

Drake respondió lentamente:

—Estoy comprobando eso, Perry. Cuando la policía primeramente habló de él, estaban investigando la muerte de Peter Laxter, el abuelo, y más tarde la muerte del portero Ashton. Había salido de casa a las nueve y no había vuelto. A Ashton le mataron entre diez y once.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Después fue Shuster quien habló. Y probó la coartada de Laxter.

—¿Él la probó?

Drake asintió.

—Shuster dice que Laxter estaba en su despacho.

—Hablando..., ¿de qué?

—Shuster se niega a decirlo.

—Valiente coartada es ésa —murmuró Mason con desprecio.

—Aguarde un momento, Perry. Me parece que encaja perfectamente.

—¿Cómo?

—El chófer Jim Brandon había estado con Laxter. Le condujo al despacho de Shuster. A eso de las once, Laxter le dijo a Brandon que cogiera el coche y volviera a casa; que él volvería más tarde. Brandon volvió a casa con el «Packard» verde. Entonces fue cuando vio a Keene. Era poco después de las once.

Mason empezó a pasear por el despacho del detective, con los pulgares metidos en las sisas del chaleco. Por fin dijo, como quien piensa en voz alta:

—Laxter, entonces, salió de casa en compañía de Jim Brandon en su «Packard» verde; pero regresó en el «Chevrolet» de Ashton. ¿Cómo diablos se hizo con el citado «Chevrolet»?

—Ésa es una idea —dijo Drake.

—Paul, mande un puñado de hombres a repasar el edificio en que Edith de Voe tenía arrendado un piso. Que hablen con todos los inquilinos. A ver si alguno de ellos vio un «Chevrolet» parado cerca de la casa.

Drake acercó un bloc de notas y apuntó algo.

—Sería una suerte eso —dijo—, pero haría falta algo más que eso para cargar con el mochuelo a Samuel Laxter. Porque la persona que asesinó a Ashton debe de haberlo hecho entre las diez y las once. Luego debió de llevarse la muleta del portero y serrarla en secciones. A continuación debió dirigirse a casa de Edith de Voe. Ahora bien, si Sam Laxter puede demostrar que se hallaba en el despacho de Shuster...

—Si la cosa fue así —le interrumpió Mason— y Brandon vio a Douglas Keene salir de la casa con el gato, ¿dónde estaba la muleta de Ashton? Douglas Keene no la llevaba.

Drake en seguida movió la cabeza afirmativa y pensativamente.

—Así es —reconoció—; pero, naturalmente, Keene podía haber tirado la muleta por la ventana, que siempre quedaba abierta para el gato. Luego podía haber pasado por allí en su coche para recogerla. Le digo a usted, Perry, que tiene un caso difícil aquí. Si Keene no se pone en contacto con usted, va a encontrarse en un verdadero apuro. Si se entrega, las pruebas circunstanciales le ahorcarían pese a todo lo que usted pueda hacer.

Sonó el teléfono. Drake lo contestó y dijo:

—Es para usted, Perry.

Era Della Street. Su voz denotaba excitación.

—Venga usted en seguida, jefe —suplicó—. Acabo de tener noticias de Douglas Keene.

—¿Dónde está?

—En un teléfono público. Va a volver a llamar dentro de cinco minutos.

—Consiga usted datos de lo que le he pedido, Paul —dijo—, y consígalos aprisa. Voy a estar en movimiento de ahora en adelante.

Salió corriendo del despacho, subió un tramo de escalera y corrió por el pasillo hasta su oficina.

—¿Va a entregarse? —le preguntó a Della Street, al entrar

corriendo en su despacho particular.

—Creo que sí. Parecía un poco hosco; pero creo que es un buen chico.

—¿Le dio usted un buen argumento?

—Le dije la verdad. Le dije que estaba usted haciendo todo lo posible por él y que, por consiguiente, no debía fallarle.

—¿Qué dijo él?

—Soltó un gruñido, como acostumbra hacer un hombre cuando va a ejecutar lo que una muchacha quiere que haga, pero no quiere que sepa que va a salirse ella con la suya.

Mason gimió:

—¡Dios mío! ¡Qué mujeres!

Sonó el timbre del teléfono.

—Aguarde un momento antes de contestar —dijo Della—. ¿Sabe usted quién ronda por la calle, en las inmediaciones del despacho?

—¿Quién?

—Su querido compañero de juego: el sargento Holcomb.

Mason frunció el entrecejo. El teléfono volvió a sonar.

—¿Es serio? —inquirió la joven.

—Sí; intentarán detenerlo antes de que pueda entregarse y dirán que le han detenido cuando huía de la justicia y...

Descolgó el auricular y murmuró:

—Diga.

Le contestó una voz de hombre.

—Douglas Keene al habla, señor Mason.

—¿Dónde está usted ahora?

—En las calles Parkway y Séptima.

—¿Lleva usted reloj?

—Sí.

—¿Qué hora tiene?

—Las once menos doce minutos.

—Dígamela con mayor claridad. ¿Cómo va de segundos? Diga «treinta» cuando sean las once menos doce minutos y treinta segundos.

—Ya es más de eso. Diré once cuando sean las once menos once en punto.

—Dígalo con precisión —le aconsejó Mason— porque...

—¡Once! —le interrumpió Douglas Keene.

Perry Mason tenía el reloj en la mano.

—Bueno —dijo—: va usted atrasado unos veinticinco segundos con mi reloj. Pero no lo toque. Pondré yo el mío con el de usted. Ahora escuche: me seguirán los pasos en cuanto salga de mi despacho, con la esperanza de que, siguiéndome a mí, darán con usted. Usted eche a andar hacia mi oficina y párese en la esquina de la calle Séptima... Eso está al oeste del edificio en que se halla mi despacho... ¿Sabe usted dónde es?

—Sí.

—A las once y diez en punto camine hasta la esquina y coja el primer tranvía que baje por la calle Séptima en dirección al Este. Pague el billete; pero no se meta dentro del tranvía. Quédese parado junto al conductor para que pueda usted apearse en cuanto yo le dé la voz. Yo subiré a ese tranvía, pero no le reconoceré ni le hablaré. Una muchacha irá en un automóvil de dos plazas, con el asiento de atrás abierto. Irá a la misma velocidad que el tranvía y se mantendrá al nivel de usted. Podrá ser una manzana o dos manzanas después de haber subido yo al tranvía, pero cuando yo grite: «¡Salte!», dé usted un salto hacia el asiento de atrás del automóvil. ¿Podrá hacerlo?

—Claro que sí.

—De acuerdo, Douglas. ¿Puedo contar con usted?

—Sí que puede —respondió el muchacho con voz que había perdido toda su hosquedad—. Me he portado hasta aquí como un verdadero estúpido. Cuente usted conmigo para lo que guste.

—De acuerdo. A las once y diez, no lo olvide.

Colgó el auricular, cogió el sombrero y le dijo a Della Street:

—Oyó usted lo que dije. ¿Puede hacerlo?

Della Street se estaba poniendo el sombrero delante del espejo.

—¡Vaya si puedo! —exclamó—. ¿He de salir yo primero?

—No; saldré yo.

—¿Y no quiere que saque el coche hasta que haya llegado a la esquina?

—Exacto. Holcomb me seguirá. Si cree que voy a usar el coche, él usará el coche. Tendrá uno por aquí cerca. Si cree que voy a andar, andará él.

—¿Qué hará cuando coja usted el tranvía?

—No lo sé. ¿Cómo lleva usted el reloj?

—Estuve escuchando la conversación por el otro aparato. Lo puse con el suyo.

—Bien hecho. Vamos.

Mason corrió pasillo abajo, cogió el ascensor y logró fingir que salía sin prisas al cruzar el vestíbulo y salir a la calle.

Recorrió media manzana calle arriba, se detuvo ante un escaparate, consultó su reloj, frunció el entrecejo, miró otro escaparate, como si su principal objeto fuera matar el tiempo. Cosa de un minuto después volvió a consultar el reloj; luego miró calle arriba y calle abajo. Dio unos cuantos pasos sin rumbo fijo, encendió un cigarrillo, dio dos chupadas, tiró el cigarrillo y consultó el reloj por tercera vez.

En la calle, enfrente mismo del lugar en que estaba parado Mason, había una zona de seguridad para peatones. Mason caminó lentamente hacia la esquina como si quisiera pasar unos minutos más.

Su reloj de pulsera marcaba las once y diez.

Vigiló las señales del tráfico de una manzana más allá. Pasó un tranvía la señal; bajó lentamente por la calle y se detuvo en la zona de seguridad. Cambiaron las luces, de forma que el tranvía tuvo que esperar. Mason hizo como si tuviera intención de cruzar la calle y luego, como cambiando de opinión, hizo una pausa, indeciso. Cambió la señal. El conductor del tranvía tocó el timbre y puso el vehículo en movimiento. Al pasar éste por su lado, el abogado se subió a la plataforma posterior. Douglas Keene se hallaba junto al conductor.

Mason oyó ruido de pies que corrían. El sargento Holcomb, corriendo como un desesperado, logró subirse al tranvía cuando ya empezaba a coger velocidad. Della Street, conduciendo el coche de Mason, iba en pos del tranvía, con una línea de tráfico detrás. En cuanto Holcomb subió al tranvía Della adelantó el automóvil de forma que el asiento de atrás estuviera al nivel del lugar en que se hallaba Keene.

—¡Salte! —gritó Mason.

Keene saltó hacia el asiento de atrás, cayó sobre los cojines y se

agarró a la parte de arriba del coche. Mason saltó al estribo y se agarró al respaldo del asiento de delante con una mano y al hueco del asiento de repuesto de atrás con la otra. El sargento Holcomb, que había dejado caer el importe del billete en la caja que había delante del conductor, gritó:

—¡Alto! ¡Están ustedes detenidos!

—¡Dele al acelerador, Della! —ordenó Mason—. Y corte por delante del tranvía.

El pie bien formado de Della metió a fondo el pedal. El coche pegó un brinco hacia delante. Mason se metió en el asiento de repuesto.

—A jefatura —le dijo a Della— y a toda velocidad.

Della ni siquiera se molestó en asentir con un movimiento de cabeza. Dobló la esquina con un chirrido. Un policía se llevó el silbato a la boca, pero había recorrido ya media manzana cuando el primer silbido sonó.

Mason no prestó la menor atención al tráfico, sino que se concentró en Douglas Keene.

—Cuénteme lo ocurrido —dijo— y no gaste saliva en balde. Acerque los labios a mi oído y grite, porque es preciso que oiga todo lo que usted me diga. Deme los detalles principales nada más.

—Edith de Voe me telefoneó. Ya me había hablado de haber encontrado a Sam metiendo gases del garaje por la tubería de calefacción. Quería que fuese inmediatamente a verla. Dijo que había surgido algo muy importante. Fui. Llamé a la puerta y no obtuve contestación; pero el encargado del edificio salía en aquel instante. Me fui a colar cuando abrió la puerta; pero él me detuvo y me preguntó a quién deseaba ver. Le dije que tenía una cita con Edith de Voe y seguí andando. Él vaciló unos instantes y luego se fue. Bajé el corredor en dirección al cuarto de Edith de Voe. La encontré en el suelo. Había un palo a su lado y...

—Sí, sí —gritó Mason—, no se preocupe de eso. ¿Qué ocurrió después?

—Me fui directamente a mi piso. Alguien había estado antes que yo. Un traje mío estaba salpicado de sangre. No me di cuenta de ello en seguida.

—¿Fue eso después de haberle llevado el gato a Winifred?

—Sí; al separarme de Winifred me fui a mis habitaciones. Allí fue donde recibí el mensaje de Edith de Voe.

—Y..., ¿fue usted desde su casa a ver a Edith?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo después de haber vuelto a su casa se dio usted cuenta de que el traje estaba salpicado de sangre?

—Casi inmediatamente.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Fue una pesadilla. Intenté hacer desaparecer las manchas de sangre y no pude.

—¿Por qué no avisó usted a la policía al ver que Edith de Voe había sido asesinada?

—Perdí la cabeza, he ahí todo. Temí que intentaran cargarme con el mochuelo. Huí. Luego, cuando vi mi ropa toda salpicada de sangre... ¡Uf! ¡Fue una pesadilla!

—¿Mató usted a Ashton?

—Claro que no; ni siquiera le vi.

—¿Fue usted a su casa a buscar el gato?

—Sí.

—¿Estuvo usted en el cuarto de Ashton?

—Sí.

—¿Miró usted a su alrededor?

El hombre titubeó. Della desvió el coche para no chocar con un camión. Perdió el dominio del automóvil, que se tambaleó en dirección a un poste del telégrafo. Della Street luchó con el volante. Perry Mason no hizo más que echar una mirada a la calle mientras Della luchaba por dominar nuevamente el coche, se inclinó hacia el oído de Douglas Keene y le preguntó:

—¿Miró usted a su alrededor mientras estuvo en el cuarto?

Keene vaciló.

—Conteste.

—Sí; estaba buscando algo.

—¿Qué?

—Pruebas.

—Pruebas..., ¿de qué?

—No lo sé, me pareció sospechosa la forma en que Ashton había estado contando dinero. No hice más que mirar a mi alrededor. Jim

Brandon había insinuado que Ashton tenía los diamantes en su muleta.

—¿Llevaba usted guantes o dejó huellas digitales?

—Debo de haber dejado huellas digitales.

—Escúcheme, Keene: ¿no estaba Ashton allí? ¿No estaba muerto? ¿No está usted intentando ocultar algo?

—No; no estaba allí. Le estoy diciendo a usted la verdad; simplemente la verdad.

—¿Se fue usted antes de que volviera?

—Le juro a usted que ésa es la pura verdad, señor Mason.

Della Street había logrado dominar ya el coche. Las bocacalles pasaban vertiginosamente. Frenó el coche para doblar una esquina.

—No le diga usted a nadie lo que me ha dicho a mí —dijo Mason—. Va usted a entregarse en jefatura. Niéguese a hablar a menos que esté yo con usted. Tiene usted que hacer eso para proteger a Winifred. Si abre usted la boca siquiera, Winifred va a encontrarse complicada. ¿Podrá usted guardar silencio por amor a ella?

El muchacho movió afirmativamente la cabeza.

El coche patinó al tomar Della la esquina, aplicó los frenos y se detuvo a la puerta de la jefatura. Mason cogió a Keene del brazo y le hizo salir corriendo del coche y subir los escalones. Cuando abrió la puerta, el sargento Holcomb, agazapado en el estribo de un automóvil requisado, con una pistola en la mano derecha, saltó del coche al suelo y corrió hacia la puerta. Mason empujó a Keene a toda prisa por el corredor hasta la puerta marcada «Brigada Criminal», la abrió de un puntapié, y le dijo tranquilamente al hombre sentado a la mesa.

—Éste es Douglas Keene. Se entrega voluntariamente a la policía de acuerdo con el convenio...

La puerta se abrió de golpe. El sargento Holcomb entró en la habitación.

—¡Esta vez le he pillado! —le dijo a Perry Mason.

—¿Por qué?

—Por ofrecer resistencia a la detención.

—Yo no me he resistido a que me detengan.

—Yo intentaba detener a este hombre y usted me lo quitó. Me

tiene sin cuidado que le haya traído usted a jefatura. Le tenía ya detenido antes de que le trajera aquí.

—No puede usted detener a un hombre —dijo Mason— sin haberle tenido en custodia.

—Pero usted le ayudó a escapar para que no pudiera detenerle. Voy a enchiquerarle a usted por eso.

—Olvida usted una cosa, sargento. Un ciudadano particular puede efectuar una detención cuando se ha cometido un delito y tiene suficientes motivos para creer que la persona a la que detiene es la persona que ha cometido el delito en cuestión. Yo detuve a Douglas Keene.

El sargento se guardó la pistola. El policía sentado a la mesa dijo:

—No se sulfure. Mason lo ha entregado él solo.

El sargento Holcomb dio media vuelta sin decir una palabra y se fue. Un periodista entró corriendo en el cuarto.

—¿Se me concede una entrevista con Keene? —preguntó.

—Claro que sí —le respondió Mason—. Le puedo decir a usted exactamente lo que Douglas Keene dirá y lo único que dirá. Dirá que hace un tiempo muy hermoso para la época del año en que nos encontramos, y eso es todo, mi querido amigo, *ab-so-lu-ta-men-te* todo.

Capítulo 15

Perry Mason reía cuando Della Street conducía el automóvil hacia su despacho.

—Tuerza a la izquierda al llegar a la calle Quinta, Della —dijo—, y dirija el coche hacia la estación de la Unión.

—¿A la estación de la Unión?

Él afirmó con la cabeza.

—No se va a poder parar en el despacho. Habrá demasiados policías, periodistas, detectives, fiscales y qué sé yo. Quiero usar el teléfono y yo iré a la estación mientras hace usted el equipaje.

Esquivó hábilmente a un peatón que iba mirando a las musarañas y dirigió a Mason una mirada de soslayo.

—¿Mientras yo preparo el equipaje?

—Un par de maletas. Un baúl ligero, de los de viajar en aeroplano, si es que tiene usted uno.

—Lo tengo.

—Toda su ropa de fiesta y de etiqueta. Va usted a parar en un hotel de primera, y quiero que haga usted buen papel... que desempeñe bien su papel, ¿lo comprende usted?

—¿Qué papel he de desempeñar?

—El de novia.

—¿Hay un hombre en el asunto? —inquirió, parando el coche al cambiar las luces del tráfico.

—Sólo figurará el tiempo necesario para que lo llamen urgentemente a la ciudad, interrumpiéndole la luna de miel.

Ella le miraba con ojos en los que brillaba la malicia.

—Y..., ¿quién va a ser el marido?

Él hizo una reverencia.

—A pesar de lo poco acostumbrado que estoy a las lunas de

miel, haré lo posible por desempeñar el papel de un novio torpe durante los pocos minutos que transcurrirán entre el momento en que nos inscribamos en el hotel y aquel en que me llamen a la ciudad para atender asuntos.

La mirada de ella se posó en su perfil. Delante de ella una luz cambió de rojo a anaranjado, de anaranjado a verde, sin que le hiciera ella caso. Tras ella, un coro de bocinazos procuró volverla a la tierra. Su voz vibraba.

—Usted siempre ha sido partidario de desempeñar un papel a la perfección —dijo—. ¿Sería natural que un recién casado interrumpiera su luna de miel?

La creciente protesta de las bocinas le hizo darse cuenta de que el tráfico a su derecha estaba parado, mientras que el tráfico a la izquierda, que estaba inmediatamente detrás de ella, estando obstruido por el coche que ella conducía, expresaba su sentimiento con toda la impaciencia que es capaz de expresar la bocina de un automóvil moderno.

—Vaya por Dios —murmuró ella filosóficamente, volviendo los ojos a la calle y viendo la luz verde—. Después de todo, ¿qué saben estos pobres desgraciados? No tienen la menor idea de que soy una recién casada a punto de empezar la luna de miel.

Quitó el freno, pisó el acelerador e hizo que el coche cruzara la intersección con tal velocidad, que se halló media manzana más allá antes de que algunos de los conductores que protestaban se hubieran dado cuenta de que la causa de sus protestas se había marchado y que sólo su propia lentitud de reacción obstruía el tráfico.

Mason encendió un cigarrillo y se lo ofreció. Ella lo aceptó y entonces se encendió Mason uno para él.

—Siento mucho meterla a usted en eso, Della; pero es la única persona a quien conozco de quien me pueda fiar.

—¿En una luna de miel? —inquirió ella secamente.

—En una luna de miel —contestó él sin expresión.

Hizo girar Della el volante con rabia, haciendo que los neumáticos chirriaran al torcer a la izquierda y dirigirse a la estación.

—No es necesario que vaya usted haciendo colección de multas

por el camino —observó Perry.

—¡Cállese! —contestó ella—; quiero coordinar. Al cuerno con las multas.

Corrió calle abajo, esquivando hábilmente otros vehículos, y se detuvo ante la estación de la Unión.

—¿He de reunirme con usted? —preguntó.

—Sí —le dijo—: con equipaje abundante.

—De acuerdo, jefe.

Él se apeó, dio la vuelta al coche, se quitó el sombrero y permaneció unos instantes de pie en la acera. Ella estaba sentada muy erguida, en su asiento. La falda, bien alzada para que piernas y pies pudieran moverse con libertad para conducir, exhibía las pantorrillas con ventaja. Tenía la barbilla alzada y cierta expresión de desafío en los ojos. Le sonrió.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí; tendrá que ensayar sus mejores modales de luna de miel y dejar de llamarme jefe.

—Bueno... —dijo—, precioso.

E inclinándose hacia delante aplastó la boca contra sus sorprendidos labios. Luego, antes de que pudiera hacer el menor movimiento el abogado, quitó el freno, pisó el acelerador y se apartó del bordillo como una bala, dejando a Perry Mason parpadeando de sorpresa, con los labios manchados de carmín.

Mason oyó la risa de un vendedor de periódicos. Sonrió, algo corrido, se limpió el carmín de los labios y se dirigió a la cabina telefónica.

Llamó a Winifred Laxter y oyó su voz.

—Todo va bien, Winifred —dijo—. Su amigo se portó como la buena persona que sé que es.

—¿Quiere usted decir con eso... que está en contacto con usted?

—Está en la cárcel.

La joven exhaló una exclamación de sorpresa.

—Y —le prometió Mason, sombrío— no permanecerá en la cárcel mucho tiempo. No intente usted ponerse al habla conmigo. No estaré en mi despacho. La telefonearé en cuanto haya algo nuevo. No haga usted declaración a la Prensa si algún periodista intentara conseguir una entrevista. Déjese fotografiar todas las

veces que quieran detrás del mostrador o delante de su establecimiento. Si lo hace bien, conseguirá una inmejorable propaganda para las tortitas Winnie.

—¡Propaganda! —exclamó ella con desdén—. Lo que yo quiero es a Douglas. Quiero acudir a su lado. Quiero verle.

—Eso es precisamente lo que usted no puede hacer. Si, la dejaran pasar a verle, él le hablaría y no quiero que hable. Lo más probable es que no la dejen a usted verle de todas formas. No creo que tarde mucho ya en aclarar el asunto.

—No cree usted que Douglas sea culpable, ¿verdad?

Perry Mason rió:

—Ningún muchacho que se porta como él se ha portado puede ser culpable —contestó—. El muchacho es joven y perdió la cabeza. No me extraña. Vio que había caído en una trampa que hubiera hecho poner los pies en polvorosa hasta a un hombre más viejo y de más experiencia.

—Así, ¿fue una trampa?

—Claro que sí.

—¿Puedo decir que usted ha dicho eso, caso de que alguien...?

—No, señor; no puede usted decirlo. Durante las próximas cuarenta y ocho horas puede usted concentrar toda su atención en las tortitas. Adiós. Voy a coger un tren.

Y cortó la comunicación antes de que ella pudiera protestar.

Metió otra moneda en el teléfono y llamó a la oficina de Drake. Paul en persona contestó a la llamada.

—Tengo muchas cosas que decirle, Perry —aseguró el detective—. ¿Quiere que se las diga por teléfono?

—Desembuche.

—Hay mucho.

—¿De qué se trata?

—Se estaba jugando una partida de póquer en el edificio en que asesinaron a Edith de Voe. La partida se jugaba en el mismo piso.

—Bueno, y..., ¿qué?

—Pues que uno de los jugadores, al leer la noticia del asesinato, consideró deber suyo hablarle a la policía de dicha partida de póquer y de un caballero misterioso que irrumpió en ella diciendo que era inquilino del piso de al lado. Fue allá por la misma hora en

que se presentó la policía, y al hombre se le ocurrió que el misterioso jugador pudiera estar relacionado con el crimen. La policía le enseñó fotografías de los principales personajes del asunto, y luego, después de escuchar sus descripciones, le enseñaron un retrato de usted y él lo identificó en seguida.

—La moraleja del relato —dijo Mason— es la siguiente: «No juegue usted a las cartas con gente extraña». ¿Qué está haciendo la «bofia»? ¿Han tomado la cosa en serio?

—Creo que sí. El sargento Holcomb está excitadísimo. La verdad es que *corre* usted mucho por todas partes.

—No puedo pasarme todo el tiempo en mi despacho —rió Mason—. Eso fue después de las horas de oficina, ¿no?

—Sí; me pareció que debía ponerle a usted sobre aviso. Pero he aquí otro detalle raro: el tipo ése identificó otro de los retratos: el de Sam Laxter. Dijo que había visto a Sam en el corredor a eso de las once y cuarto. Le confrontaron con Laxter y le identificó sin vacilar.

—¿Qué dice Sam?

—Nada. Shuster se está encargando de hablarlo todo. Shuster dice que el hombre ése estaba borracho; que la iluminación del vestíbulo no era buena; que Sam no estuvo ni cerca de la casa; que el hombre ése es un buscador de publicidad; y que Sam Laxter y Douglas Keene se parecen mucho y que Keene fue la persona a quien el otro vio; que el hombre no llevaba puestos los lentes y que miente.

—¿Eso es cuanto ha dicho hasta ahora? —inquirió el abogado, riendo.

—Sí; pero que le den un poco de tiempo y se le ocurrirá algo más.

—Vaya si se le ocurrirá. ¿Ha detenido la policía a Sam?

—Lo están interrogando en el despacho del fiscal.

—Y..., ¿no se halla presente Shuster?

—Shuster, como es natural, no se halla presente y Sam no habla.

—¿Saben a qué hora exactamente fue asesinada Edith?

—No. Estaba muerta cuando llegó la ambulancia. Tenía fracturado el cráneo. La muerte en sí tuvo lugar poco antes de que llegara la ambulancia; pero lo que no se sabe es cuándo fue

propinado el golpe. Puede haber estado sin conocimiento una hora o dos antes de morirse. No han logrado fijar la hora del ataque. La policía está enterada del matrimonio ya. Han obtenido una declaración de Milton y Oafley les ha dicho todo lo que sabe. El matrimonio se celebró a eso de las diez de la noche. Los muchachos que jugaban al póquer entraron y ayudaron a celebrarlo. Permanecieron allá unos quince minutos. Luego se fueron. Oafley dice que se marchó a eso de las once menos diez.

—Es algo raro que Oafley la dejara antes de haber transcurrido una hora de haberse celebrado la ceremonia —dijo Mason, lentamente.

—En cuanto a Oafley se refiere, está seguro. La policía ha comprobado su historia. Se fue a eso de las once menos diez. Llegó a su casa a eso de las once y cinco o diez. Eso le prueba la coartada en cuanto al asesinato de Ashton se refiere. A Ashton le mataron a eso de las diez y media. Cuatro o cinco personas pueden demostrar que Oafley estaba en el piso de Edith de Voe a las diez y veinte por lo menos. Y una persona le vio salir del edificio unos cuantos minutos antes de las once. El ama de llaves le vio entrar en su casa a eso de las once y diez.

—¿Puede Oafley haber golpeado a Edith antes de marcharse?

—No; estaba viva a las once. Llamó a la puerta del piso en que los muchachos jugaban al póquer y pidió prestadas unas cerillas.

—Todo el mundo parece haber ido al piso de Edith de Voe anoche —dijo Mason, pensativo—. Debe de haber estado celebrando una recepción.

—Es natural, si se tiene en cuenta que había estado diciendo lo que sabía de Sam Laxter. Esas cosas se saben en seguida.

»La verdad es, Perry, que no tiene usted las cosas tan mal. El asunto toma muy mal cariz para Sam Laxter en estos momentos. La única coartada que puede probar es que se hallaba en el despacho de Shuster a la hora en que fue asesinado Ashton. Ahora se ha averiguado que a Shuster le habían avisado cuando Burger dio pasos para hacer exhumar el cadáver de Peter Laxter, conque Shuster telefoneó a Sam, y Sam fue a su despacho.

—¿Averiguó usted algo del «Chevrolet»?

—No puedo demostrar que se trate del mismo «Chevrolet», pero

un par de personas vieron un «Chewy» viejo parado delante de la casa en que vivía Edith de Voe, a las once. Uno de los testigos lo recordaba, porque dice que había un «Buick» nuevo parado detrás y se fijó en el contraste que había entre los dos coches.

—¿Podría usted encargarse de que se le insinuara a la policía que preguntara a Sam Laxter cómo es que salió de su casa en el «Packard» verde y volvió en el «Chevrolet» del portero?

—Podría hacerlo; pero no se adelantaría nada con ello. Laxter no quiere abrir la boca. Está haciendo infinidad de referencias misteriosas a ese «truco» tan antiguo: a la mujer casada con quien pasó una hora después de salir del despacho de Shuster. No quiere empañar su nombre.

Mason se echó a reír de buena gana.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿No ha agotado ya Shuster ese recurso? Todos mis clientes han hecho uso de él durante los últimos diez años.

—A veces cuela con el jurado —observó Drake—. Sea como fuere, ello le proporciona a Keene una ventaja muy grande si explota bien el asunto.

—Voy a explotarlo bien —contestó Mason, sombrío—. ¿Y lo del automóvil de Clammert? ¿Averiguó usted algo?

—Sí. He descubierto que Watson Clammert compró un «Buick» tipo *sedán*, y sacó permiso para conducir. El número es el 3D-4416. No me ha sido posible conseguir el número del motor ni de la carrocería. El coche era un 35.

—¿Consiguió una descripción de Watson?

—No; pero sigo trabajando en el asunto.

—Pues deje de trabajar en ello. Suelte el asunto de Watson Clammert como si fuera un ascua. Retire a sus hombres. Dígales que no hagan más preguntas. Ha trabajado usted magníficamente, Paul. Y ahora puede usted dormir un rato.

—¿Quiere usted decir con eso que ya no necesita más datos?

—Ni un dato más. En cuanto a usted se refiere, el asunto está liquidado. Si se hacen más investigaciones, no vamos a conseguir más que armar jaleo.

—Bueno; usted sabrá lo que se hace, Perry... Una cosa más. Lo averigüé en jefatura. La policía tiene el propósito de celebrar a toda

prisa una vista preliminar. Comparecerá Keene como acusado y Laxter como testigo. Entonces le preguntarán dónde estaba a la hora en que se cometió el asesinato. Laxter tendrá que escoger entre dar el nombre de la mujer o ser encarcelado por desacato al tribunal.

—Ante las circunstancias, con toda seguridad se dejará encarcelar por desacato y conseguirá que los periódicos simpatizen con él. ¿Algo más?

—Sí. Ashton está mezclado bastante en el asunto —dijo Drake—. Los detectives empiezan a creer que se quedó él con la mayoría del dinero de Laxter. ¿Significa eso algo?

—Claro que sí. Todo el asunto estriba en eso. Todo este caso gira alrededor de Ashton.

Al hacerle Paul Drake una pregunta, excitado, el abogado fingió no oírle, y dijo:

—Bueno; voy a coger un tren, Paul. Adiós.

Colgó el auricular, consultó su reloj de pulsera, cruzó un establecimiento que se especializaba en el suministro de lo que pudiera necesitar un viajero, compró varias maletas, unos cuantos artículos de vestir y luego volvió a la estación. Se acercó a la estafeta de Telégrafos y expidió un telegrama dirigido a Watson Clammert, Hotel Baltimore, Santa Bárbara. El telegrama decía:

«Conferencia telefónica con sus asociados de Nueva York dedúcese industria amenazada nuevo código conteniendo regulaciones que afectan desastrosamente su propuesta consolidación. Absolutamente imperativo se halle usted aquí lo más aprisa posible. Flete avión desde Santa Bárbara, vuele a Los Ángeles y coja el primer avión transcontinental que salga para el Este. Aconsejable ocúltese este paso a competencia por consiguiente hemos comprado billetes para usted con nombre supuesto y los tendremos aquí aguardando su llegada».

Mason, sin vacilar un instante, firmó con el nombre de la principal compañía de abogados de la ciudad, compañía de prestigio financiero y político que se especializaba solamente en los asuntos corporativos más remuneradores.

Pagó el telegrama y vio que fuera expedido.

Consultó su reloj de pulsera, se desperezó, bostezó y luego, riendo, se dirigió a la cabina telefónica. Buscó el número de teléfono de la casa particular de Hamilton Burger, junto con la dirección; luego llamó a la compañía de teléfonos y dijo:

—Quisiera mandar un telegrama, si hacen el favor.

Después de unos instantes, dijo una voz femenina:

—¿A quién desea usted dirigir el mensaje?

—A Thelma Pixley, calle Washington Este, número 3824.

—Y, ¿cuál es el mensaje?

«Fuertemente impresionado por su personalidad, apariencia y habilidad —dictó lentamente Mason—. En vista de lo ocurrido recientemente, con seguridad se encontrará sin trabajo. Me gustaría mucho que trabajara usted a mis órdenes. Soy soltero y le daré buen sueldo. La trataré con toda suerte de consideraciones. Tenga la bondad de presentarse en mi despacho lo más aprisa posible, llevando este telegrama, y discutiremos el sueldo».

—¿Quién ha de firmar el telegrama? —inquirió la voz femenina.

—Hamilton Burger.

—¿Ha de cargarse el importe a su teléfono, señor Burger?

—Sí.

—¿Tiene la bondad de decirme su número?

—Exposición 96949.

—¿Las señas?

—West Lakeside, número 3297.

—Muchas gracias, señor Burger —dijo la voz.

Mason colgó el auricular, salió de la cabina y se plantó en la puerta principal de la estación fumando cigarrillos hasta que Della Street paró el coche cerca de él. Mason hizo una seña al mozo y éste metió el equipaje en la parte de atrás del coche, hallando sitio para él con dificultad.

—Ahora —dijo Mason— quiero comprar un «Buick» nuevo, tipo sedán; pero lo quiero pagar en una de las agencias de los suburbios. Será mejor primero que pasemos por el Banco a sacar dinero.

—Conforme, jefe.

Zigzagüeo por entre el tráfico y detuvo el coche a la puerta del Banco. Mason, consultando el reloj para asegurarse de que tendría tiempo antes de que cerrara el Banco, dijo:

—Párese delante de esa boca de riego, Della. No voy a estar dentro más que el tiempo suficiente para cobrar un cheque.

Entró en el Banco, sacó tres mil dólares en billetes, se los metió en el bolsillo, volvió al coche y dijo:

—Necesitamos una agencia «Buick» que esté alejada del distrito comercial. Tengo una lista de ellas. A ver... hay una aquí, en Franklin, que debiera irnos divinamente.

Mason se arrellanó en su asiento y se puso a fumar. Della Street conducía con suma habilidad.

—¿Es ése es lugar?

—Sí.

—¿Entro yo?

—No; quédese aquí fuera con el coche. Yo conduciré el otro al salir.

Entró en la agencia. Se le acercó un vendedor, sonriente.

—¿Le interesan a usted los nuevos modelos? —preguntó.

—Quiero comprar un modelo 35, tipo *sedán*. ¿Cuánto vale, completamente equipado?

El vendedor sacó un libro de notas del bolsillo y mencionó la cantidad.

—Si quisiera usted que le hiciéramos una demostración —dijo— podríamos arreglar...

Se interrumpió sorprendido al sacar Mason una cartera del bolsillo y empezar a contar billetes.

El vendedor soltó una exclamación de sorpresa y luego se ajustó a la situación.

—Ah, sí. Arreglaré los papeles del coche en seguida ¿Tiene la bondad de decirme su nombre?

—Clammert. C-l-a-m-m-e-r-t, Watson Clammert —respondió Mason—. Tengo prisa. Quiero que me den un certificado de propiedad o lo que necesite.

Un cuarto de hora más tarde, Mason, impaciente por el retraso, salió conduciendo un coche flamante por la puerta lateral de la agencia Le hizo un gesto casi imperceptible a Della al doblar ésta la

esquina tras él. Unas manzanas más allá Mason se detuvo y transfirió todo el equipaje al *sedán*.

—Ahora —le dijo— nos pararemos en el primer garaje que encontremos y dejaremos el coche de dos plazas. Conduzca usted el «Buick». Yo conduciré el coche pequeño e iré delante. Cuando me meta en un garaje, párese usted delante.

—¿Cuándo empieza la luna de miel?

Él la miró con brusquedad.

—Es decir —murmuró ella, con gesto de ingenuidad—, ¿quiere usted que *parezca* una luna de miel de verdad?

—Claro que sí.

Ella movió afirmativamente la cabeza y se echó a reír.

Mason condujo el coche calle abajo y, unas seis travesías más allá, se metió en un garaje. Unos minutos más tarde salió metiéndose la contraseña en el bolsillo.

—El paso que hemos de dar a continuación para esto de nuestra luna de miel —dijo— es ir a Santa Bárbara, al hotel Baltimore. Ahora es usted la señora de Watson Clammert. Le daré instrucciones más detalladas por el camino. Y a propósito, este coche es capaz de desarrollar bastante velocidad. ¿La han detenido a usted alguna vez por conducir demasiado aprisa?

—Este año, no.

—En tal caso, quizá valiera la pena correr el riesgo.

—Sí, querido —contestó Della.

Se arrellanó contra los cojines.

Y pisó el acelerador con tal violencia que el salto hacia delante que dio el coche por poco le arrancó a Mason la cabeza.

Capítulo 16

Los botones descargaron rápidamente el equipaje del «Buick» nuevo. El sol, que iba poniéndose por el océano Pacífico, silueteaba las frondas de las palmeras, haciéndolas destacar negras y brillantes contra el oro del océano y el azul profundo del cielo.

—Es un sitio ideal para pasar la luna de miel —dijo Mason, entrando acompañado de Della.

El abogado se acercó al despacho. El dependiente le entregó una tarjeta de registro y una pluma estilográfica.

Mason escribió el nombre «Watson Clammert», y luego oyó detrás de él una excitada exclamación femenina, seguida de una risita.

Se volvió. Della Street, al sacudirse el gabán había hecho caer una cascada de arroz al suelo^[1]. El dependiente sonrió. Mason pareció completamente aturdido; luego suspiró al observar la expresión maliciosa de su secretaria.

—Lo siento, querido —dijo.

Mason se volvió hacia el sonriente empleado.

Éste volvió la tarjeta para ver el nombre; luego metió la mano en una casilla que había debajo del mostrador.

—Hay un telegrama para usted, señor Clammert —dijo.

Mason frunció el entrecejo, abrió el telegrama y lo extendió sobre el mostrador. Della se acercó, echándole un brazo al cuello y apretando la mejilla contra su hombro.

Soltó una exclamación de alarma al leer el telegrama. La exclamación de Mason fue de disgusto.

—Pero... ¡tú no irás, nene! —protestó Della.

Mason se apartó del mostrador, olvidándose sobre él el telegrama.

—Claro que no; no pienso ir. Sin embargo...

—Los negocios siempre nos están separando —murmuró ella, con voz que parecía muy próxima a quebrarse.

El dependiente y los botones contemplaban el cuadro.

—Sea como fuere —dijo Mason volviéndose hacia el dependiente—, nos iremos a nuestro cuarto.

Se dirigió al ascensor.

—Pero..., ¡si no me ha dicho usted lo que quiere! —dijo el dependiente—. Tenemos...

—Lo mejor que haya —contestó Mason— y aprisa.

—Sí, señor —respondió el dependiente, entregándole una llave a uno de los botones...

Aguardaron el ascensor. Della Street empezó a llorar.

—Sé que te marcharás —sollozó, tapándose la cara con el pañuelo.

Mason permaneció erguido, frunciendo el entrecejo. Miró hacia su maleta. Un zapato viejo colgaba del asa.

—¿Cómo diablos —preguntó— llegó...?

Della Street continuó sollozando.

El ascensor se detuvo. La puerta se abrió. Mason y Della Street entraron, seguidos del botones. Cinco minutos más tarde se hallaban en una serie de habitaciones que daban al mar.

—¡Es usted una verdadera diablesa! —gruñó Mason al cerrarse la puerta—. ¿A qué todo ese arroz y el zapato viejo?

La mirada de ella resultaba demasiado ingenua.

—Yo creí que quería usted que pareciera una luna de miel de verdad —dijo— y tenía que hacer algo. Después de todo, no se parecía usted mucho a un recién casado. Para mí, desmerece mucho su forma de desempeñar el papel. Parecía más un hombre de negocios o un abogado muy ocupado que un novio. No dio la menor muestra de afecto.

—Los novios no besan a las novias en el vestíbulo de un hotel. Oiga, ¿estaba usted llorando de verdad? ¿Lo parecía?

Della Street hizo caso omiso de sus preguntas.

—Comprenderá usted que yo no me he casado antes. No sé más que lo que me han contado mis amigos y lo que he leído. ¿Qué es lo que debemos hacer ahora? ¿Salimos cogidos de la mano, a ver la

puesta del sol?

Mason la cogió de los hombros y la sacudió.

—Haga el favor de dejar de tomarme el pelo, mal bicho —murmuró—. ¿Recuerda usted el papel que ha de desempeñar?

—Claro que sí.

Mason abrió la maleta y sacó una cebolla. La cortó, muy serio, en dos y se la entregó.

—Huela —dijo.

Hizo ella un gesto de disgusto, se acercó la cebolla a los ojos y la movió de un lado a otro. Mason, de pie junto al teléfono, observó el resultado de la aplicación de la cebolla con un gesto de aprobación. Della Street soltó la cebolla y echó mano al pañuelo. Mason descolgó el auricular y le dijo a la telefonista:

—Póngame con el despacho.

Della Street se acercó y se apoyó en su hombro. Sus sollozos se oían claramente.

Cuando Mason oyó la voz del dependiente, dijo:

—Watson Clammert al habla. Quiero fletar un avión inmediatamente. ¿Quiere usted dar los pasos necesarios y conseguirme un vehículo que me traslade al aeropuerto? Dejo a mi esposa aquí y ella se quedará con el coche. No me acompañará al aeródromo.

—Conforme —contestó el dependiente—. Y a propósito, señor Clammert, se dejó usted el telegrama sobre el mostrador. Se lo mando por un botones.

—Bien. El muchacho podrá bajar mi equipaje. Quiero arreglarlo antes de diez minutos. ¿Puede arreglarlo?

—Lo intentaré.

Della Street se frotó suavemente los ojos, enrojecidos por el llanto.

—La luna de miel se ha acabado —sollozó—. Ya sabía yo que acabarías por marcharte a cuidar de los negocios. No me... me... quieeeeres.

Mason la miró, riendo.

—Ahórreselo para el vestíbulo —dijo.

—¿Cómo sabe que no lo digo eso en... serio?

Mason pareció intrigado. Se acercó a ella y se quedó un

momento mirándola.

—¡Demonios! —exclamó.

Y le apartó las manos de la cara.

Ella le miró con una sonrisa; pero tenía las mejillas inundadas en llanto.

La mirada del abogado expresaba perplejidad.

—Lágrimas de cebolla —observó ella, riendo.

Se oyó un golpe en la puerta. Mason la abrió. Un botones le entregó el telegrama doblado.

—¿Tiene usted equipaje que bajar? —dijo.

Mason indicó las maletas. El muchacho las recogió. Mason y Della Street le siguieron al vestíbulo. Della logró crear la impresión de una muchacha que ha estado llorando, que se siente muy herida, que está algo furiosa y que retaba al público a que dijese lo que quisiera.

Miró con orgulloso desafío el empleado.

Éste apartó la mirada de los enrojecidos ojos. Della se volvió hacia el botones y la sonrisa incipiente del muchacho desapareció, convirtiéndose en expresión de servilismo.

—No te olvides, nena, del automóvil —dijo Mason—. Ahora te da por conducir demasiado aprisa. El automóvil es nuevo y aún no está desbravado, por decirlo así. No conduzcas demasiado aprisa y cambia el lubricante tal como lo explica el libro de instrucciones.

—Sí, querido —dijo Della.

—Y recuerda, si alguien telefonea, no digas que no estoy yo aquí. Diles que no puedo acercarme al teléfono; diles que estoy jugando al polo; diles cualquier cosa, pero no digas que no estoy aquí.

—Bueno, querido.

—Y volveré lo más aprisa que pueda. No necesitaré estar en Nueva York más de dos horas.

Della Street volvió la cabeza y nada dijo.

Entró un chófer en el hotel. El dependiente le hizo una seña a Mason.

—Lo tiene usted todo arreglado ya, señor Clammert.

—Eso es lo que yo llamo un buen servicio.

Hizo una seña al botones, se dirigió a la puerta y luego se

detuvo, volviéndose torpemente hacia Della.

—Adiós, nena —dijo.

Ella recorrió la distancia que los separaba con los brazos abiertos. Le echó los brazos al cuello, le tiró con ferocidad de la cabeza, se pegó a él, mientras sus labios buscaban los suyos y se pegó a ellos en un beso kilométrico.

El rostro de Perry Mason expresaba algo de sorpresa y de alarma cuando la muchacha le soltó. Dio un paso rápido.

—Della —dijo—; usted...

Ella le apartó de un empujón.

—Date prisa, Watson Clammert —dijo— y coge ese avión. Ya sabes lo vitalmente importante que es que estés en Nueva York.

Durante un instante Mason pareció vacilar. Luego dio media vuelta y salió del hotel.

Della Street se llevó el pañuelo a los ojos y se dirigió con paso vacilante al ascensor.

El dependiente se encogió de hombros.

Después de todo, aquello no era cuenta suya. Él estaba allí para prestar servicio. Un huésped había pedido un avión para diez minutos más tarde; y él se había encargado de que lo tuviera.

Capítulo 17

Della Street entró corriendo en el vestíbulo del hotel.

—¡Oh! —gritó—. ¡Oh!

El dependiente le dirigió una mirada al semblante y luego salió de detrás del mostrador y se acercó a ella, solícito.

—¿Qué ocurre, señora Clammert...? ¿No es el avión...? ¡No puede ser el avión!

Ella se llevó los nudillos a los labios, moviendo negativamente la cabeza, con los ojos desmesuradamente abiertos, alarmados. Dos veces intentó hablar y ambas veces no logró más que exhalar una exclamación.

El dependiente se mostró solícito como correspondía a su cargo. Tampoco dejaba de darse cuenta de la belleza de aquella frágil y desilusionada recién casada cuyo esposo había tenido que dejarla cuando apenas había empezado la luna de miel. Le dio unos golpecitos animadores en el hombro.

—Querida señora —dijo—, ¿qué ocurre?

—¡El coche! —exclamó ella.

—¿El coche?

—Sí; el «Buick» nuevo de Watson. ¡Oh! ¡Y él, que le tiene tanto cariño!

—Yo lo he visto. Es muy hermoso. ¿Qué ha sido de él?

—Lo han robado.

—¿Robado? ¿De aquí? ¡Imposible!

—De aquí no —contestó ella, moviendo negativamente la cabeza—. Fui por la carretera con él; luego me apeé, lo dejé y fui a sentarme un rato en la playa. Fui un poco descuidada y dejé las llaves puestas. Cuando volví, había desaparecido.

—Bueno, pues, podemos recobrarlo —dijo el dependiente,

sombrío—. Tiene muy pocas probabilidades de poder salir del condado sin que lo pesquen. ¿Qué número de matrícula tiene?

Della Street movió negativamente la cabeza con simpatía. Luego, como si tuviera una inspiración, dijo:

—¡Oh, ya sé! Telefonee usted a la Bolsa Internacional de Indemnización Automotiva. Telefonéeles con cargo a mi cuenta. Hicimos asegurar el coche hace unos días. Pueden buscar los datos en la póliza. Mi esposo tiene la póliza y no sé dónde está. Pero puede usted explicarles que han robado el automóvil y le darán a usted el número de matrícula y del motor y todos los datos que necesite.

El dependiente se había puesto ya en movimiento. Le dijo a la telefonista:

—Consígame una conferencia con la Bolsa Internacional de Indemnización Automotiva y póngase también en comunicación con el despacho del «sheriff» en el Palacio de Justicia. Mejor será que me ponga en comunicación con la compañía de seguros primero.

La telefonista se apresuró a obedecer.

—Me temo que estoy dando la mar de trabajo —dijo Della Street.

—De ninguna manera, señora Clammert. Lo único que siento es que haya ocurrido una cosa así para estropearle el placer de su estancia aquí.

Dándose cuenta entonces de que el placer de su estancia había quedado estropeado ya por algo más que la pérdida de un automóvil, el dependiente guardó silencio embarazoso.

La telefonista dijo:

—¿Quiere usted que le ponga la comunicación en una de las cabinas?

—Tal vez sea mejor.

—A la cabina primera —dijo la joven.

El dependiente entró en la cabina y, unos momentos más tarde, salió con un papel, cubierto de números.

—Ahora —le dijo a la telefonista— póngame con el despacho del «sheriff».

El dependiente volvió a entrar en la cabina. Luego salió, sonriendo.

—Ya están esperando para hablar.

—Puede usted tener la completa seguridad de que se volverá a encontrar al coche, señora Clammert. El despacho del «sheriff» va a dar cuenta a la policía motociclista del Estado y al despacho de los «sheriffs» de Ventura, Los Ángeles, San Luis Obispo, Bakersfield y Salinas. Cerrarán las carreteras por completo. Además, darán los números por radio y va a mandar telegramas a la División de Automóviles y a las patrullas de la frontera que dependen de los destacamentos de Arizona, Méjico y Oregón.

—Muchísimas gracias —murmuró Della—. ¡Oh! ¡Estoy más desolada...! Me parece que haré el equipaje y me marcharé a Los Ángeles y luego volveré cuando haya regresado mi esposo. No quiero quedarme aquí sin él.

—Sentiríamos mucho que se fuera usted, señora Clammert; pero comprendo perfectamente sus sentimientos.

Della Street volvió la cabeza con rápida determinación.

—Sí —dijo—; me iré a Los Ángeles.

—¿Dónde puedo avisarle a usted respecto del automóvil?

—Oh, avise usted a la compañía de seguros nada más. Los abogados de mi esposo se pondrán en contacto con ella. Después de todo, no es una cosa tan seria. Es de la incumbencia de ellos proporcionarnos un automóvil nuevo, ¿verdad?

—Oh, recobrarán ustedes su coche, señora Clammert. Es posible que algún vagabundo se lo llevara nada más para recorrer unos cuantos kilómetros. Lo dejará abandonado en mitad de la carretera en cuanto se quede sin gasolina, o si no, le detendrá alguno de los policías de carretera.

—Bueno —dijo Della—, supongo que la compañía de seguros se encargará del asunto. Han sido ustedes muy amables aquí y siento mucho no poderme quedar por más tiempo; pero ya comprenderán ustedes mis motivos.

El dependiente le aseguró que lo comprendía perfectamente, preparó su cuenta y se encargó de que saliera el equipaje para la estación.

Perry Mason estaba sentado en su despacho, leyendo la correspondencia, cuando se abrió la puerta y apareció Della, con una sombrerera en la mano.

—¿Qué? —dijo—. ¿Cómo está la desilusionada novia?

—Todo salió divinamente, jefe. Están avisando a las patrullas de la frontera y las carreteras.

—Sí, ya oí los informes de las llamadas policíacas.

—El dependiente se mostró la mar de solícito —aseguró Della—. Recordaba el «Buick» nuevo y le parecía una verdadera hermosura. Esperaba que no me vería sin él más de un día o dos... Dígame, ¿por qué se molestó tanto en conseguir que la policía diera por robado un coche? ¿No hubiera bastado que cogiera usted el teléfono y hubiera...?

Él la interrumpió sonriendo y movió la cabeza.

—¿Quería usted privarme de mi luna de miel, Della?

—Fue usted quien se privó de ella. Y aún no ha respondido a mi pregunta.

—Quería que fuese detenido Watson Clammert —repuso él lentamente—. Quería que lo detuvieran en tales circunstancias que pareciera ser un ladrón profesional de coches. No me hubiera sido posible conseguir tal resultado por medios corrientes, puesto que no me atrevía a hacer una denuncia con mi verdadero nombre y no me animaba a firmar una queja con nombre alguno. Mi teoría puede ser errónea, en cuyo caso no puedo permitirme el lujo de dar una pista que la policía o Clammert pudieran seguir. Necesitábamos alguien que consiguiera granjearse las simpatías y obtener la cooperación activa de la policía sin formar denuncia alguna y sin dejar una pista. El hotel Baltimore es un factor de mucha importancia en Santa Bárbara y el «sheriff» del condado de Santa Bárbara es lo bastante importante para conseguir toda clase de cooperación policial. Pero el hotel Baltimore no se hubiera prestado a servirnos de instrumentos y sacarnos las castañas del fuego de no haberles interesado nosotros lo bastante para que no se les ocurriera dudar de nuestra identidad.

»Era necesario algo romántico y sentimental para conseguir eso, para proporcionarle al dependiente un palco escénico desde el que pudiera hacer de comprensivo espectador de su luna de miel

estropeada.

—Y..., ¿querría usted decirme exactamente cuáles son esas castañas que espera usted que le saquen del fuego?

Mason movió negativamente la cabeza.

—Ahora no —dijo—. ¿Volvió usted en tren?

—No; hice que me mandaran el equipaje a la estación. Luego alquilé un coche para venir aquí.

—¿Ha dejado usted rastro?

—No.

—Muy bien. Están apresurando las cosas en el caso de Keene. Empiezan la vista preliminar esta tarde a las dos.

Ella le miró con ojos sobresaltados.

—¿Que van a empezar la vista preliminar esta tarde?

—Sí; estaba preparando las cosas para ir allá. ¿Quiere usted asistir?

—Claro que sí.

—Suelte su sombrerera, y acompañeme. Discutiré el asunto con usted en el taxi.

—Pero..., ¿por qué permitir que precipiten los acontecimientos? ¿No podía usted haberlo hecho aplazar?

—Yo creo —respondió él, riendo— que las cosas salen que ni a pedir de boca. Quiero que se den prisa.

—¿Por qué?

—En parte para que no tengan que estar esos dos muchachos en tensión mucho tiempo y, en parte, para vengarme del sargento Holcomb.

—¿Cómo quiere usted decir?

—Si el sargento soluciona el misterio, el honor será para él. Si el misterio lo soluciono yo, seré yo quien se lleve el crédito.

—¿Cree usted que Holcomb podría solucionarlo?

—Creo que se solucionaría a pesar suyo. Es decir, creo que se ha puesto en movimiento la maquinaria para solucionarlo. No tardará mucho en aclararse la situación por sí sola y quiero yo pillarles la delantera a los demás. Usted ya me conoce: me gustan los golpes teatrales.

La mirada de Della resultó más expresiva que su voz, y su voz tenía aquella nota singular, baja y vibrante que la caracterizaba

cuando se sentía dominada por la emoción.

—Es usted el hombre más noble del mundo —dijo. Y luego, al levantar la vista, agregó con una sonrisa—: Y el novio menos satisfactorio que darse pueda. No tiene usted la menor idea de lo mucho que simpatizó aquel dependiente conmigo.

Capítulo 18

Los espectadores se arremolinaron y empujaron, llenando por completo la sala del tribunal presidido por el juez Pennymaker.

Dick Truslow, uno de los suplentes de más confianza de Hamilton Burger, le dirigió una sonrisa a Perry Mason.

Truslow tenía aquel atributo de un luchador peligroso: la habilidad de hacerse perfecto cargo de los puntos fuertes de un antagonista, una simpatía personal que sabía echar instantáneamente a un lado para hacer sitio a una combatividad oficial.

—¿Va a estar Shuster asociado con usted en este caso? —preguntó Truslow.

—Es muy probable que intente meterse en él explorando antes de que hayamos acabado —observó Perry—. El otro día le vi hablar a la luz del sol, y tenía un arco iris delante de los labios.

Truslow se echó a reír, luego bajó la voz y dijo, confidencialmente:

—Debiera usted ver a Hamilton Burger. Le está dando un ataque.

—¿Qué le ocurre?

—Ni que decir tiene —contestó Truslow, guiñando un ojo— que no quiero que se diga que yo lo he dicho; pero el jefe ha estado diciendo que es una estupidez eso que usted asegura de que cualquier persona puede mandar un telegrama en nombre de otra, si tiene el aplomo suficiente y conoce las señas y el número de teléfono de la persona por la que se está pasando.

Mason se las arregló para parecer inocente.

—Conque alguien —rió Truslow— envió a la viuda ama de llaves de Laxter un telegrama, firmándolo con el nombre del jefe.

—¿Y qué decía? —inquirió Mason, sin perder la seriedad.

Truslow dijo:

—No vuelva usted la cabeza. Está mirando ella hacia aquí... Un momento... Vaya... mire ahora... por encima del hombro izquierdo. ¿La ve usted allí de pie, con el telegrama? Fíjese en la expresión que tiene. Se ha creído que se trata nada menos que de una petición de mano.

—¿Qué opina usted?

—No puedo decírselo... a menos que se tapone usted los oídos.

Mason sonrió.

—¿Ha cambiado ahora su opinión respecto al origen del telegrama de Winifred Laxter?

—Le diré... Tengo orden de no insistir mucho sobre el particular..., pero me temo que esta vez le tengo a usted bien cogido, Perry. Tenemos un caso bastante bueno de pruebas circunstanciales. Supongo que no opondrá usted a que se procese al acusado, ¿verdad?

—Creo que sí que me opondré.

—Le apuesto doble contra sencillo a que no podrá usted llegar muy lejos. Tal vez logrará usted engañar a un jurado hasta el punto de conseguir alguna ventaja; pero no logrará usted pasar de la vista preliminar.

Mason encendió un cigarrillo; luego, casi inmediatamente, lo dejó caer en la escupidera al abrir el juez la puerta de su cámara y ocupar su asiento en el estrado. El tribunal fue llamado formalmente en orden. Dick Truslow se puso en pie para dirigir la palabra al tribunal.

—Señor juez: la vista preliminar de esta causa tiene por objeto el determinar si existen motivos razonables para procesar a Douglas Keene acusándole de asesinato en primer grado, a saber del asesinato de una tal Edith de Voe; pero a fin de demostrar el motivo del asesinato, será necesario que introduzcamos pruebas relacionadas con el asesinato de un tal Carl Ashton. Sin embargo, queda entendido que cualquier prueba relacionada con la muerte de Ashton se limitará tan sólo a fijar el motivo en cuanto al asesinato de Edith de Voe se refiere. No introduciremos dichas pruebas ni intentaremos hacerlas ser tenidas en consideración con ningún otro

objeto.

—¿Tiene la defensa algo que objetar? —inquirió el juez.

—Objetaremos cuando llegue el momento para hacerlo —respondió Mason—, a medida que vayan surgiendo las cuestiones.

—No intento ponerle límite alguno al señor defensor —dijo Truslow—. Sólo deseaba explicar nuestra posición al tribunal. Creí que, a lo mejor, podría eliminar algunas de las objeciones que pudiera aducir la defensa explicando claramente nuestra posición.

—Que siga la vista —dijo Pennymaker—. ¿Está el acusado en la sala?

—Entra en este momento, señor juez —contestó Truslow, con voz firme.

Un alguacil condujo a Douglas Keene a la sala. Estaba algo pálido, pero tenía la cabeza echada hacia atrás y la barbilla en alto. Mason se acercó a él y le oprimió el brazo, animador.

—Siéntese, muchacho —dijo—, y no pierda la serenidad. No tardará mucho en aclararse todo.

—El primer testigo de cargo —dijo Truslow— es Tom Glassman.

Glassman compareció; tomó el juramento, declaró ser adjunto al despacho fiscal; que la noche del veintitrés corriente había ido al piso de una tal Edith de Voe; que en dicho piso yacía una mujer en el suelo, con heridas en la cabeza, y cerca de la misma, un palo; que el palo estaba manchado de sangre.

—Le enseño a usted una fotografía —dijo Truslow— simplemente para que la identifique y le pregunto si ésta es una fotografía de las facciones de la joven que dice usted haber visto en el suelo dicho día.

—Sí, señor; lo es.

—Relacionaremos el retrato y lo introduciremos más tarde. Ahora desearíamos que fuese marcado para su identificación.

Hizo varias preguntas más, puramente rutinarias, y le dijo a Perry Mason:

—Ahora puede usted interrogar.

—En aquel pedazo de madera que halló usted junto al cadáver de la mujer —dijo Mason— había una huella dactilar, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Fotografió usted dicha huella?

—Sí.

—Y..., ¿sacó las huellas dactilares del acusado?

—Sí.

—¿Era aquella huella la del acusado?

—No, señor.

—¿Era la huella dactilar de Sam Laxter, de Frank Oafley o de alguno de los criados de la casa Laxter?

—No, señor.

—Naturalmente, usted intentaría identificar dicha huella dactilar.

—Naturalmente.

—¿No le fue posible hacerlo?

—No, señor.

—Había estado usted en la residencia de Laxter más temprano aquella misma noche, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y encontró usted allí el cadáver del portero Carl Ashton?

—Sí.

—¿Dicho cadáver yacía sobre la cama en el cuarto de Carl Ashton?

—Sí, señor.

—Ashton estaba muerto, ¿verdad? Y la muerte había sido producida por estrangulación mediante un cordón que le había sido echado al cuello y apretado. ¿No es así?

—Así es.

—Y... había huellas de pisadas de gato arriba y abajo de la cama.

—Sí, señor.

—¿Hizo usted esfuerzo alguno por averiguar si las pisadas habían sido hechas antes o después de la muerte de Carl Ashton?

—Sí.

—¿Cuándo fueron hechas? ¿Antes o después?

El rostro de Glassman expresó sorpresa.

—Después.

—Creí —dijo Truslow, con una sonrisa levemente nerviosa— que nos iba a costar una lucha bastante dura el poder introducir estas pruebas; pero veo que usted mismo se encarga de

introducirlas.

—Quiero que figuren todas las pruebas —contestó Perry. Luego, volviéndose al testigo, prosiguió—: Cuando usted llegó a casa de Laxter, ¿Samuel Laxter no estaba allí?

—No, señor.

—¿Se presentó más tarde?

—Así es.

—¿Su automóvil había sufrido desperfectos y tenía herido un brazo?

—Sí.

—Pero..., ¿Frank Oafley estaba allí?

—Sí.

—¿Dónde estaba cuando llegó usted?

—No sé dónde estaba cuando llegamos, porque nos detuvimos en el garaje para registrar los automóviles; pero cuando llegamos a la terraza principal, donde se alza la casa, vimos a un hombre que cavaba el suelo cerca de una esquina del edificio. Le iluminamos con nuestras lámparas de bolsillo y era el señor Oafley.

—Eso es todo cuanto tengo que preguntar —observó Mason.

Truslow, algo intrigado, comentó:

—Me parece que dejaremos establecido ahora definitivamente el *corpus delicti*, señor juez.

Mason se dejó caer nuevamente en un asiento con el aire de persona a quien ya no le interesan los trámites. Y no hizo ni una pregunta mientras Truslow llamaba al médico que había hecho la autopsia, hacía comparecer testigos que identificaron a la muerta; que identificaron el palo como trozo serrado de una muleta; testigos que declararon el tipo de muleta usado por Carl Ashton y que aseguraron que, según su opinión, el palo ensangrentado que se presenta como prueba formaba parte de la muleta de Ashton o, por lo menos, de una muleta exactamente igual.

Truslow hizo comparecer al ebanista Babson, quien identificó positivamente la sección de la muleta gracias a ciertos arañazos que tenía y declaró que Ashton le había pedido que hiciera un receptáculo en la muleta y que la forrara de gamuza. Luego, mediante otros testigos, Truslow hizo resaltar el valor de los diamantes Koltzsdorf y el hecho de que Peter Laxter los tuviera en

gran estima y los conservara siempre en su poder.

—Que comparezca Samuel Laxter —dijo Truslow por fin.

Samuel Laxter compareció.

—¿Se llama usted Samuel Laxter? ¿Vive usted en la casa, Laxter?

—Sí, señor.

—¿Es usted nieto del difunto Peter Laxter? ¿Residió usted en lo que se llamaba casa de campo, durante varios meses antes de que se incendiara, y luego fue usted a residir en la casa llamada de la población?

—Sí, señor.

—¿Conocía usted a Edith de Voe?

—Sí, señor.

—¿Vio usted su cuerpo en el depósito judicial?

—Sí, señor.

—¿Estaba muerta?

—Así es.

—Y, ¿el cuerpo que usted vio era el mismo que figura en la fotografía prueba número 1?

—Justo.

—Y..., ¿ésa era Edith de Voe?

—Ella era.

—¿Dónde estaba usted la noche del veintitrés entre las nueve y aproximadamente las doce y media de la noche?

—Me niego a contestar.

Nat Shuster se adelantó.

—Con el perdón del tribunal —dijo—, ahora parece ser que se está intentando macular el carácter de este testigo mediante preguntas extrañas al caso. No se le acusa del asesinato y, si no se le acusa del asesinato, no importa dónde se encontrara, a no ser que se hallara presente en el lugar en que se estaba cometiendo el asesinato.

—¿Usted es el representante del señor Laxter? —inquirió el juez.

—Sí, señor juez.

—Yo —dijo Perry— nada tengo que objetar contra esa pregunta.

—Voy a ordenar al testigo que responda a esa pregunta —afirmó el juez.

—Me niego a contestar.

El rostro de Pennymaker se ensombreció.

Shuster se inclinó sobre la mesa de los abogados.

—Ande —dijo—; diga lo demás.

—Me niego a contestar basándome en el hecho de que la respuesta pudiera comprometerme —dijo Laxter, como quien recita una lección.

Shuster sonrió y se volvió al tribunal.

—Quiero que el tribunal comprenda —dijo— que la contestación no le comprometerá en cuanto al crimen que se discute y refiere; pero creo que existe un reglamento municipal que puede haber sido violado por el testigo y, puesto que técnicamente podemos apoyar nuestra posición sobre esa base, he aconsejado a mi cliente que proteja el buen nombre de la joven comprometida en el asunto.

—¡Tonterías, estupideces y teatralerías! —dijo Mason.

El juez dio unos golpes con su mazo.

—Basta, señor defensor. No tiene usted derecho a hacer semejante declaración.

—Su señoría tiene razón; pero tampoco tiene derecho el defensor del señor Laxter a hacer una declaración semejante... declaración cuyo único fin es alistar las simpatías de la prensa.

Shuster agitó los brazos, excitado.

—Señor juez, me molesta semejante acusación.

La voz de Truslow sonó, dominando los frenéticos comentarios del excitado abogado.

—Estoy de acuerdo con el señor Mason, señor juez. Sea como fuere, nada de eso importa. Ofrezco ahora mismo a este testigo la impunidad por todo delito que no sea el de asesinato y repito mi pregunta.

—De nuevo me niego —repitió Laxter— basándome en la creencia de que la respuesta pudiera comprometerme.

—¿No se hallaba usted en la residencia de Laxter a la hora en que fue asesinado Ashton? —inquirió Truslow.

—No, señor.

—¿Dónde estaba usted?

—En la oficina de Nathaniel Shuster. Estuve allí desde las diez hasta después de las once.

—¿Había alguien con usted?

—Nathaniel Shuster.

—¿Alguien más?

—Jim Brandon.

—¿Quién es Jim Brandon?

—Chófer y mayordomo de la casa.

—¿Se hallaba presente durante la discusión que tuvo lugar entre usted y Nathaniel Shuster?

—No, señor; estaba sentado en la oficina general, aguardando.

—¿Cuándo se fue?

—Unos diez minutos antes de las once le dije que podía marcharse a casa. No había necesidad de que aguardara más tiempo.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Me quedé unos minutos más en el despacho de Nathaniel Shuster.

—¿Dónde fue usted luego?

—Me niego a contestar, basándome en lo mismo: que la respuesta pudiera comprometerme.

—¿Comprometerle de qué manera y en qué crimen?

—Me niego a contestar.

Truslow dijo, disgustado:

—Me parece que eso es todo. Voy a pedirle al tribunal extraordinario que investigue la cuestión.

Laxter inició la retirada. Los dientes de Shuster brillaron en sonrisa de triunfo.

—Un momento —dijo Perry Mason—. Me parece que tengo yo derecho a interrogar a este testigo.

—Pero..., ¡si no ha declarado como testigo de nada! —objetó Shuster.

—Síntese, señor Shuster —ordenó el juez—. El señor Mason tiene derecho a interrogar a este hombre sobre cualquiera de las declaraciones que haya hecho.

Mason se encaró con Laxter.

—¿Fue usted al despacho de Shuster con Jim Brandon?

—Sí, señor.

—Y... ¿fue en el «Packard» verde?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted dónde está el piso de Douglas Keene?

—Sí.

—¿Lo sabía usted la noche del veintitrés?

—No recuerdo... es posible que sí...

—¿No había usted ido a visitarle allí alguna vez antes del veintitrés?

—Creo que tal vez habría estado allí, sí.

—Después de salir del despacho de Shuster, ¿no fue usted a casa de Edith de Voe?

—Me niego a contestar.

—Y a aquella hora, ¿no estaba el «Chevrolet» que acostumbraba conducir el portero Carl Ashton, parado delante de la casa de Edith de Voe?

Shuster se movió, inquieto, y se inclinó hacia delante, como si se dispusiera a hablar.

Laxter dijo con monótona voz:

—Me niego a contestar.

—Conteste usted —ordenó Mason—; ¿no entró usted en casa de Edith de Voe? ¿No la encontró tendida en el suelo, sin conocimiento? ¿No se daba usted cuenta de que previamente había hecho unas declaraciones que equivalían a acusarle a usted del asesinato de su abuelo? ¿No es cierto que salió usted entonces corriendo de la casa, que subió al «Chevrolet», que se dirigió al piso de Douglas Keene, que entró en su piso, que se cortó el brazo con una hoja de afeitar, con una navaja o algún otro instrumento afilado, que dejó manchas de sangre en la ropa de Keene, que telefoneó a Nathaniel Shuster explicándole lo ocurrido, que temía usted verse acusado de asesinato y que, para que pareciese que la herida del brazo la había sufrido usted accidentalmente, estrelló su automóvil deliberadamente contra un poste de telégrafos, en el camino de regreso a su casa?

Shuster se puso en pie de un brinco, azotando el aire con las manos.

—¡Una mentira, señor juez! —gritó—. ¡Una serie de mentiras! ¡Un ataque contra el carácter de mi cliente!

Mason miró con fijeza la pálida faz del testigo.

—Si el contestar a *esa* pregunta puede comprometerle, puede usted decirlo.

Un silencio de muerte reinaba en la sala. Hasta el propio Shuster olvidó sus excitadas protestas para mirar, como fascinado, el semblante de Samuel Laxter. Éste carraspeó dos veces; luego murmuró:

—Me niego a contestar.

—¿Basándose en qué? —tronó Perry Mason.

—En que la respuesta pudiera comprometerme.

Mason hizo un gesto cortés con la mano.

—Eso —dijo— es cuanto quería preguntarle.

—Que comparezca Frank Oafley —dijo Truslow.

Oafley compareció, declaró su nombre, residencia y parentesco que le unía al difunto Peter Laxter.

—La noche del veintitrés corriente —dijo Truslow—, ¿estaba usted ocupado en cavar delante de la residencia Laxter?

—Sí.

—¡Me opongo a la pregunta! —dijo Shuster.

Perry Mason sonrió con afabilidad y dijo:

—Señor juez, yo represento al acusado en esta causa. El señor Shuster carece de responsabilidad legal ante este tribunal. Si yo no tengo que objetar a la pregunta y el fiscal, al hacerla, espera contestación, el testigo está obligado a responder.

—Eso es cierto —respondió el juez—. Conteste.

—Estaba buscando una importante cantidad de dinero que había desaparecido desde la muerte de mi abuelo. Y buscaba otras cosas también.

—¿Por qué buscaba?

—Porque había recibido un telegrama.

—Vamos a intentar ofrecer dicho telegrama como prueba —dijo Truslow mirando a Perry.

Su tono indicaba claramente que esperaba que Perry tuviera algo que objetar y que el juez admitiera cualquier objeción.

—Nada tengo que objetar —intervino Mason—. Introdúzcalo como prueba.

Truslow tomó el telegrama, lo introdujo como prueba y lo leyó para que constara en el sumario:

«Los diamantes de Koltsdorf están escondidos en la muleta de Ashton. Más de la mitad del dinero de su abuelo se encuentra enterrado precisamente debajo de la ventana de la biblioteca, donde el rosal trepador empieza a subir por la celosía. El lugar está marcado por un palito clavado en el suelo. No está enterrado muy hondo. No más de unas cuantas pulgadas».

—Esperamos demostrar —dijo Truslow— que este telegrama fue dado por teléfono a Telégrafos; que fue telefonado por el aparato de Winifred Laxter, prometida del acusado.

Mason permaneció callado.

—¿Cavó usted en dicho sitio? —inquirió Truslow.

—Sí.

—¿Conocía usted a Edith de Voe?

—Sí.

—¿Le unía algún parentesco con ella en el momento de su muerte? El testigo tragó saliva.

—Era mi esposa —dijo.

Mason le dijo a Truslow:

—Intérrogueme acerca de lo que Edith de Voe le dijo respecto a la muerte de su abuelo.

Truslow exteriorizó cierta sorpresa; pero inmediatamente se volvió al testigo y le preguntó:

—¿Le dijo a usted algo Edith de Voe respecto a la muerte de su abuelo o respecto a ciertas circunstancias sospechosas que había observado la noche del incendio?

Nat Shuster se puso en pie de un brinco.

—¡Señor juez! ¡Señor juez! ¡Señor juez! —gritó—. Me opongo a la pregunta. Se trata de un simple rumor. Esto nada tiene que ver...

El juez dio unos golpes con su mazo.

—Síéntese, señor Shuster —ordenó—. No está usted en orden. No tiene usted representación legal alguna en este asunto, salvo como abogado de Samuel Laxter.

—Pero me opongo a la pregunta por cuenta de Samuel Laxter.

—Samuel Laxter no es parte de este juicio. El señor Mason es el único que tiene derecho a objetar. Ya le he dicho a usted eso anteriormente.

—Pero..., ¡esto es un ultraje! Esto es condenar a mi cliente como asesino sin darle ocasión a que se defienda. ¡Valiente juego el que están haciendo estos abogados! Empiezan a acusar a otra persona de asesinato y luego se lo cargan a mi cliente y yo no puedo hacer nada porque ninguno de ellos tiene nada que objetar.

A pesar suyo, el juez sonrió.

—Sí que es una situación un poco irónica, señor Shuster —dijo—; pero no cabe la menor duda acerca de su legalidad. Se abstendrá usted de interrumpir el proceso.

—Pero ¡es que no debía contestar! Se meterá en un lío. Yo le aconsejaré que no...

—Se sentará usted y se callará —dijo— o se le expulsará de la sala y se le multará por desacato. ¿Cuál de las dos cosas va a ser?

Nat Shuster se sentó lentamente.

—Y permanecerá usted sentado y callado —ordenó el juez. Luego se volvió al testigo y dijo—: Responda a la pregunta. Es decir, a menos que tenga algo que objetar el abogado defensor. Si objeta, admitiré su objeción, puesto que la pregunta exige declaraciones de cosas oídas, lo que resulta demasiado remoto para que pueda formar parte de la *res gestae*.

Shuster medio se levantó de su asiento; luego volvió a sentarse con desánimo.

Frank Oafley dijo lentamente:

—Mi esposa me dijo que la noche del incendio pasaba por delante del garaje. Vio a Samuel Laxter sentado en un automóvil que tenía una goma enchufada al escape y a la tubería de aire caliente que suministraba calefacción a la alcoba de mi abuelo.

—¿Estaba el motor en marcha? —inquirió Truslow.

—Ella dijo que el motor estaba en marcha.

—¿Había indicación alguna de que el motor llevaba funcionando algún tiempo?

—Sí; no estaban encendidas las luces del garaje hasta que ella dio al interruptor. Sin embargo, había anochecido hacía rato.

—¿Le dijo a usted a quién más había contado eso?

—Sí.

—¿A quién?

—Al abogado Perry Mason y al acusado Douglas Keene.

—Nada más. Puede usted interrogar, Mason.

Perry Mason comenzó, casi como quien inicia una conversación:

—Tengo entendido que estuvo usted con ella hasta poco antes de que descubriese a Samuel Laxter en el automóvil la noche del incendio.

—Así es. Ella y yo habíamos estado de paseo y... haciendo planes para el porvenir.

El testigo se interrumpió bruscamente y apartó la mirada. Un espasmo contrajo su semblante. Luego se volvió para encararse con Perry Mason, y dijo con voz áspera de emoción:

—Temí que mi abuelo no diera su aprobación al enlace. Nos veíamos clandestinamente, pero habíamos acordado casarnos lo más aprisa posible.

—¿Estaba completamente segura de que la persona que ocupaba el automóvil era Samuel Laxter? —inquirió Perry Mason.

—Sí; creo que sí, aun cuando dijo que no había podido verle claramente la cara. Sam Laxter lleva un sombrero que resalta bastante. Y le vio el sombrero bien.

—¿Habló con ella?

—Sí; le dirigió la palabra y le pareció que la voz era la de Sam Laxter, aun cuando al interrogarla yo acerca del asunto recordó que la voz había sonado algo ahogada, porque el hombre estaba echado sobre el volante, al parecer intoxicado.

—¿Conoce usted algún motivo que pueda haber tenido Sam Laxter para asesinar a su abuelo?

—Claro que sí. El testamento.

—¿Conoce usted algún motivo que pueda haber tenido para asesinar a Carl Ashton?

Desde la mesa de los abogados, Nat Shuster protestó fuertemente en mímica, pero recordando el aviso del juez, permaneció sentado y guardó silencio.

—No, señor —contestó Oafley.

—¿Sabe usted dónde estaba Sam Laxter cuando fue asesinado Carl Ashton?

—No, señor.

—¿Dónde estaba usted a esa hora?

—¿A la hora en que asesinaron a Carl Ashton, quiere usted

decir?

—Sí.

—Con Edith de Voe.

—¿Casándose?

El testigo dio claras muestras de que le resultaba doloroso.

—Creo que se ha calculado que la hora del asesinato fue algo después de la ceremonia —dijo.

—Siento mucho haberle abierto nuevamente la herida —le dijo Perry, bondadosamente—. No tengo nada más que preguntar.

—Ni yo —afirmó Truslow.

Shuster dirigió una mirada esperanzadora al tribunal; pero el juez esquivó la mirada.

—Nada más —dijo.

Truslow se volvió para guiñarle un ojo fraternalmente a Perry Mason.

—Que comparezca Thelma Pixley —dijo.

Thelma Pixley tomó el juramento.

—¿Conoce usted al acusado?

—Muy bien.

—¿Le vio usted el veintitrés, la noche en que fue asesinado Carl Ashton?

—Sí.

—¿Qué hizo?... Advertiré al tribunal y a la defensa que esto sólo tiene por objeto fijar el motivo para el asesinato subsiguiente de Edith de Voe. Creo que el hecho de que fuera hallado en el apartamento de Edith de Voe un trozo de la muleta del portero indica...

—Nada tengo que objetar —le interrumpió Perry Mason—; la testigo puede contestar a la pregunta.

—Conteste a la pregunta.

—Vi subir por la avenida el coche del acusado. Dio la vuelta a la casa, luego volvió al garaje y dejó el coche. Yo esperaba que llamara al timbre y aguardé para abrirle la puerta; pero llevaba una llave de la puerta de atrás. Le vi entrar. Me pregunté qué estaría haciendo; conque fui a la puerta y escuché. Bajé la escalera y le oí abrir la puerta del cuarto de Carl Ashton.

—¿Sabe usted cuánto tiempo se pasó allí?

—Le vi salir.

—¿A qué hora llegó?

—Un poco antes de las diez.

—¿Cuándo se fue?

—Unos minutos después de las once.

—¿Tanto como cinco minutos después de las once?

—No lo creo. Acababan de dar las once, y no creo que transcurriera más de un minuto o dos antes de que se fuera.

—¿Llevaba algo consigo?

—Un gato.

—¿Pudo usted ver claramente el gato?

—Era *Escoria*.

—Ése es el gato del portero.

—Sí.

—¿Conocería usted ese gato si volviera a verlo?

—Desde luego.

Truslow hizo una seña a un alguacil que, al parecer, la había estado aguardando. El alguacil se fue a un cuarto y regresó a los pocos segundos llevando un gato grande, de Angora, a cuyo cuello iba atada una etiqueta.

—¿Es ése el gato?

—Ése es *Escoria*, sí.

—Señor juez —dijo Truslow, dirigiéndole una sonrisa a Perry—, que conste que la testigo identifica el gato de Angora a cuyo cuello va colgada una etiqueta con la palabra *Escoria* y las iniciales «H. B.», de puño y letra de Hamilton Burger, fiscal de distrito.

Él movió afirmativamente la cabeza.

Truslow se volvió a Perry Mason y le dijo:

—Interrogue.

—¿Le fue a usted posible ver el gato lo bastante claramente para identificarlo? —inquirió Mason.

—Sí —contestó la testigo con aspereza—. Conocería a *Escoria* en cualquier parte... Aun cuando le hubieran permitido a usted cambiar el gato, hubiese podido reconocer a *Escoria*...

El juez dio unos golpes de mazo. Los espectadores rompieron a reír.

—Las últimas palabras pueden ser borradas de la declaración —

insinuó el juez, dirigiéndose a Mason.

Mason movió afirmativamente la cabeza. Parecía haber perdido todo interés por el proceso.

—No tengo nada más que objetar —dijo.

—Que comparezca Jim Brandon —dijo Truslow.

Jim Brandon, cuya cicatriz prestaba a su semblante cierta expresión sardónica, se presentó y tomó el juramento.

—¿Es usted empleado del señor Samuel Laxter? —inquirió Truslow.

—Y del señor Oafley —declaró Brandon—. Estoy empleado de chófer y de mayordomo.

—Y..., ¿tenía ese empleo la noche del veintitrés?

—Sí.

—¿Tuvo usted ocasión de ver al acusado dicha noche?

—Sí.

—¿Dónde?

—Un poco más abajo del garaje de la casa Laxter.

—¿Vio usted su coche parado por allí?

—Su coche estaba parado unos veinte metros más abajo de la carretera.

—¿Qué hacía cuando usted le vio?

—Venía de la casa Laxter, con un gato en brazos.

—¿Reconoció usted al gato?

—Sí. Era *Escoria*.

—¿El gato que lleva en la etiqueta el nombre de *Escoria* y que se encuentra ahora aquí, en la sala?

—Ése es el gato.

—¿A qué hora le vio usted?

—A eso de las once; quizá dos o tres minutos después de las once.

—¿Conducía usted un automóvil?

—Sí.

—¿Dónde había estado usted antes de ver al acusado?

—En el despacho del señor Shuster. El señor Sam Laxter me pidió que le llevara al despacho del señor Shuster. Llegué a dicho despacho poco antes de las diez y permanecí allí hasta un poco antes de las once. Entonces me dijo el señor Laxter que podía coger

el coche y marcharme a casa. Me dirigí entonces a la casa Laxter, guardé el coche, entré en casa y permanecí allí durante la noche.

—¿Estaba allí el señor Oafley cuando llegó usted?

—No, señor; entró diez o quince minutos más tarde.

—Puede usted interrogar —dijo Truslow.

—¿Llevaba el acusado una muleta cuando usted lo vio?

—No, señor.

—¿Está seguro que era *Escoria* el gato que llevaba?

—Sí, señor. Le vi claramente a la luz de los faros del automóvil.

—¿Regresó después a la casa?

—No lo sé. Creo que sí.

—¿Por qué dice usted eso? —inquirió Mason.

—Oí un coche dar la vuelta y detenerse frente a la ventana de la alcoba de Ashton. Me pareció el coche del acusado, pero no me asomé a comprobarlo. Es decir, que me pareció que el motor sonaba como el motor de su coche.

—¿Cuánto tiempo estuvo parado el coche allí?

—Dos o tres minutos. Tiempo de sobra para que el acusado recogiera la muleta y la metiera en el coche inmediatamente.

Hubo risas en la sala.

—Precisamente —asintió Mason—. Ahora bien, si *volvió* con el coche a recoger la muleta, ¿por qué no recogió el gato al mismo tiempo? ¿Qué adelantaba con llevar el gato en brazos si iba a regresar después con el automóvil?

—No lo sé —respondió el testigo después de unos instantes.

—Estoy completamente seguro de que no —observó Mason, poniéndose en pie—. Usted se había estado tomando muchísimo interés en Carl Ashton, ¿eh?

—¿Yo, señor?

—Sí, usted.

—No lo creo.

Mason miró fijamente al testigo, y Brandon, agitándose inquieto en su asiento, esquivó la mirada.

—¿Sabe usted cuándo vino Ashton a consultarme acerca de su gato?

—No lo sé.

—No olvidé que está bajo juramento. Cuando Ashton vino al

despacho, usted le siguió, ¿eh?

—No, señor.

—Llevaba usted el «Packard» verde —dijo Mason lentamente—. Lo paró usted delante de mi despacho. Aguardó a que Ashton saliera y luego le siguió, conduciendo muy despacio el coche, ¿no es cierto?

El testigo se humedeció los labios y guardó silencio. El juez se inclinó hacia delante, dando muestras de interés.

—Vamos —dijo Mason—: conteste.

—Sí, señor —contestó el testigo, por fin—; le seguí.

—Y fue usted a ver a Babson, el ebanista, y le interrogó acerca de la muleta de Ashton, ¿no es así?

De nuevo hubo un período, casi imperceptible, de vacilación. Luego respondió Brandon lentamente:

—Sí, señor.

—¿Y descubrió que Babson había hecho un receptáculo en la muleta de Ashton?

—Sí.

—¿Por qué hizo usted eso?

—Porque se me ordenó.

—¿Quién se lo ordenó?

—Frank Oafley.

—¿Le dijo a usted por qué quería que lo hiciera?

—No, señor. Me dijo que siguiera a Ashton cada vez que éste saliera de casa. Me dijo que averiguara dónde iba Ashton, que le dijera con qué personas hablaba Ashton y que averiguara cuánto dinero gastaba. Le interesaba especialmente lo del dinero.

—¿Cuándo le dijo a usted eso?

—El día veinte.

—¿Y cuándo le dijo que no tenía necesidad de volver a seguir a Ashton?

—La noche del veintitrés.

—¿A qué hora?

—A la hora de comer.

Perry Mason se volvió hacia la mesa de abogados, se sentó y le dirigió una sonrisa a Truslow.

—Eso es cuanto tengo que preguntar —dijo.

Truslow vaciló, luego dijo lentamente:

—Creo que eso es todo. Que comparezca el doctor Robert Jason.

El doctor tomó juramento, declaró que el cuerpo de Peter Laxter había sido exhumado, que había hecho una autopsia completa con el fin de determinar si las quemaduras habían sido infligidas antes o después de la muerte.

—¿Qué determinó usted? —inquirió Truslow.

—El cadáver estaba casi incinerado; pero había varios sitios donde la ropa había protegido la carne. Es un hecho demostrado que cuando la muerte es consecuencia de quemaduras, en los lugares en que la ropa está ceñida al cuerpo la carne sufre menos daño. En dichos lugares me fue posible hacer el examen, del que llegué a una conclusión.

—¿Qué conclusión fue ésa?

—Que el difunto murió antes del incendio.

—Interrogue —le dijo Truslow a Perry Mason.

—¿Descubrió usted si la muerte era debida a las quemaduras o a envenenamiento por monóxido carbónico? —inquirió Mason.

El doctor Jason movió negativamente la cabeza.

—En todos los casos de muerte por quemaduras acostumbra quedar en los tejidos monóxido carbónico.

—De forma que resultaría poco menos que imposible decidir si una persona había muerto de envenenamiento por monóxido carbónico que fuera suministrado por los gases salidos del escape de un automóvil o si se había asfixiado y quemado en una casa incendiada. ¿No es eso?

—Eso es aproximadamente cierto; sí, señor.

—Por lo tanto, basándose en que el cadáver presentaría señales de envenenamiento por monóxido carbónico en cualquiera de los dos casos, ¿no hizo usted ensayo alguno para averiguar su existencia durante la autopsia?

—Así es.

—¿Sacó usted alguna radiografía de los huesos?

—No; ¿por qué?

—Me estaba preguntando si no tendría el cadáver alguna señal de que la pierna se había roto recientemente.

El doctor Jason frunció el entrecejo.

—¿Qué tendría que ver eso con el asunto? —inquirió Truslow.

—Quisiera que se hiciera esa prueba —observó Mason—. Y si hemos de introducir esta prueba, creo que tengo derecho a saber si existía prueba alguna de envenenamiento por monóxido carbónico.

—Pero —indicó el juez—, ¡si acaba de decir el testigo que semejante prueba existiría fuera cual fuese la forma en que hubiese muerto el hombre!

—Perdone su señoría, pero no es eso lo que ha dicho —contradijo Mason—. Ha declarado tan sólo que existiría semejante indicio si el hombre hubiera muerto carbonizado o envenenado por monóxido carbónico. Me gustaría que se le pidiese a este testigo que se asegurase bien de esas dos cosas y luego volviese al tribunal.

—Puedo telefonar a mi despacho y hacer que uno de mis ayudantes haga inmediatamente las pruebas que usted desea —afirmó el testigo.

—Con eso habrá suficiente —observó Perry.

—Eso sería un proceder irregular —advirtió el juez.

—Lo sé, señor juez; pero se va haciendo tarde y quisiera que quedase completado el asunto hoy. Después de todo, no se trata de una vista que se está celebrando en un tribunal superior y ante un jurado. El objeto de esta vista no es más que determinar si se había cometido un crimen y si existían motivos razonables para creer culpable al acusado.

—Está bien —cedió el juez—; puede usted hacer eso, doctor Jason.

El doctor abandonó el tribunal.

Della Street se abrió paso a empujones hacia el antepecho que separaba el lugar reservado a los funcionarios del tribunal. Logró llamar la atención de Perry Mason.

—Un momento, con el permiso del tribunal —dijo éste, acercándose al antepecho.

—He estado llamando a la compañía de seguros y pidiendo informes. Acaban de comunicarme que la policía de Santa Fe, Nuevo Méjico, ha encontrado mi coche. Lo conducía un hombre que dice ser Watson Clammert; pero no puede ofrecer más pruebas de su identidad que unos recibos que la policía cree falsificados, porque los recibos demuestran que compró y pagó el coche con el nombre

de Watson Clammert. Pero lo raro del caso es que le creen un asaltador de bancos, porque en la maleta que llevaba en el coche había más de un millón de dólares en billetes de banco.

Mason suspiró con gran satisfacción.

—Ahora —dijo— vamos llegando a alguna parte.

—Llamaremos a Winifred Laxter como testigo de cargo siguiente —anunció Truslow.

Bajó levemente la voz y le dijo al juez:

—El tribunal estará, sin duda, de acuerdo con nosotros en que ésta es una testigo hostil y permitirá que usemos preguntas conductoras.

—Está bien. Ocupe el lugar de los testigos, señorita Laxter.

Winifred Laxter avanzó como avanzaría una princesa hacia la espada del verdugo.

Alzó la mano derecha, hizo el juramento, se dirigió a la silla reservada para los testigos y se sentó.

—¿Se llama usted Winifred Laxter y es usted prometida del acusado?

—Sí, señor.

—¿Conocía usted a Carl Ashton?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted al gato que se halla ahora ante el tribunal, con una etiqueta al cuello que dice *Escoria*?

Winifred Laxter se mordió el labio y dijo:

—Conocía al gato del portero.

Dirigió una mirada suplicante a Perry; pero éste guardó silencio. Respiró hondamente, vaciló, pareció a punto de mover negativamente la cabeza, pero el gato, soltando un maullido, saltó de la mesa, cruzó el tribunal, se subió a su regazo y se echó satisfecho hecho un ovillo. Algunos de los espectadores se echaron a reír. El juez dio unos golpes con el mazo. La muchacha volvió a mirar a Perry Mason.

—Responda a la pregunta, Winifred —dijo Mason— y diga la verdad.

—Sí —repuso ella—; éste es *Escoria*.

—¿Tenía usted a *Escoria* en su poder la noche en que fue asesinado el portero?

—Responda a la pregunta —le aconsejó Perry al ver que la joven le miraba con impotencia.

—No pienso contestarla.

—Responda a la pregunta, Winifred —repitió Mason.

Ella le miró con fijeza; luego respondió lentamente:

—Sí, señor.

—¿Quién le dio el gato?

Su expresión se tornó vengativa.

—Un amigo mío me dio el gato y yo se lo di a Perry Mason... es decir, Perry Mason se lo llevó. Dijo que la policía no debía encontrarlo en mi casa.

Los espectadores se agitaron inquietos.

—¿Era ese amigo Douglas Keene? —inquirió con energía Truslow.

—Me niego a contestar.

—Conteste usted —ordenó Perry Mason.

El juez carraspeó. Con voz que expresaba simpatía por la joven, dijo:

—Naturalmente, señores; en justicia debe de ser advertida esta joven que la respuesta puede comprometerla, puesto que la convertiría en cómplice...

—No hay necesidad —intervino Perry Mason—. Yo represento los intereses de esta testigo. Ande y responda a la pregunta, Winifred.

—Sí —contestó la muchacha.

—Puede usted interrogar —le dijo Truslow a Mason.

—No tengo nada que preguntar.

Truslow se puso en pie. Parecía frío y determinado.

—Señor juez —dijo—: siento mucho verme obligado a hacer esto; pero parece ser que el asesinato de Carl Ashton está relacionado inseparablemente con el de Edith de Voe. El asesino debe de haber serrado la muleta, sacado los diamantes y empleado parte de la muleta como porra con la que herir mortalmente a Edith de Voe. Por lo tanto, el asesino de Carl Ashton debe de ser el asesino de Edith de Voe. En consecuencia, se hace necesario demostrar que Ashton fue asesinado antes de que fuera sacado el gato de la casa Laxter y que el gato no volvió a dicha casa Laxter a

ninguna hora después del asesinato. Es, en mi opinión, de la incumbencia de la fiscalía demostrar en qué pasó el gato el tiempo desde el momento en que fue cogido por el acusado y aquel en que se posesionó de él la policía. Por tanto, voy a pedir que Della Street comparezca como testigo.

Della Street soltó una exclamación de sorpresa.

—Comparezca a declarar, Della —le ordenó Mason.

Della Street compareció y tomó el juramento.

—Usted se llama Della Street y es secretaria de Perry Mason, que aparece como defensor de esta causa. En la noche del veintitrés, ¿se presentó Perry Mason en su casa llevando al gato *Escoria*, que se encuentra ahora ante el tribunal?

—Responda a esta pregunta —ordenó Perry.

—No lo sé —contestó ella con aire de desafío.

—¿Que no lo sabe?

—No.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que no lo sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—Porque no sé si este gato es el gato que pertenecía al portero.

—Winifred Laxter dice que lo es.

—Yo no soy responsable de lo que Winifred Laxter declare. Yo estoy declarando bajo juramento.

—Pues el gato demuestra que conoce a Winifred Laxter.

—Yo no soy responsable —le dijo Della con frialdad— de las amistades que pueda tener el gato.

Se oyeron risas entre los espectadores. Hasta el juez sonrió al llamar al orden a la sala.

—Pero..., ¿reconoce usted que Perry Mason le llevó a usted un gato a casa?

—Yo no reconozco tal cosa. La pregunta no es pertinente, a menos que esté relacionada con el asesinato. Y no puede tener relación alguna con el asesinato a menos que el gato que usted pretende que fue llevado a mi casa sea el gato del portero. Y a mí no me consta que sea así. Creo que tendrá usted que hacerle esas preguntas al señor Mason.

Truslow sonrió cariacontecido y dijo al tribunal:

—Tal vez los conocimientos legales que esta señorita ha adquirido sean responsables de algunos éxitos del abogado defensor.

—Parece comprender perfectamente los puntos legales de la cuestión —observó Pennymaker.

Mason sonrió.

—Voy a pedir que comparezca Perry Mason a declarar —dijo Truslow—. Comprendo que semejante proceder se sale de lo usual, pero también comprendo que se sale de lo usual que un defensor tome parte tan activa en los asuntos de sus clientes como parece tomar Perry Mason. No le pido que me facilite comunicación confidencial alguna que haya recibido de sus clientes; voy a preguntarle tan sólo lo que hizo en la cuestión de ocultar a un criminal.

—Está bien —ordenó el juez—; Perry Mason comparecerá a declarar.

Mason se acercó a la silla de los testigos, tomó el juramento y se sentó.

El juez le miró con cierta simpatía; luego le dijo a Truslow:

—Después de todo, señor fiscal, aun cuando su comentario respecto a los métodos del señor Mason al representar a un cliente podrá estar justificado hasta cierto punto, subsiste el hecho de que el señor Mason es abogado y procurador. No está restringido a la representación de un solo cliente cualquiera. Si resultara, como creo que resultará, que representa también a Winifred Laxter, el tribunal tendrá por comunicación privilegiada cualquier cosa que Winifred Laxter puede haberle dicho. Como ha indicado usted tan apropiadamente, los métodos del defensor Mason se salen algo de lo corriente quizá; pero ha de reconocer usted que su historial arroja una larga serie de éxitos que ha conseguido, no defendiendo a los culpables, sino mediante el empleo de métodos sorprendentemente originales para demostrar la inocencia de sus clientes.

—Yo no estoy hablando del pasado —respondió Truslow, sombrío—; hablo del presente.

—Le doy gracias a su señoría por tenderme un cable de salvación —sonrió Mason—; pero no creo que me sea necesario.

Truslow dijo:

—¿Se llama usted Perry Mason? ¿Es usted abogado y procurador?

—En efecto.

—¿Es usted el abogado defensor de Douglas Keene?

—Lo soy.

—¿Fue usted a la cafetería de Winifred Laxter la noche del veintitrés?

—Sí.

—¿Tomó usted posesión de un gato en dicho lugar?

—Sí.

—¿Qué hizo usted con el gato?

—Contestaré aún más de lo que usted me pregunta, señor Truslow. El gato me fue entregado, diciéndome que era *Escoria*, el gato del portero, y Winifred Laxter afirmó que el gato había estado en su poder desde poco después de las once, hora en que le había sido entregado por Douglas Keene, acusado en esta causa.

»Yo le dije a la señorita Laxter que era importante que la policía no encontrase allí el gato y se lo llevé personalmente a mi secretaria, dándole instrucciones para que lo conservara en su poder.

—Y..., ¿por qué hizo usted eso?

—Lo hice para que no hubiera la menor probabilidad de que escapara el gato y volviese a la residencia Laxter.

Tardó un momento en penetrar el significado de las palabras de Perry en la mente de Truslow. Frunció el entrecejo y dijo:

—¿Cómo?

—Lo hice para que el gato no pudiera regresar a la residencia Laxter.

—No comprendo.

—En otras palabras —observó Mason tranquilamente—; quería dejar bien sentado que si las pisadas de gato que había en la colcha de la cama en que fue hallado muerto Ashton eran las huellas de *Escoria*, tenían que haber sido hechas antes de la hora en que Douglas Keene salió de la casa.

Truslow frunció el entrecejo. Durante unos instantes se olvidó de su papel de interrogador para procurar seguir el razonamiento de Mason.

—Eso —dijo— no le beneficia a su cliente.

—Le beneficia, puesto que aclaraba la situación hasta el punto de permitir que fuera hallado el verdadero culpable.

Truslow no hizo pregunta alguna, sino que permaneció contemplándole, intrigado, aguardando a que Mason continuara, mientras que el juez se inclinó hacia delante para no perder ni una sola palabra.

—Obré basándome en la suposición —prosiguió Mason— de que Keene era inocente. No podía demostrar conclusivamente su inocencia, salvo mediante el procedimiento de demostrar que otra persona era la culpable. La policía se precipitó en sus conclusiones y decidió que Keene mentía. A simple vista, parecía evidente que Keene había mentido. Era evidente que a Ashton le habían asesinado a las diez y media. No cabía la menor duda de que Keene se había hallado en la habitación en que más tarde se encontrara el cadáver de Carl Ashton, a las diez y media, sin más ni más, y que aquellas pisadas eran las de *Escoria*. Pero Keene decía que había salido de la casa poco después de las once, que se había llevado a *Escoria* y que, en el momento de marcharse, el cuerpo de Ashton no se hallaba en el cuarto.

»En lugar de seguir el razonamiento de la policía y obrar basándome en la suposición de que Keene había mentido, decidí obrar basándome en la suposición de que Keene pudiera estar diciendo la verdad. En tal caso, las pisadas de gato no podían ser las de *Escoria*; en tal caso, Ashton no podía haberse hallado en el lugar en que se encontró su cuerpo, a las diez y media. Sin embargo, puesto que no cabía la menor duda de que lo habían asesinado a las diez y media, es indudable que le tenían que haber matado en algún otro sitio. Por lo tanto, las pisadas debían de ser de un gato que no fuera *Escoria*.

»Cuando hube llegado hasta ahí en mis razonamientos, me di cuenta de pronto de la importancia de poder explicar minuto por minuto dónde había estado *Escoria* desde el momento que se lo llevara Keene de la casa. No se me ocurrió mejor procedimiento que llevármelo yo y esconderlo donde no pudiera encontrarlo el criminal.

—¿Por qué —preguntó Truslow— quería usted dejar bien

sentado que su cliente se había llevado el gato de la residencia Laxter?

—Porque *Escoria* era el único que tenía acceso a dicha residencia. Es más: *Escoria* se encargaba de echar a los demás gatos de por allí. Por tanto, si Keene decía la verdad, tenía que haber sido llevado el cuerpo a la residencia después de haber sido asesinado Ashton; y el asesino, para que pareciera que Ashton había sido asesinado mientras se hallaba en la cama, y para hacer recaer las sospechas sobre Douglas Keene, debía de haber salido en busca de un gato y de haberlo introducido a la fuerza en la casa, llevándolo al lecho en que yacía Ashton... lecho, por cierto, en que el fino olfato de un gato descubriría el olor de *Escoria*... y obligaría a dicho gato a dejar sus huellas sobre la colcha.

»Si eso era lo ocurrido, cualquiera que conozca un poco el temperamento de los gatos, comprenderá que el gato no aceptaría de buena gana dicho tratamiento y que manifestaría su resentimiento arañando las manos del asesino. Por lo tanto, pasé revista a los posibles sospechosos para encontrar a alguno de ellos que tuviera arañadas las manos. Cuando encontré a dicha persona, descubrí que intentaba ocultar los arañazos mediante el sencillo expediente de producirse más arañazos en circunstancias que parecieran explicar los mismos, a saber cavando en la proximidad de un rosal con la supuesta intención de descubrir un tesoro; pero aquélla no era, ni mucho menos, la forma en que hubiera cavado quien intentara desenterrar un millón de dólares. Por lo tanto, llegué a la conclusión de que aquello no tenía otro objeto que proporcionarle un medio de explicar la procedencia de los arañazos.

Truslow tenía ahora desmesuradamente abiertos los ojos, que parecían a punto de desorbitársele.

—¿Se refiere usted a Frank Oafley? ¡Si Oafley estaba con Edith de Voe a la hora en que fue cometido el asesinato!

—Sí —respondió Mason—; y permití que siguiera adelante toda esta vista simplemente porque quería escuchar esa afirmación de sus propios labios. Porque a Ashton *no le asesinaron en su lecho, sino que le asesinaron en el piso de Edith de Voe*. Tiene que haber sido asesinado allí. Es la única explicación que concuerda con todos los datos del asunto. Recuerden que Ashton era un individuo frágil y

apergaminado y que pasaba una avenida por delante mismo de su ventana. Un hombre fuerte hubiera podido pasar el cuerpo de Ashton por la ventana con la mayor facilidad del mundo.

—Un momento —objetó Truslow, dándose cuenta de pronto de lo que estaba ocurriendo—. Está usted ante el tribunal como testigo y, sin embargo, está usted presentando un argumento.

—Habiendo sido llamado a declarar —contestó Mason, cortésmente— como testigo de cargo, estoy prestando declaración en respuesta a la pregunta que solicita explique el motivo que me indujo a quitarle el gato a Winifred Laxter y a ocultarlo en un sitio donde ninguna de las partes interesadas en este proceso pudiera encontrarlo hasta que la policía se hubiera hecho cargo de él. Y para asegurarme de que la policía lo custodiaba bien, les induje a creer que conservando dicho gato, podrían comprometer a mi cliente y, tal vez, causarme a mí algún daño en mi profesión.

El juez sonrió y dijo:

—Creo que el señor Mason esté tal vez dando una contestación algo argumentativa; pero el tribunal piensa escucharla, desde luego. Prosiga con su explicación, señor Mason.

—Adquirí el convencimiento —dijo Perry Mason, volviéndose hacia el tribunal— de que Peter Laxter no había muerto.

El juez sacudió la cabeza, como si quisiera despejársela.

—Que adquirió el convencimiento, ¿de qué? —preguntó.

—De que Peter Laxter no había muerto. Todo parecía indicar que Edith de Voe y Frank Oafley habían conspirado contra su vida, que habían decidido introducir monóxido carbónico en su alcoba. Los indicios indican que Carl Ashton, el portero, que era un criado fiel, había recibido aparentemente de Peter Laxter una crecida suma de dinero y los famosos diamantes Koltsdorf, que dichos bienes le habían sido entregados para que los guardara, siendo motivo de ello el hecho de que Peter Laxter debía saber por anticipado que su casa iba a ser destruida por el fuego.

»En otras palabras, Peter Laxter o Carl Ashton sabían que alguien iba a intentar cometer un asesinato. Edith de Voe me dijo que dicho intento fue hecho por Sam Laxter, pero me inclino a creer que ello formaba parte de su plan preconcebido mediante el cual ella y Oafley habían conspirado para matar a Peter Laxter y para

luego acusar a Sam Laxter del crimen, eliminándole así y dejando a Frank Oafley como heredero universal.

»Peter Laxter decidió dejar que los conspiradores siguieran adelante con sus planes. Por razones particulares tenía deseos de desaparecer. Una de dichas razones sería probablemente que quería que Winifred Laxter sentara la cabeza y viera cómo se portaban los dos hombres que aseguraban quererla cuando la creyeron desheredada. Conque el portero Carl Ashton, que gozaba de la confianza absoluta de Peter Laxter, fue a la sala de caridad del hospital. Encontró allí a un hombre, un tal Watson Clammert, que estaba muriendo y que no tenía familia ni bienes de fortuna. Ashton proporcionó a dicho hombre la mejor asistencia médica posible, sabiendo de antemano que no existía la menor esperanza de salvación. Construyó así, por aquellos medios, un parentesco, ficticio, de forma que no se alzó protesta alguna cuando Ashton, una vez muerto el hombre, reclamó el cadáver.

»Sin duda alguna los conspiradores habían estado aguardando una buena ocasión para perpetrar el crimen; y sin duda alguna también, Peter Laxter les había privado perspicazmente de dicha ocasión hasta que hubo completado sus preparativos, que constituían en obtener un cadáver y convertir todos sus bienes muebles en dinero para que sus herederos aparentes no pudieran saquearle.

»Watson Clammert, sin embargo, tenía un permiso de conducir automóvil y ciertos documentos de identidad, de forma que le era más fácil a Peter Laxter asumir la identidad del muerto que crearse una identidad completamente nueva. Cuando tuvo preparada la escena, dejó que los conspiradores quemaran su quinta después de darse el trabajo de introducir monóxido carbónico en su alcoba. Luego éstos siguieron adelante e hicieron declarar válido el testamento, mientras Peter Laxter, sentado entre bastidores, se reía de ellos.

»Su señoría comprenderá, señor juez, que ahora estoy descubriendo los motivos que resultaban tras de mis actos. Mucho de esto es necesariamente pura suposición; pero creo que la suposición está bien fundada.

»Todo el mundo ha obrado suponiendo que, porque Oafley no se

hallaba donde fue hallado el cadáver de Ashton en la hora que se cometió el asesinato, tenía probada la coartada. En rigor, nada hay que indique que fuera asesinado Ashton donde fue encontrado su cadáver. Yo creo que fue asesinado en el piso de Edith de Voe. Yo creo que fue allí, o que le indujeron a ir allí los conspiradores cuando descubrieron que Ashton estaba enterado de su conspiración. Creo que ambos creían que Peter Laxter había muerto. Creo que mataron a Ashton, que cortaron la muleta, que sacaron los diamantes y, comprendiendo que tenían que deshacerse del cadáver del portero, lo sacaron por la ventana al automóvil de Oafley. Luego, Francisco Oafley se dirigió a la residencia de Laxter poco después de que el acusado se hubiera marchado con el gato y metió el cadáver por la ventana, que acostumbraba estar abierta para que pudiera entrar y salir el gato siempre que quisiera.

»El asesino sabía que *Escoria* acostumbraba dormir en la cama. Quería demostrar que todo estaba como debía estar. Conque anduvo buscando a *Escoria* y averiguó que se lo había llevado Keene unos momentos antes. Se dio cuenta entonces de la cantidad de pruebas que podía acumular contra Keene si hubiera pisadas de gato en la cama. Conque salió, buscó un gato y le obligó a dejar las huellas de sus patas en la cama. Mientras lo hacía, le arañó el gato las manos.

»Oafley quería tener alguna explicación lógica de dichos arañazos. Conque arregló las cosas para que le mandaran un telegrama, y para que dicho telegrama pareciese natural, arregló las cosas para que, cuando se procurase averiguar su procedencia, pareciera que se lo había enviado Winifred Laxter. Dicho telegrama proporcionó a Oafley la excusa para cavar al lado del rosál, cosa que explicaría lógicamente la procedencia de los arañazos.

»Ahora, señor juez, entramos en una fase del asunto que hasta ahora sólo puede ser materia especulativa. En cuando me di cuenta de que pretendía que un tal Watson Clammert pudiera tener acceso a las cajas de seguridad alquiladas por Ashton, comprendí que Peter Laxter, por comodidad, había tomado el nombre de Watson Clammert más bien para usar el permiso de conducir del muerto que para pedir otro. No sé lo que ocurrió en el piso de Edith. Serraron la muleta y tenían la intención de quemarla después de

haber sacado los diamantes. Sam Laxter fue al despacho de su abogado en el «Packard» verde. Regresó a su casa en el «Chevrolet» del portero. Por lo tanto, debió de encontrar el «Chevrolet» parado en algún sitio después de salir del despacho de su abogado.

»No hubiese tomado aquel coche de no haber creído muerto a Ashton, o a no ser que tuviese mucha prisa o que le dominara el pánico.

»Tengo el convencimiento de que Shuster y él discutieron el hecho de que Edith de Voe estaba haciendo acusaciones contra él. Creo que Shuster averiguó lo que estaba ocurriendo por comentarios hechos por Oafley. Creo que Sam Laxter fue a ver a Edith de Voe, con conocimiento de Shuster o sin él. Sam Laxter fue al piso y la encontró moribunda. Se marchó, lleno de pánico, y es razonable suponer que llamaría a su abogado Nat Shuster. No quiero pararme a deducir lo que diría a Shuster o lo que Shuster diría a él; pero subsiste el hecho de que llevó a cabo una intentona muy astuta para hacer aparecer culpable del crimen a Douglas Keene. En vista de las declaraciones que había hecho Edith de Voe acusando a Sam Laxter de asesinato, Sam Laxter se dio cuenta en seguida de que, si se podía demostrar que había estado él en el piso de Edith de Voe a la hora aproximada de haberse cometido el asesinato, tendría muy pocas probabilidades de que se le absolviera.

»Y ahora surge una cuestión: ¿Quién mató a Edith de Voe? No lo sé; pero sí sé que Peter Laxter, ocultándose bajo el nombre de Watson Clammert, compró un «Buick» nuevo, del modelo 1935. Sí sé que varios testigos vieron un «Buick» nuevo, modelo 1935, parado inmediatamente detrás del «Chevrolet» que había ante la casa de Edith de Voe. Lo más probable es que Peter Laxter fuera allí a esperar a que Ashton saliera. Después de aguardar un rato, Peter Laxter fue al piso de Edith de Voe. Esto sería probablemente a eso de las once o un poco después. Encontró a Edith de Voe en circunstancias muy sospechosas. La muleta del portero estaba aserrada y se quemaba en el hogar. Los diamantes Koltzsdorf se hallarían con toda seguridad a la vista sobre la mesa. No creo que Laxter perdiera los estribos y pegara a Edith de Voe deliberadamente con aquel trozo de muleta. Pero hemos de recordar que Laxter era un hombre de edad y que Edith de Voe era

vigorosa, bien formada y felina. Es muy probable que fuera ella quien atacara a Peter Laxter. Éste cogería la primera arma que encontró a mano, sacando un trozo de muleta del hogar. Podemos deducir que la muleta acababa de empezar a arder, porque pocos minutos antes Edith de Voe había ido al cuarto de al lado a pedir unas cerillas. Sabemos que se había quemado madera recientemente en aquel hogar. Sabemos que hay indicios de que se había aplicado algo de fuego a la sección de la muleta que fue usada como porra. Y creo que la huella digital encontrada en el palo aquel es la de Peter Laxter, alias Watson Clammert.

Perry Mason dejó de hablar y dirigió una sonrisa al sobresaltado fiscal.

El doctor Jason entró en el tribunal, excitado.

—Ese hombre no murió de quemaduras —afirmó— ni de envenenamiento por monóxido carbónico. Murió, al parecer, de causas naturales y su pierna derecha no tiene rotura alguna, de forma que no se trata de Peter Laxter.

Hamilton Burger irrumpió en la sala por otra puerta.

—Señor juez —dijo—: suspenda el juicio inmediatamente. La fiscalía exige un aplazamiento indefinido. Un hombre, detenido como ladrón de automóviles, en Nuevo México, bajo el nombre de Watson Clammert, acaba de telegrafiar una confesión, diciendo que es en realidad Peter Laxter, que sabe que Edith de Voe y Frank Oafley mataron a Carl Ashton; que Peter Laxter, al entrar en el piso de Edith de Voe para obtener pruebas de dicho asesinato, descargó un golpe que mató a Edith de Voe. Dominado por el pánico, quiso huir. Está todo aquí, en el telegrama. Ahora está dispuesto a regresar y dar la cara.

Winifred Laxter, con un grito de alegría, corrió hacia Douglas Keene, que le aguardaba con los brazos abiertos.

Perry Mason descruzó las piernas, dirigió una sonrisa al sobresaltado Pennymaker, alargó la mano e hizo un chasquido con los dedos en dirección al gato.

—¡Eh, *Escoria!* —dijo.

Capítulo 19

Perry Mason estaba sentado en su despacho. Della Street lo miró desde el otro lado de la mesa, con ojos que brillaban como estrellas.

—¿Va usted a defender a Peter Laxter? —preguntó con interés.

—Si le acusan de asesinato, sí.

—No comprendo cómo sabía usted lo ocurrido.

—No lo sabía al principio. Pero lo sospeché después. Había dos o tres cosas que me dieron una idea bastante buena de lo ocurrido. Fíjese en la manera en que Frank Oafley se casó con Edith de Voe. Durante el tiempo en que vivía con Peter Laxter, dice que se veía con ella clandestinamente, por fuerza, porque Peter Laxter no miraba el noviazgo con buenos ojos. Pero él creía que Peter Laxter había muerto al arder la casa. No había necesidad ya de celebrar un matrimonio secreto, de privarse de una luna de miel. Me veo obligado a creer, por lo tanto, que el motivo de que ambos tuvieran tanta prisa en casarse era que se daban cuenta de que no puede hacerse declarar a una mujer contra su esposo sin el consentimiento del mismo, ni a un hombre contra su mujer. Esto era porque sabían que había probabilidades de que fuese descubierta la conspiración y eso significa que, de una forma u otra, habían averiguado ya que Ashton tenía conocimiento de ella. Creían a Peter Laxter muerto. Por lo tanto, Ashton era el único que podía saberlo.

Pero el indicio verdaderamente expresivo es el de la muerte. La teoría del fiscal era que la persona que había asesinado a Ashton había llevado la muleta al piso de Edith de Voe y luego asesinado a la mujer. Eso hubiera sido manifiestamente imposible de no haber sido Edith de Voe parte en el asesinato de Ashton, porque la muleta no estaba serrada cuando la llevaron al piso. Había sido cortada en el piso y se habían quemado trozos de ella en el hogar. Ello parecía

indicar que Ashton había estado en el piso; que sus asesinos habían serrado la muleta después de matarle.

—¿Cómo hubiera quedado usted si la policía no hubiese detenido al abuelo? —inquirió Della.

—No lo sé. Quizás hubiera podido hacer prevalecer mi explicación; quizá no; pero creo que hubiera podido hilvanar bien los hechos.

—¿Por qué no acusó usted a Oafley más pronto?

—Por la serie de factores que había en el asunto —respondió Mason, lentamente—. En primer lugar, quería que Douglas Keene saliera bien y, en segundo lugar —se echó a reír— quería figurar, dar un golpe teatral. Si hubiese advertido a la policía, ésta se hubiera llevado el mérito y a lo mejor hubiera manejado el asunto tan mal que la inocencia de Keene no hubiese resplandecido nunca por completo. Hasta pudiera haberle tendido un lazo. Y yo quería que Oafley reconociese, bajo juramento, que había estado con Edith de Voe en el momento de cometerse el crimen.

»Yo no me presento ante un tribunal representando a un cliente, a menos que crea que dicho cliente tiene derecho a ser declarado inocente. Quiero crear esa fama ante el público y ante la fiscalía. Quiero llevar las cosas a tal extremo que se resistan a comparecer ante un tribunal como adversarios míos.

—Y —dijo Della— por último, aunque no menos importante, a usted le gusta tanto patinar sobre el hielo quebradizo, que le encanta enfrentar una persona con otra mientras usted corre toda suerte de riesgos.

—Tal vez —rió—. Como ya le he dicho anteriormente, a mí me gusta jugar sin postura máxima.

—Pero..., ¿por qué no le encargó usted a Drake que buscara a Watson Clammert?

—Con toda seguridad, no hubiera podido hacerlo a tiempo. La agencia mejor organizada para imponer la ley hoy en día es la perfeccionada por las compañías de seguros para detener a los ladrones de automóviles. Han creado un sistema perfecto de coordinación. Normalmente, la policía no coordina. En los casos de robos de automóviles, sí. Conque combiné la cosa de forma que Watson Clammert fuera detenido como ladrón de automóviles. Eso

me consiguió resultados más rápidos, me permitió hacerle detener y fue causa de que confesara. Resultó muy sencillo después de todo. Yendo al hotel Baltimore, convenciéndole de que éramos una pareja en luna de miel, dejándole ver nuestro coche al dependiente, haciendo que se interesara por usted y consiguiendo que ocultara usted el coche y lo denunciara como robado, pusimos en marcha una maquinaria que forzosamente había de dar con Clammert. Él no sospechaba lo más mínimo. Conducía el coche que había comprado con su nombre supuesto. Era cuestión de horas el que fuese detenido.

—Bueno —dijo Della Street—; bien sabe Dios que sus métodos son poco convencionales; pero *he* de reconocer que son eficientes.

Él rió.

—Y —prosiguió la muchacha— ahora que hemos liquidado este caso, nos encontramos con un «Buick» de repuesto en las manos. ¿Qué vamos a hacer con él? ¿Venderlo o vender el coche de dos plazas?

—No —dijo Mason, lentamente—, más vale que nos quedemos con los dos.

Ella enarcó las cejas.

—Es que, ¿sabe usted? —explicó Mason—, es un coche muy útil de que disponer... por si quisiera alguna vez hacer una luna de miel... Entretanto, ¿hay algo de importancia en todo esto?

Indicó varias hojas de notas que habían sido colocadas sobre su mesa.

Los rápidos dedos de la muchacha repasaron los papeles y escogieron uno de ellos.

—Éste —dijo— es un cliente con quien habló Jackson. Quiere tener una conferencia con usted sobre el asunto.

El semblante de Perry Mason no dio muestras de gran interés.

—Se trata de un sonámbulo —prosiguió Della—. Si un sonámbulo comete un asesinato estando dormido, ¿existe responsabilidad criminal?

La mirada de Perry Mason se fijó. En su rostro apareció una expresión de interés. Cogió el teléfono y le dijo a la telefonista:

—Mándeme a Jackson. Dígale que traiga todas las notas que tenga acerca del caso del sonambulista.

Un momento después, al abrir Jackson la puerta, Mason señaló un asiento. Jackson se puso a hablar inmediatamente del asunto.

—Ha venido a vemos una tal señorita Hammer —dijo—: Se trata de un asunto de extrema delicadeza.

»Hace varios meses, su tío era sonámbulo. El saberlo le tenía desquiciado el sistema nervioso. Siempre temía hacer algo criminal mientras estuviera durmiendo. Se sometió a un tratamiento y se creyó curado. Vivía en Chicago por entonces. Al parecer, es un hecho comprobado por la medicina que la luna llena influye sobre los sonámbulos, de manera que, cada vez que se aproxima una luna llena, la señorita Hammer toma precauciones para asegurarse de que su tío no ande en sueños. Sin que él lo sepa, cierra la puerta de su alcoba con llave desde fuera.

»Es casi luna llena ahora, y ayer, por la mañana, la señorita Hammer encontró un cuchillo de los llamados trinchantes, con mango de cuerno, debajo de la almohada de su tío. Tenía las zapatillas cubiertas de polvo, como si hubiera recorrido alguna distancia con ellas puestas. El trinchante había salido del aparador del comedor. Ella volvió a colocarlo en su sitio y nada le dijo a su tío.

El rostro de Mason reflejó vivo interés.

—Pero..., ¿si creía que me había dicho que la puerta de la alcoba estaba cerrada con llave! —dijo.

—Así es. Y seguía cerrada por la mañana. Es un misterio para ella cómo lograría apoderarse del cuchillo.

—Quiere encontrar un buen psiquiatra. Quiere que someta a su tío a un tratamiento contra el sonambulismo sin que él sepa por qué se le somete a cuidado médico y quiere que usted le aconseje respecto a la forma en que puede proceder para conseguirlo. Cree que debiera de detenerse con cualquier acusación falsa y querría saber si podría arreglarse la cosa para que se le mandara a la cárcel por conducir a velocidad excesiva. Una vez haya pasado la luna llena, el peligro habrá desaparecido temporalmente. Luego tiene el plan de llevarlo de vacaciones a algún sitio donde tenga un cambio completo de ambiente.

Mason afirmó pensativamente con la cabeza.

—Y si —dijo— el hombre ha cometido de verdad un crimen o lo

cometiera estando dormido, ¡qué problema más bonito para el fiscal del distrito! Nuestro código dice que una matanza ha de ser llevada a cabo con *premeditación y alevosía* para que sea un asesinato y que no puede cometerse crimen alguno si no existe intención criminal. Imagínese, Jackson, que el hombre *cometiera* un asesinato. El Estado tendría que demostrar que existía premeditación, alevosía o intención criminal. Y no podrá hacerlo... no, si el hombre lo había cometido en estado sonámbulo.

—Claro que sería necesario convencer al jurado de que la persona en cuestión se *hallaba* en aquel momento dormida. Eso sólo podría conseguirse citando a la sobrina como testigo y... Claro que uno no sabe nunca qué hará un jurado.

—Hable claro, Jackson —ordenó Mason—: ¿es que le da mala espina la sobrina?

Jackson frunció los labios con cautela.

—Nooooo —dijo.

Mason rió, encantado.

—Llámelas por teléfono —dijo—. La recibiré en cuanto se presente.

Se volvió hacia Della Street, riéndose aún.

—Abra una carpeta —dijo— para un caso nuevo. Llámelo: *El caso de la Sobrina del Sonámbulo*.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa

aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] En Inglaterra y Norteamérica se usa arroz como confites en las bodas y se tiran los zapatos viejos. < <